Wenceslao Fernández-Flórez

Aventuras del caballero Rogelio de Amaral



Una obra profundamente satírica de la España de principios del siglo XX. El protagonista inicia su andadura como estudiante de medicina y, como buen estudiante, participa en toda cuanta huelga o protesta social se presenta ante él, respetando, por supuesto, las vacaciones de Navidad y Semana Santa. Acaba por convertirse en un perfecto caballero, pero esa exacerbada manera de entender la caballerosidad, ligada a un sentido del honor que no tiene límites, lo conducen a situaciones aberrantes. La pérdida de su fortuna y las convulsiones políticas le llevan a ser alcalde de su ciudad y no desaprovecha la oportunidad para enriquecerse…

Wenceslao Fernández Flórez

Aventuras del caballero Rogelio de Amaral

ePub r1.0
Titivillus 18.11.16

Wenceslao Fernández Flórez, 1933

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

I

Por una explicable ansia de compensación, el público ama las biografías en este siglo en el que se acusa, inminente y resuelto, el designio de fundir las individualidades en la masa amorfa y gigantesca del Estado. Conozco este fenómeno, aunque no soy hombre dado a lecturas y tengo para los que componen libros el viejo y mal disimulado desprecio español. Pero ninguna relación existe entre la moda literaria y mi decisión de escribir estas páginas. Hace mucho tiempo que he pensado en perpetuar de algún modo la figura de aquel caballero ejemplar e inmaculado que se llamó Rogelio de Amaral. De todos los que hemos tenido el orgullo de ser sus amigos, solo yo aliento aún. La decoración que rodeó aquella personalidad deslumbradora ha cambiado también. Vertiginosamente, las ciudades se han transformado, la ciencia avanza con otro ritmo, la moral modificó sus contornos, como nube mordida por huracanes, y el honor, el Honor, que tuvo su espejo en aquel señor impecable, aparece como un arcaísmo suscitador de indulgentes sonrisas, como una confusa y remota preocupación que nadie conoce exactamente, revuelta, inútil, inextricable y entorpecedora; red de alambres en la que nadie quiere meter un pie. Yo no digo que se hayan extinguido en el mundo las personas de honor; pero ya no se encuentra quien profese tal sentimiento con la fuerza de antaño, con aquella devoción casi religiosa, que lo hacía más estimable que la propia existencia. Sí; entonces se hilaba más delgado el hilo de oro de las reputaciones. Y Amaral era el más alto paradigma de los caballeros, el que nos guiaba por el laberinto de una dignidad complicadísima, en cuyos senderos no era difícil perderse si la atención dormitaba.

Cuando yo haya muerto, ¿quién se acordará de Amaral? Muchas veces, en mi tertulia del casino, suelo contar trozos de su historia edificante y apasionada, y algunos amigos me han instado a publicarla, no para evitarse el tedio de oírme referir varias veces un mismo episodio, como afirma irrespetuosamente cierto señor socio, cuyo nombre no quiero escribir, y que me culpa de hacer dormitar a mis oyentes, sino para saborearla y penetrar el sentido —a veces no muy claro— de todas las acciones de un hombre tan considerable, y obligar a sus hijos a que así mismo la lean y tomen a Amaral como arquetipo y antorcha. Como hice yo, como hicimos cuantos hemos vivido en la época que él ilustró con su ejemplo.

Durante varios años he desatendido los requerimientos de mis amigos y los de mi propia conciencia. Pero ahora creo haber recibido un mandato sobrenatural. El reuma me atacó de repente. He meditado: nada ocurre sin autorización de la Altura. ¿Por qué en la Altura se ha decidido que yo permanezca días y semanas recluido en mi hogar con una pierna apoyada sobre una silla, cuando en todo el mundo se sabe —y más en la Altura— que en mi casa nunca tengo nada que hacer? Entonces concluí: «Es que una Voluntad poderosa me quiere forzar, de esta suerte, a escribir la vida ilustre del incomparable caballero. Obedezcamos».

Y obedecí. Cuando mi pluma traza un renglón, pienso que he abierto un cauce y

que la juventud de nuestros tiempos y la de los que vengan después se precipitará en él, asombrada y atraída irresistiblemente por la luz que brota de tan grande figura y por la ejemplaridad de sus acciones. Al acabar la lectura de este libro conoceréis las virtudes de la vieja caballerosidad y algo de la grandeza de una antigua moral —que parece tristemente condenada a desaparecer— quedará impregnando vuestro espíritu, como después de hojear las páginas, saturadas de unción, de una hagiografía.

Mis manos rugosas se tienden hacia el pasado en un ademán evocador para despertar aquella sombra gigante y atraerla. ¡Buen caballero, acude para ganar después de muerto —como San Wenceslao y como el Cid— la más importante de las batallas; la que ha de exterminar a los frívolos, a los heresiarcas de la ética, a todos los que tienen la pretensión parricida de saber más que sus abuelos, cuando en verdad no saben ni aun lo que hacen sus hijas!

* * *

Mucha gente ignora que Rogelio de Amaral fue licenciado en Medicina. Él mismo parecía haberlo olvidado también, y ni en sus palabras ni en sus actos podía descubrirse que hubiese tenido nunca la menor relación con aquella ciencia. Algunos de sus condiscípulos le acusaban de no haberse preocupado mucho de estudiarla. Me es imposible elucidar este punto. Tan solo durante un año he coincidido con él en la pequeña ciudad donde cursaba su carrera. Recuerdo únicamente que ya entonces me impresionó la dignidad con que interpretaba sus deberes de estudiante. Había en su conducta una originalidad tan fuerte que le ganaba gran influjo sobre la mayoría de sus compañeros, y, sin procurarlo deliberadamente, venía a ser como el guía y el jefe de casi todos.

Por fuertes que sean las sugestiones de una ciencia tan maravillosa como la de curar, no bastan para retener toda la atención, para consumir todas las actividades de un cerebro privilegiadamente dotado. Los libros estaban sobre la mesa de estudio de Amaral, pero la mirada del joven se paseaba por el mundo entero, preocupada y curiosa. Y gracias a la importancia que concedía a todo fenómeno humano y a la exquisita sensibilidad de su corazón, muchas causas justas pudieron recibir un apoyo inesperado que, aunque no tuviese para ellas la menor eficacia, seguramente les habrá servido de consuelo.

Así, cuando la Arrendataria de Tabacos acordó aumentar en cinco céntimos el precio de los paquetes de cigarrillos que entonces costaban un real, fue Rogelio el que excitó con su cálida palabra a los estudiantes para que se declarasen en huelga hasta que tal desafuero fuese rectificado. Y no pudo dar pruebas más evidentes del desinterés con que se solidarizaba con las cuitas humanas, de la generosidad con que se oponía al atropello de los otros, puesto que por aquella época Amaral no compraba ni un solo cigarrillo, aunque aceptaba —y a veces exigía por fuero de amistad— los

de sus compañeros.

Esto ocurrió en octubre, apenas iniciado el curso, y quince días después, terminada la huelga, nuestro héroe se disponía a asimilar conocimientos médicos en cantidades increíbles, cuando se tuvo la noticia de que el Gobierno había negado el dinero preciso para terminar las obras del kilómetro 15 de la carretera que debía unir la ciudad con la finca de un honorable caballero que había sido más de cuatro veces ministro. El desdén que semejante cicatería representaba para el pueblo, la ociosa miseria en que iban a quedarse algunos desdichados obreros, y un cúmulo de acertadas consideraciones acerca de la riqueza perdida con la suspensión de aquella vía de enlace, movieron a Amaral a pronunciar ante sus camaradas encendidos discursos, en los que aconsejó el abandono de las aulas hasta tanto que la carretera estuviese definitivamente terminada.

Por fortuna, sus palabras fueron recogidas por espíritus comprensivos, y merecieron el asentimiento unánime. Si esta vez no triunfó la enérgica actitud de los estudiantes fue porque llegaron las vacaciones de Navidad, disgregáronse los núcleos juveniles que con tanto tesón se sostenían frente al irreducible Gobierno, y, al volver de nuevo a la Universidad, habían olvidado por completo la carretera, hasta el punto de que jamás fue otra vez citada entre ellos y de que, pasados los años, cuando yo evoqué ante Amaral este episodio de su vida, afirmó, riéndose, que creía recordar, en efecto, haber pedido algo de ese jaez; pero que no podía decirme si era un ferrocarril o una pista para bicicleta. Condición de grande hombre la de olvidarse del bien dispensado y de las nobles causas defendidas.

Me complazco en citar estos detalles, porque, insertos aquí, en las primeras páginas de la biografía, vierten, a mi entender, una suave luz sobre la figura que diseño y vienen a darle esa vaga, pero dulce y amable claridad de la fosforescencia. Sin embargo, no fue nada de esto lo que destacó a mi inolvidable amigo entre los hombres de aquella generación. Su obra maestra, el acto conmovedor que dio tanto que hablar a los desocupados y pudo tener consecuencias internacionales, surgió poco después. Exactamente el 16 de enero del año siguiente, al regresar de las vacaciones. Aquel día publicaron todos los periódicos del mundo la noticia de que las tropas del doctor Natividad García, presidente de una república centroamericana, habían aprisionado al general rebelde Lolo Angulo y se proponían fusilarlo. El confuso conocimiento que se tenía de los asuntos de aquel país encerraba la noticia en los límites de un laconismo que casi la hacía indiferente; pero Amaral —que poco antes había insinuado la conveniencia de no engreír en demasía a los catedráticos con una puntual asistencia a las clases— sintió tan vivo dolor de corazón por la amenaza que pesaba sobre aquel remoto conspirador desconocido, que juró prohibir en su propio cerebro la entrada de toda noción relacionada con las cuatro asignaturas del año mientras no consiguiese salvar a Angulo del triste destino que le esperaba.

Prendió tan pronto aquel noble empeño en las voluntades de sus compañeros, que tres cuartos de hora más tarde, cuando Amaral irrumpió en el aula donde el

catedrático de Oftalmología daba sabios consejos acerca de la prescripción de vidrios para la corrección binocular, el encendido y breve discurso del humanitario joven captó todas las voluntades. En vano el profesor —un hombre pequeño, atildado, con especial predilección hacia los chalecos blancos— intentó retenerlos con el anuncio de importantes revelaciones acerca de la anisometropía. Amaral desbarató sus planes con esta idea penetrante y cordial, que cautivó inmediatamente el espíritu de aquella juventud generosa:

—Mientras un hombre corre peligro de ser colgado de un cocotero, no puede importarnos cuáles son los lentes que hay que colgar sobre una nariz. ¡Vamos a defender en la vía pública la libertad y el derecho!

Todos le siguieron a la plaza, donde la gente tardó mucho en enterarse de lo que significaban aquellos enconados mueras al doctor Natividad y los entusiásticos vivas al general Lolo. Horas después fue apedreada la mercería del agente consular honorario de la república centroamericana, y lograron los estudiantes la primera importante adhesión, representada por el señor Ruibal, dueño de otra tienda de cintas y botones abierta en la misma calle, quien no desdeñó unirse a ellos dando estentóreos gritos de «¡Abajo el tirano!» mientras arrojaba cantos como sandías contra el escaparate del agente consular, hazaña que los periódicos cargaron en cuenta a los «elementos extraños».

El estrépito de los vidrios rotos fue en aquellos días frecuente en la pequeña ciudad universitaria, y los corresponsales de la prensa madrileña llegaron a ganar más de treinta pesetas de comisión mensual por los telegramas que enviaron para detallar los acontecimientos. Se supo, al fin, que el general Lolo Angulo, libertado por sus compañeros triunfantes, se había hecho dueño de la presidencia de la República. El cable comunicó sus dos primeras decisiones, que fueron, como todos recordarán, confiscar la fábrica nacional de moneda y ordenar que el doctor Natividad García fuese colgado del cocotero de la Libertad para hacer simbólica su muerte.

Al leer tal noticia, Amaral pronunció un fogoso discurso para defender la vida del derrotado, con lo que probó claramente que en su alma no tenía lugar el rencor. Aquel generoso sentimiento le mantuvo alejado de las aulas doce semanas más, durante las cuales, a la voz de «¡Viva el doctor García!», sostuvieron los jóvenes varias batallas con los guardias, en cada una de las cuales resultaron heridos esa mujer del pueblo y ese chiquillo que va a un recado, que son los únicos que reciben traumatismos graves en estas ocasiones y el conocido elemento extraño señor Ruibal.

Un mes antes de finalizar el curso, y en vista de que no se volvió a saber más del triunfante Lolo, ni del amenazado Natividad, ni de la república escenario de sus enconos, Amaral y sus camaradas ocuparon sus bancos en las clases, atentos a su deber de acumular enseñanzas: que alguna vez ha de pensar en su propio provecho hasta el más altruista de los hombres.

Como creo que aún ocurre en la mayor parte de las facultades españolas, vivía aquella en tan grande penuria, en tanta escasez de dinero, que no solo eran imposibles

en ella las funciones de investigación, sino que carecía del material indispensable para instruir a los alumnos. Después de haber visto muchos sucesos extraordinarios y de ser testigo de los horrores de la guerra, curtido en años y en aventuras, Rogelio no podía borrar de su memoria la impresión de la primera operación quirúrgica que presenció durante su carrera. La sufrió el mozo de mulas de un cortijo próximo a la ciudad. Tratábase de la ablación de un tumor. El catedrático, envuelto en su larga blusa blanca, calvo y melancólico, con los quevedos incrustados en la nariz, se dirigió, al frente de sus discípulos, a la sala donde el paciente aguardaba, sólidamente sujeto a la mesa de operaciones. Comenzó el profesor la detallada y sabia explicación del caso, y cuando llegó el momento de la anestesia aplicó la mascarilla y la retuvo sobre el rostro del sujeto mientras decía:

—Así es —fíjense ustedes— como debe suministrarse el cloroformo. Lamentablemente, nosotros no podemos disponer ni de una gota de ese producto, y será forzoso que lo sustituyamos; pero los efectos serán parecidos. Supongan ustedes que el cloroformo existe… El enfermo lo aspira… Ya sabemos que hay que vigilar su corazón… Imaginemos que ya está bajo los efectos de la anestesia…

Y, al hablar así, se apoderó de un martillo que había colocado previamente al alcance de su mano, y dio un golpe recio y seco sobre los parietales del cliente, con tan experimentada habilidad, que, después de una brusca contracción, el mozo de mulas, mostrando los extraviados ojos bajo los párpados sin cerrar, presentó tales síntomas de indiferencia a todo lo que pudiera ocurrirle después como si hubiese aspirado un litro del mejor cloroformo. Entre el impresionante silencio se oyó el largo chasquido que producía al abrirse, en manos del doctor, la navaja que el bedel se avenía a prestar siempre que era preciso operar a algún ciudadano.

—Ramírez —dijo, lacónicamente, el profesor al alumno más fuerte, al mismo tiempo que le entregaba el martillo—, póngase detrás del enfermo, y si despierta, repita la dosis.

Según me confesó Amaral, esto bastaba a los estudiantes más avispados para formarse una idea notablemente aproximada de lo que era preciso hacer, supliendo recursos que la cicatería del Estado negaba. Pero, por desgracia, no siempre podía apelarse a los sustitutivos. Iba ya a finalizar el curso cuando el catedrático de Obstetricia —rama de la ciencia a la que después había de asirse Amaral— se dolió de estas limitaciones que la pobreza de la Facultad imponía a la ciencia. Las palabras temblaban angustiadamente en sus labios.

—Saldrán ustedes, dueños de un título oficial, para diseminarse por los pueblos, y no habrán visto aún ni un solo parto. Carecemos del dinero preciso para hospitalizaciones; el pabellón destinado a esos fines se ha hundido hace cuarenta años, y en los meses de este curso que va a acabar, ninguna madre en cierne ha venido a ofrecernos el terrible y milagroso espectáculo de la aparición de un nuevo ser. ¿Cuál será la conducta de ustedes si el azar los requiere para ayudar en tan delicado trance? Los pusilánimes huirán. Pero ¿y los esforzados? Me amedrenta el

porvenir, señores míos, y no quisiera morirme con el remordimiento de haber lanzado al mundo una turba de infanticidas provistos de autorización especial. ¿Qué hacer? Nada me es posible. Únicamente insistiré en recomendarles la prudencia más extremada. Recuerden ustedes esto: un chiquillo no puede ser extraído como un náufrago, al que urge agarrar por cualquier parte, ni como el corcho de una botella, ni con los trucos con que algunos pescadores logran hacer abandonar a las truchas su elemento. Cuando no sepan qué hacer ante un caso difícil, antes de cometer alguna imprudencia, es preferible que se limiten a silbar y a castañetear los dedos ante la puerta de la vida, como quien llama a un gozquecillo, y que dejen obrar a la Naturaleza. Sería más feliz si me lo jurasen ustedes.

Había lágrimas en sus ojos, y su voz se había enronquecido. Los alumnos sufrían el sobrecogimiento de su trágica responsabilidad, y muchos se frotaban nerviosamente las manos, como si ya sintiesen correr por ellas la sangre de las hemorragias incoercibles.

Dos días después Amaral entró en el aula cuando ya había comenzado la clase. Llegó jadeando, pálido, poseído de una extraordinaria agitación. Abrió bruscamente la puerta y se detuvo junto al estrado presidencial, arrojando al aire su sombrero.

—¡Salvados! ¡Salvados! —gritaba, enloquecido de júbilo.

Y antes que nadie pudiese dominar el asombro, se subió a un banco y habló:

—¡Señor profesor, compañeros: vamos a librar de un gran peso a nuestras conciencias; ya no nos turbará el temor de que nuestra ignorancia acarree males a los que confíen temerariamente en los estudios que hayamos hecho! La esposa del notario eclesiástico va a dar a luz de un instante a otro. Acabo de pasar ante su casa, y he visto entrar a la santera con la imagen de la Virgen del Buen Momento. Los gritos se oyen desde la esquina de la plaza. ¡Vamos allá todos!

Se oyó murmurar al catedrático:

—Pero… ¿el señor notario eclesiástico autoriza…?

Amaral le interrumpió. ¿No se trataba de un fin científico? El curso estaba finalizando, y acaso no se volviese a presentar otra ocasión, y, si la había, quizá no la conociesen tan oportunamente. No se causaba daño a nadie, sino, por el contrario, un bien a los setenta futuros médicos que allí se encontraban. La clase de Obstetricia debía trasladarse inmediatamente a la casa del señor notario eclesiástico. Ya que el Estado no proveía a la Facultad de instrumental, ni de cadáveres, ni de animales de experimentación, ni de laboratorios, ni de parturientas, y reducía la enseñanza a un aburrido monólogo de un hombre preocupado, ellos, los escolares, tenían el deber de buscar lo preciso dondequiera que existiese.

Su discurso exaltó a los setenta alumnos. Entre gritos de júbilo, bajaron las gradas ruidosamente y empujaron al profesor, que se vio casi llevado en volandas hasta la calle. El buen señor se resignó, visiblemente emocionado, por aquel afán de cultura. Caminaban los estudiantes tan contentos como si les hubiesen anunciado que el dueño del Café Suizo los autorizaba a jugar gratuitamente todas las partidas de billar

que quisieran, y no tardaron mucho tiempo en invadir las escaleras del edificio donde el notario esperaba la aparición de su primogénito.

El estupor de aquel honorable caballero fue tal, que no le permitió moverse cuando una de sus criadas entró a anunciarle que había a las puertas de la casa cerca de un centenar de señoritos, capitaneados por un anciano mal vestido, que iban a ver cómo daba a luz la señora.

—¿Qué insensatez es esa, Cayetana? —reprobó, al fin, incrédulamente.

Se oía ya el tropel de alumnos que invadía los pasillos, ávidos de engullir enseñanzas. El notario salió a su encuentro.

—¿Qué quiere decir…? —comenzó.

Amaral fue el que se encaró con él para explicarle las intenciones del grupo.

Le expuso que tanto a él como a su esposa se les brindaba una ocasión quizá única de prestar un servicio a la ciencia, y que de ambos dependía que setenta estudiantes hubiesen de repetir curso, con el consiguiente retraso en la carrera y aumento de gastos para sus familias. Añadió que «el orden sería perfecto», y terminó, con más jovial acento, por dar a entender al futuro padre que no les parecería de buen gusto que se diesen demasiada importancia en aquel trance, porque, al fin y al cabo, su señora no iba a traer al mundo una perdiz, ni un juego de bolos, ni un caimán, sino una criatura como cualquiera otra, y por el mismo sistema vulgar y conocido.

El notario, con frío desdén para aquellas palabras, que en rigor solo podrían ser tachadas de un insólito entusiasmo científico, clavó su mirada en el profesor, que parecía querer ocultarse entre sus alumnos, y le dedicó esta incongruencia:

—Conozco la juventud, y no me extraña que le guste la ginebra; pero me admira que un hombre casi sexagenario, como usted, encargado de altas misiones, se embriague a estas horas de la mañana.

El catedrático quiso protestar; pero un grito de la enferma hizo creer a los estudiantes que aún no habían conseguido pasar de las escaleras, que el acto había comenzado ya, y empujaron a los más próximos, y estos a los que estaban delante, mientras se oían las voces de los últimos, que gruñían:

—¡No se ve nada! ¡Que no se ve nada!

—¡Hagan el favor, hagan el favor! —exclamó el notario, pálido ya, procurando contrarrestar enérgicamente los empujones.

La mujer volvió a gritar allá adentro:

—¡Faustino!

Y un alarido modulado largamente por el dolor:

—¡Faustino…! ¡Ah…, te escondes ahora, canalla…! ¡En mi lugar quisiera verte yo, culpable!

Apenas la infeliz había acabado de expresar este absurdo deseo, por otra parte común a todos las mujeres en situaciones análogas, don Faustino sintió acrecentado su coraje y se decidió a acometer a puñadas a los invasores. Hubo un insistente pataleo, se rompió un cristal y el notario fue encerrado bajo llave en una habitación

vecina. Tras de lo cual, el profesor de Obstetricia, seguido de sus alumnos, dirigiose a la alcoba, despojándose maquinalmente de la chaqueta y saludando a la doliente con esas fútiles palabras que suelen pronunciar en estos casos los seres que no han parido nunca:

—¡Vamos, calma, calma; no es para tanto!…

Desde el cuarto que le servía de prisión llegaba la voz enfurecida del notario:

—¡Paulina, no des a luz! ¡No des a luz delante de ellos, Paulina!

El profesor daba órdenes, mientras se desinfectaba escrupulosamente las manos. Luego desenvolvió algunas explicaciones dirigidas a los estudiantes que se apelotonaban, impresionados, casi temerosos, en la alcoba y en el pasillo. Los aullidos de la mujer se hicieron más fuertes. Aún se oyó al notario, enronquecido:

—¡Decoro, Paulina!

Media hora después nació aquella niña que se llamó María del Amparo, y que fue, con el tiempo, esposa del secretario de la Cámara de Comercio. Los estudiantes vitorearon a la madre, al profesor y a la recién nacida, mientras los que, por hallarse en las últimas filas no habían podido ver nada, gritaban: «*¡Bis!*» con toda la fuerza de su curiosidad defraudada, y uno de ellos, que se había mareado al ver la sangre, vaciaba ansiosamente una de las botellas de jerez añejo preparadas para la enferma, terapéutica que si bien le fue muy saludable, hizo que seis alumnos más se declarasen lipotímicos después de contemplar con mirada golosa aquel copioso procedimiento de curación.

Así fue como Amaral pudo suplir una grave deficiencia de la enseñanza oficial, y en ese punto nació su reputación de eminente tocólogo que le fue muy útil durante el breve tiempo que dedicó al ejercicio de su carrera y que acaso, de perseverar, le hubiese llevado a un sillón de la Academia de Medicina.

Otros muchos servicios prestó a la Facultad aquel hombre notable, entre ellos el suministro completamente gratuito de conejos que él y otros camaradas recogían en los corrales descuidados, con tanta abundancia, que, a veces, hasta sobraban para ser comidos con arroz. Y él fue también el que convenció al empleado municipal señor Fustriquito para que legase su cuerpo a la Facultad y pudiesen hacerle la autopsia clínica. El señor Fustriquito, ya jubilado, vive aún —a pesar de haber sido siempre un gran aficionado al vino blanco— entre el asombro de los médicos. Los estudiantes le han nombrado «cadáver *honoris causa*» y le obsequian todos los años con un banquete, en el que él renueva su ofrecimiento y declara su convicción de que si se hubiese dedicado a ingerir vino tinto, en vez de blanco, no hubiese hecho esperar tanto tiempo a los bisturíes de los doctores.

Amaral logró su título sin demasiados contratiempos. Algunos de sus ejercicios de examen revistieron un carácter extraordinario, que se hablaba de ellos cuando ya nuestro hombre había abandonado la Facultad. Yo tuve la suerte de presenciar su actitud frente al tribunal encargado de averiguar la profundidad y la extensión de sus conocimientos oftalmológicos. Sonó su nombre en la sala, y Rogelio se puso en pie,

depositó en el banco su sombrero y fue a extraer dignamente las tres bolas que habían de designar las materias de su disertación.

—Número treinta —leyó en la primera el profesor que amaba los chalecos blancos—. Veamos qué tiene usted que decirnos acerca de la lección treinta del programa.

Rogelio se sumió en un largo silencio colmado de intensas meditaciones.

Sin duda, no era el mutismo del ignorante, sino el del sabio prudente que sopesa sus palabras antes de pronunciarlas, consciente de su responsabilidad. Pero el profesor no tuvo paciencia más que durante quince minutos. Interrogó:

—¿Qué se le ocurre a usted a propósito de la queratitis parenquimatosa?

Amaral levantó la cabeza y su mirada adquirió la vaguedad de las abstracciones profundas.

—Desde luego —insinuó— es una cuestión… delicada…

—Delicada —apoyó el profesor, bondadosamente dispuesto a animar al alumno.

—Muy delicada —amplió Rogelio, envalentonado por aquel acierto intuitivo.

—Muy delicada; sí, señor.

—Quizá puede afirmarse que es la más delicada de todas las cuestiones que nos plantea la oftalmología.

El catedrático movió la cabeza dubitativamente.

—Al menos —rectificó Amaral— debe otorgársele una preferente atención.

El profesor se echó hacia atrás en su sillón y simuló otorgar toda la suya al examen del magnífico chaleco blanco que había estrenado aquel día. Rogelio siempre sintió excitado su cerebro con la controversia, y si el profesor hubiese continuado exponiendo su discrepancia acerca de la alta consideración en que Amaral parecía tener a la queratitis parenquimatosa, el joven encontraría, sin duda alguna, las palabras precisas para rebatirle, concederle, exigirle y escatimarle, en un largo pulimento del tema, hasta llegar al acuerdo que fuese preciso y para el que se sentía desde el primer instante dispuesto, sin ninguna intransigencia. De aquel debate habría ganado la oftalmología la determinación del grado de delicadeza de las queratitis con una exactitud casi matemática, aspecto del asunto del que, por otra parte, no tengo noticia de que nadie —ni aun el mismo Amaral— haya vuelto a ocuparse nunca. Pero abandonado a su propia facundia y poco seducido por el tema, Rogelio se calló. Porque, según confesó más tarde, si había dicho aquello de la atención preferente, fue tan solo por su buena crianza, ya que nada había que le hubiese preocupado menos que las queratitis —parenquimatosas o no— en toda su vida. Así, resbaló por la rápida pendiente de unos balbuceos hasta el fondo del pozo del silencio.

—Bien —dijo el profesor—; lección treinta y nueve. Sepamos qué opinión tiene usted del escotoma centelleante.

La razón de Amaral corrió angustiada a buscar entre el montón de todas esas opiniones la que correspondiese a aquello que acababa de oír. El secretario del tribunal comenzó a doblar un papel para hacer pajaritas; el catedrático que

interrogaba tenía el aire odioso de un hombre que está seguro de proponer adivinanzas indescifrables; un tercer profesor de caídos bigotes blancos manchados de amarillo, debajo de la nariz, por la nicotina, movía las cejas para espantar una mosca que se había detenido cerca de su sien. Los tres revelaban en su actitud una irritante conciencia de su gran superioridad sobre aquel joven que carecía evidentemente de toda opinión acerca de algo tan magnífico y destacado como el escotoma centelleante. Amaral se sintió humillado. Miró de reojo las gradas donde se sentaban sus condiscípulos, y que entonces parecían estar a quince kilómetros de su silla, y vio al rojizo Palau, el más aplicado de la clase, que le apuntaba algo, con grandes gestos de los labios y de toda la boca, más encaminados a que el profesor advirtiese que le eran familiares los escotomas que a que Amaral entendiese algo útil. Sin embargo, el sufrido estudiante, en su afán de comunicar alguna noticia provechosa y concreta a sus verdugos, se fijó ávidamente en la boca de Palau, estimulándole con leves movimientos de sus cejas a que hiciese declaraciones urgentes y perceptibles. Logró entender las palabras «cuando» y «después», que, a su juicio, no vertían luz alguna sobre la cuestión, y el final de un vocablo misterioso, terminado en *ía*, que, a pesar de ser muchas veces repetido por el otro —con un tesón que daba a entender que allí estaba el secreto del asunto—, no llegó a comprenderlo completamente. Esto comenzó a enfurecerle.

El verdugo del chaleco blanco miró la tercera bola y exclamó:

—¡Dacriocistorinostomía!

Aquello era quizá demasiado fuerte. Amaral miró a todas partes con un sincero sobresalto, tras el que ya bullía el dolor de la burla. Cuando sus ojos se encontraron con los del profesor, demandó entre receloso y arrogante:

—¿Es a mí?

—Sí, es a usted.

Amaral rebulló en la silla.

—Repita usted eso —exigió.

Acaso tuviera la esperanza de que el otro no pudiese volver a acordarse de aquella misma expresión estrafalaria, o acaso —como afirmó él— quisiese dar a entender que no era aquel el lugar indicado para divertirse a su costa con trabalenguas. Pero el catedrático insistió, dulcemente:

—Hablemos de la dacriocistorinostomía.

Rogelio recibió este nuevo golpe con mayor serenidad de la que él mismo esperaba. Todos vieron con estupor que ponía sus brazos en jarras, en repentino impulso, y que cerraba los ojos y movía la cabeza como si quisiese arrancarse algo de la garganta, antes de corresponder al vocablo del profesor con este otro asombroso vocablo:

—¡Caratripurcífilus!

—¿Qué dice usted?

—Macaluende bistreprancia jay jay de la minareta.

Con los párpados separados por el estupor, los tres catedráticos se inclinaban hacia él como si estuviesen en presencia de un fenómeno inconcebible. Por los bancos del aula corrió, primero, un escalofrío, y después una carcajada. Amaral se puso en pie, golpeó la silla contra el suelo y salió dignamente.

Aquella tarde esperó a la puerta del casino al profesor de Oftalmología y castigó en él con sus puños la mala intención de preguntarle cosas abstrusas, cuando nada le prohibía interrogarle acerca de fáciles problemas. Como cualquier otro catedrático, el de esta especialidad estaba habituado a tales agresiones. Muchos alumnos se hallaban firmemente convencidos de que él descubría difíciles secretos científicos solo para ponerlos en el apuro de estudiarlos también, y juzgaban que sus preguntas acerca del aparato de la visión estaban únicamente inspiradas por una maldad congénita y de ninguna manera por el cumplimiento de su deber de instruirlos. Más que una cultura, ellos iban a la Facultad a buscar un título. El título representaba una autorización para cobrar dinero, en determinados trances, de los demás ciudadanos. Desde este punto de vista —irreprochable, ya que solo significaba el deseo de una independencia económica— las trabas que los libros de texto, las preguntas de los profesores, la oscuridad de las teorías, las complicaciones terminológicas, oponían a su plausible impaciencia por extender minutas, resultaban intolerables, crueles y opuestas al derecho que todo hombre tiene de ganarse el pan, ya sea acumulando ladrillos, ya firmando recetas. Aconsejados por esta interpretación, muchos alumnos, repito, habían castigado la resistencia que algunas veces presentaba el profesor de Oftalmología o cualquiera de sus compañeros para segregar el codiciado producto de una nota aprobatoria —único fin de su existencia, como el de las abejas no podría estar plenamente justificado sin los turrones de Alicante—; pero nunca fueron tan enérgicos los traumatismos con que se le reprendió su conducta como en la tarde en que Amaral vengó su suspenso. Entonces nuestro amigo hizo una sagaz observación: la de que, entre cuantas voces profería el catedrático al huir —sin sombrero y sin lentes— demandando socorro, no había ninguna que no perteneciese al léxico corriente, comprensibles todas hasta para los transeúntes más ignaros; de donde dedujo un mayor fortalecimiento para su teoría de que el redichismo era una despreciable costumbre que hasta los catedráticos abandonaban ligeramente y sin vacilaciones en los momentos en que les interesaba de veras el hacerse entender.

Por aquellos días, un estudiante de Derecho, afligido por los ardides empleados por sus profesores para descubrir que repugnaba todo conocimiento de lo que acerca de las leyes pudiesen opinar los romanos, intentó suicidarse trasegando dos frascos de ginebra. El escándalo de la agresión y el compasivo sentimiento que despertó la desesperación del otro muchacho dieron motivos para exégesis, cuchicheos y murmuraciones a propósito de la conducta del Claustro.

Los padres de familia constituyeron entonces una liga que se consagró al estudio de la situación. El informe que elevaron al ministro era un documento verdaderamente notable, que aún se conserva en los archivos. Una investigación

practicada sobre el resultado de los exámenes en la última década les permitió establecer que el número de los suspensos había oscilado entre el diez y el doce por ciento de los alumnos presentados. En aquel año, aquella proporción se elevaba al quince. Esto era abusivo. Había casi un cinco por ciento de alumnos reprobados contra toda lógica matemática. Esa abrumadora fuerza de la estadística los amparaba, y el ministro tuvo que reconocerlo así. La Liga de Padres de Familia, apoyándose en que meses antes o meses después se celebraba el vigésimo nono aniversario del nacimiento del rey —suceso que ya no podría volver a repetirse—, solicitó que fuesen aprobados todos los estudiantes, por personales que pareciesen sus teorías acerca de las materias que cursasen.

El ministro no accedió, pero hallose un término medio, y se fundó en una capital de provincia la primera de las universidades que aún existen con el trascendental privilegio de perdonar la ignorancia de lo que a ella acuden en busca de títulos, como en la catedral de Santiago se perdonan al peregrino que llega de distantes lugares sus pasadas flaquezas ante la tentación.

Esta fue una de las más importantes huellas que el paso de Rogelio dejó en la enseñanza.

* * *

Cuando ocurrió esto que voy a contar, habían transcurrido varios años desde que Amaral regresara de la guerra de África, con su sonora reputación de héroe. Quizá muchos lectores prefiriesen que mi relato se ajustase a una rigurosa cronología; pero yo no pienso así. No debe olvidarse que este libro no es una novela, sino una biografía ejemplar, y se me antoja mucho más conveniente para mis propósitos agrupar los sucesos por su afinidad o semejanza, mejor que con arreglo a la fatalidad inexpresiva de los años. Por eso, después de haber referido cuanto sé acerca de los años que mi ilustre amigo dedicó al cultivo de su inteligencia, creo que debo hablar, sin más demora, de los frutos de aquella ciencia entonces acumulada, aunque entre la siembra y la recolección se hayan producido acontecimientos trascendentales para los que habrá lugar en otras páginas.

Fuese porque la familia Amaral contaba con muchas relaciones en la provincia, fuese porque nadie se explicaba —a no ser como válvula de salida para sorprendentes conocimientos— que un hombre heredero de una bonita fortuna se dedicase al ejercicio de una carrera; fuese por esa intuición con que a veces las muchedumbres adivinan el talento en quien aún no ha tenido ocasión de demostrarlo, o por los tres artículos que Rogelio publicó en *El Monitor* acerca de una extraña enfermedad de los indígenas de la Polinesia —artículos que causaron profunda impresión entre todos los aprensivos del pueblo, y que el doctor Osorio, ya con clientela formada, intentó rebatir desesperadamente, aunque solo con hipótesis, porque tampoco había estado

nunca en Oceanía—; fuese, quizá, porque en aquella época en la que todos los grandes médicos llevaban barba, la de Amaral era la más fuerte, negra, lustrosa y solemne, ello es que su fama se extendió antes que él abriese demasiadas veces la puerta de su gabinete de consulta, y pronto se vio convertido en respetado visitador de cuantos tenían o creían tener razones para no estar muy conformes con el funcionamiento de su organismo.

Se le combatió solapadamente, pero fue inútil. Supo imponer el respeto profesional en la misma medida que le tributaban el de su propia persona. Y cuando se difundió la noticia del tesón con que había sostenido sus fueros en el primer incidente creado por la incorrección de un colega, nadie volvió a dar motivo para que se frunciesen sus cejas.

El tal incidente, que merece ser incorporado a la biografía, no tiene apenas importancia científica, pero es —como tantos otros— un punto de fosforescencia en la silueta que dibujo con mano torpe.

Amaral había sido llamado para asistir a don Leandro Peris, fundador y director del más renombrado colegio de niños de la ciudad. Se trataba de un anciano de rala barba gris, pequeño y delgado, que se había reservado la enseñanza del Latín, en el cuadro de asignaturas. Rogelio le encontró la lengua blanca, el rostro enrojecido, dolores intercostales, tos, fiebre, y tranquilizó optimistamente a la esposa, que aguardaba su diagnóstico al otro lado del lecho:

—Dengue. Es el dengue. Medio pueblo está así… No hay cuidado.

Y con aquella amabilidad que sabía poner en su trato con los enfermos, comenzó a hablar de la compañía que la tarde anterior se había presentado en el teatro Principal. Nada notable. Hizo una crítica de la obra. Los versos no eran buenos. Terminó con su alentadora sonrisa, que abría una aurora entre el negror de las barbas:

—Mejor se está en la cama, don Leandro. Vaya…

Y salió. La mujer le detuvo en la puerta.

—Entonces, ¿qué le damos?

Concedió él:

—Unos pediluvios con ceniza. Pueden darle unos pediluvios. Poca comida. Y que sude; sobre todo, que sude.

Al siguiente día volvieron a llamarle. El enfermo sufría fuertes dolores de cabeza. Mandó aplicar paños impregnados de agua sedativa. Comentó el mal tiempo.

—No hay cuidado —insistió al marchar.

Así tres días. Al cuarto hubo de batir repetidas veces el aldabón de la puerta del señor Peris antes que acudiesen a abrirle. La criada parecía estar indecisa y no supo qué hacer con el paraguas que le entregó Amaral. En la alcoba, la mujer del enfermo le saludó con aire tan alegre que se notaba que no podía ser sincero, y en seguida le comunicó que no esperaba que apareciese a aquella hora; pero que estaba muy contenta de que hubiese ocurrido así.

—¿Cómo va el sibarita? —inquirió el doctor, acercando una silla a la cama—.

Porque esto de quedarse acostado tantos días no es más que sibaritismo, ¿eh?

El sibarita, como un baturro, tenía la cabeza atada por un pañuelo blanco que había resbalado sobre un ojo. Abrió el otro, inyectado en sangre, aleteando bajo la luz, y balbució débilmente:

—¡El globo!… ¡Va a venir el globo!…

—¿Qué globo? —indagó Amaral, sorprendido.

—Está así desde la última madrugada —gimió la señora de Peris, abandonando su gesto de falso regocijo—. Le ha aumentado la fiebre, y delira. Dice que espera un globo para hacer un viaje. ¡Dios mío; eso no puede ser sino un mal presagio! —añadió, dando franca suelta a las lágrimas.

—¡Vamos —reprochó Rogelio—, tranquilidad! Ya he dicho que no se trata de nada grave. Un poco de debilidad, un poco de fiebre…

Sacudía el termómetro, y de pronto quedose con el brazo en el aire y la oración cortada, porque acababa de ver sobre la mesilla de noche un bote de cristal con tres sanguijuelas y, al lado, un estuche de cuero negro con dos iniciales en plata —J. O.—; el estuche del doctor Osorio.

Bajó el embozo de la cama y examinó al enfermo. Cerca de la tetilla derecha, otras cinco sanguijuelas se iban hinchando lentamente.

—¡Que suelten las amarras, capitán! —ordenó el paciente—. ¿Por qué no sueltan las amarras? Daremos tiempo a que llegue la vieja.

Amaral se había puesto en pie.

—¿Quién dispuso esto? —preguntó, gravemente—. ¿Quién estuvo aquí?

La anciana comenzó a balbucir. No había estado nadie… Su Leandro se había sentido peor y habían creído prudente…, sin perjuicio de lo que él ordenase…

Pero Amaral, pálido de ira, con el flechazo de la ofensa en el corazón y el delator estuche en la mano, paseaba sus ojos por la alcoba.

—Esto quiere decir —mordió entre sus dientes apretados— que mis servicios…

—¡Jesús! —comenzó a protestar la señora.

Sin escucharla, Amaral avanzó de pronto hacia el armario y abrió las puertas. Dentro, medio oculto entre una capa y un traje, apareció el doctor Osorio, un poco despeinado, un poco pálido también, pero siempre digno. Al ser descubierto alzó instintivamente un codo, como si quisiese proteger su cabeza.

—¡Ah! —exclamó sarcásticamente Rogelio—. Ignoraba que buscase usted tan extraños lugares de meditación.

—Señor mío —contestó el otro, abandonando su refugio—, la presencia de algunos inconcebibles errores me produce tal impresión, que no puedo resistir el impulso de retirarme del mundo.

—Un ejemplo, si a usted le place.

—Confundir una pulmonía con un ataque de trancazo.

—No solo ignora usted lo que es una pulmonía, sino que desconoce sus deberes de compañerismo. Ese enfermo era mío, y debiera ser sagrado para usted…

—Me han llamado para salvar su vida.

—Pero no debió acudir. Bien lo sabe usted. Es la norma. Espero que no encuentre usted medio de desmentir el diagnóstico que hago de usted al calificarle de insensato.

—No acierta usted nunca.

—Y de miserable.

—¡Caballero!

La señora de Peris, llorosa y suplicante, iba de uno a otro con las manos unidas, formulando ruegos ininteligibles; las criadas se habían asomado a la puerta y una de ellas corrió a exhortar a su señora que se calmase, recordándole que podía acometerle no sé qué mal que padecía cuando se excitaba. Entre las voces y el desorden, desatendido por todos, el enfermo se había puesto en pie en la habitación, mostrando sus piernas esqueléticas y las cinco condecoraciones de las sanguijuelas, con el pelo gris que parecía humear entre el blanco pañuelo y el único ojo libre llameando de alegría, y se esforzaba en gritar que el globo había llegado ya y que iba a hacer un viaje de rechupete, dejando abajo a todas las viejas del mundo. Rogelio Amaral extendió su índice hacia él.

—En cuanto a esta birria de enfermo —agregó dirigiéndose a Osorio—, se la cedo a usted sin la menor pesadumbre.

—No me he especializado en pergaminos —desdeñó a su vez el rival.

—Está más agotado que un perro sin dueño —siguió Amaral—, y no sé por qué me obstinaba yo en prolongar unos días su vida. Quédese con él.

—Gracias —objetó el otro—. Esta clase de enfermos casi putrefactos ya son los que mejor le convienen a usted para disculpar sus fracasos. A usted no le llaman más que las piltrafas humanas, como esta.

La mujer, aterrada por aquellos juicios acerca de su marido, en los que sobrentendía una sentencia de muerte, se lanzó a abrazar en precipitado turno a entrambos médicos, para impetrar de ellos que agotasen sus recursos salvadores. Las criadas rompieron a llorar. El delirante, magnífico de entusiasmo, delgado hasta parecer estar hecho de mondadientes, vociferaba, ajeno a todo:

—¡Tira más lastre! ¡Más lastre! ¡Lanza un saco de arena sobre la vieja!

Y en su manía de ascensión y de odio a aquella anciana misteriosa que obsesionaba su mente enloquecida, se arrancó, una a una, las sanguijuelas y comenzó a esparcirlas en todas direcciones.

—¡Nos veremos! —ofreció el doctor Amaral. Y salió.

—¡Nos veremos! —ratificó el doctor Osorio. Y salió poco después, cuando hubo recogido sus utensilios, desprendiéndose casi violentamente de las manos de la señora de Peris, asida a él como a una última esperanza.

Celoso guardián de su profesional decoro, Rogelio se negó a volver a la casa del director del colegio. Por su parte, Osorio se resistió a todas las solicitudes que se le hicieron para sustituir a Amaral. Los demás médicos, enterados de lo ocurrido, encontraron muy censurable la conducta de la familia Peris, y dieron una prueba de

excelente compañerismo absteniéndose de visitar a un enfermo que, según frase que iban repitiendo uno a uno, «no les pertenecía». Desde entonces, gracias a la energía con que Amaral supo mantener sus derechos en este caso, los doctores de la ciudad tuvieron sobre cada doliente iguales legítimos fueros que sobre una finca, y nadie se permitió ir a segar en las pulmonías que el otro cultivaba, ni a vendimiar en sus cefaleas.

En esta conducta, un observador sagaz puede adivinar, desde luego, que ya enverdecían los brotes de la capacidad que años después había de desbordarse en Rogelio para organizar socialmente a las masas humanas. Pero los más destacados ejemplos de esta índole pertenecen a otros instantes de su historia, y en el que ahora vamos a revivir es el fuerte calor de su rectitud moral y de su filantropía el que anima nuestros conmovidos recuerdos.

Una tarde llamó a las puertas de Amaral una joven recatada bajo el espeso encaje de una mantilla. Su mirada se extendió por el vestíbulo y pareció contrariarle la presencia de tantas capas, gabanes, sombreros y gorras como cubrían el arcén, los percheros, los bancos y las jamugas.

—¿Hay mucha gente? —preguntó.

—Mucha —asintió con brevedad la criada.

Vaciló la joven, y, al fin, decidiose a entrar, y agradeció mucho que le designasen como lugar de espera un gabinetito solitario. Pared por medio, el ilustre doctor entretenía sus ocios elaborando cigarrillos con una máquina tan defectuosa, que para la clara visión médica de nuestro amigo no ofrecía duda de que había sido inventada por un deficiente mental. Ningún enfermo había acudido aquel día a su consulta. Los sombreros y las capas, las gorras como los gabanes, le pertenecían legítimamente, y los hacía depositar, según distintas combinaciones, sobre los muebles de su vestíbulo, a las tres en punto de la tarde, no por vanidosa simulación, sino porque estaba seguro de que en el ánimo de un doliente, la comprobación de que otros dolientes acuden a buscar alivio al mismo doctor hace nacer una confianza que, a veces, es todo el remedio que puede dárseles. Su desinterés, al poner en práctica esa inocente y científica superchería, era tanto más innegable cuanto que en varias ocasiones, clientes perturbados por sus padecimientos o simples tarados en los que era muy débil el respeto que se debe a la propiedad ajena, salían de aquella noble casa llevándose un gabán que, al asentarse en sus hombros, causaba merma en la colección terapéutica de don Rogelio.

Pudo haber hecho esperar una hora a la joven, pero la recibió a los treinta minutos. Guardó los cigarrillos en un cajón, sopló las partículas de tabaco esparcidas sobre la carpeta y ordenó:

—Que pase.

Ante él se delineó unos segundos después la bella figura de una mujer que si había sobrepasado los cuatro lustros, sin duda no alcanzara aún el final del quinto. En pie ante el doctor, que la miraba con admiración bien oculta tras el disimulo

profesional, su cuerpo tenía el sentido de una de esas raras ofertas que el mundo hace a Dios en una flor, en un ocaso encendido, en una mujer, para decirle:

—He aquí hasta dónde ha podido alcanzar, para que goces en tu obra, la materia que Tú has creado.

Estaba pálida, y sus ojos tenían el brillo de las joyas de ónice. En el despacho, dulcemente iluminado, de Amaral, parecía que una claridad más había entrado y que emanaba de aquella suave piel, como luz tamizada por el alabastro.

Amaral no había visto nunca a su cliente. Pensó que vendría de otra ciudad. Requirió la pluma y se dispuso a inscribir en un cuaderno la historia clínica de la visitante.

—¿Su nombre? —inquirió.

Pero ella atajó, con una calma segura:

—Después. Quisiera que antes de escuchar mi consulta me reconociese usted…

Añadió, tras una breve pausa, con su hermosa voz tranquila:

—Creo que estoy embarazada desde hace dos meses.

Rogelio obedeció. Terminado su examen, corroboró, amablemente:

—No se ha equivocado usted. Está encinta.

Ella se había sentado en una butaca, cerca de la mesa de Amaral. Pasó apretadamente una mano por su frente y sus mejillas, y pareció que aquel contacto extendiese un matiz de angustia por el rostro juvenil. Ante ella, el médico esperaba. Podía adivinarse en el silencio del gabinete el tumulto de un alma. ¿Emoción maternal? ¿Miedo?… De pronto, la mujer recuperó el tono de sus primeras frases.

—Doctor —le dijo—, soy una enferma del corazón. Puede usted comprobarlo. Otros médicos también competentes me han hecho saber que si llegaba a un trance como este, la vida del nuevo ser costaría mi muerte.

Le miró con los ojos encendidos en un repentino terror.

—Y yo no quiero morirme.

Amaral había oído muchas veces estas palabras transidas de espanto y de inútil rebelión contra el Destino. Pero le impresionaron más que nunca en aquella boca que no parecía poder mustiarse jamás. Respondió con ternura:

—Confiemos en que no ocurrirá así. Los médicos nos equivocamos también. Somos hombres.

Ella afirmó con tenaz convencimiento:

—En este caso no puede haber error. Sería mi muerte… Lo sé yo… Podría contar desde hoy, uno a uno, los días que me quedan de vida. Dígame usted, doctor: ¿no tengo derecho a defenderla?

—Sí…

—¿No hay un remedio?… Tiene que haber un remedio, algo que me aparte de ese peligro, que me deje seguir mi vida, que ahora está en sus años más llenos de ansias y de promesas… Y yo quiero ese remedio, doctor.

—No sé a qué remedio alude usted, señora —afirmó Amaral gravemente.

La joven se sintió llena de una audacia de tan fuerte impulso, que la hizo erguirse frente al médico.

—Sé que ha adivinado usted lo que deseo. Pues bien: ese afán es el que me ha traído a su consulta. En mí hay una existencia joven y fuerte, que no quiere desaparecer, y comienza otra vida débil aún, que se enciende ahora, inconsciente, insensible, incapaz ni de atisbar lo que hay de espantoso en la idea de no ser; que volvería a la nada (de la que está tan próxima) sin dolor, sin noción siquiera de haber comenzado a existir. El levísimo soplo que mata esa insinuación de vida afirmaría la que en mí es ya una realidad vigorosa, por la que todas las esperanzas alegres trepan. ¡Doctor, no me desampare!

—Atender su ruego sería un crimen.

—¿No es mayor crimen dejarme morir? Si uno de los dos ha de ser sacrificado, ¿por qué condena usted a quien puede sufrir más?

—¿Y quién sabe la calidad del alma que ha de animar ese cuerpo que se está formando? En la ignorancia que tenemos de su futuro está su fuerza mayor.

—He leído…, he consultado… La misma Iglesia cree que el alma no se incorpora hasta muchos días después de la fecundación…

—La Iglesia condena el aborto.

—Pero ¿usted no accedería a él para evitar males mayores?

—No.

—¿Males infinitamente más graves, en los que la sangre y el odio se extendiesen como una mancha eterna sobre muchas almas?

—No.

—¿Y si he de morir por esta causa?

Amaral respondió heroicamente:

—Si debe morir usted por esa causa, no le resta sino resignarse a morir.

Apartose de él la mujer y fue a la ventana, donde apoyó su frente en los helados vidrios. La terrible cobardía de la desgraciada conmovió a Rogelio y quiso perdonar la ofensa de la infame proposición, para ofrecer palabras de consuelo.

—Usted exagera sus temores. Es el primer hijo que va a tener. Siente miedo… Es natural… ¿Qué mujer puede jactarse de no haberlo sentido? Pero usted vivirá, y también su hijo, y será feliz al verle cerca de usted. Muchas enfermas, quizá más graves, han soportado ese trance sin sucumbir, y hasta han llegado a tener una familia numerosa. Tranquilícese. Su corazón resistirá, sin duda…

Ella se volvió para decir con sosegado acento:

—Mi corazón está perfectamente sano.

Amaral frunció las cejas.

—Pero yo no he mentido —añadió la mujer— al asegurarle que mi vida está amenazada. Óigame. Quiero decirle toda la verdad. Aún espero conmoverle.

Y Amaral conoció una historia que acaso parezca extraordinaria en estos tiempos, pero que no puede asombrar a los que hayan vivido en aquellos en que la pasión

brotaba de los corazones con el calor y la violencia magníficos de la lava de los volcanes.

La joven era hija de un alto personaje muy apreciado en la corte, y que poseía la lista oficial de sus abuelos a partir del reinado de don Enrique el Doliente. Cierto gran señor, seducido por la belleza y las virtudes de la muchacha, había pactado con el padre de ella un matrimonio, al que Beatriz —que tal fue el nombre que dio la infortunada, aunque nunca se supo si era verdaderamente el suyo— asintió por respeto y también por ignorancia de lo que pudieran ser los asuntos amorosos. Pero un día llegó en que su voluntad inclinose hacia otro galán con tan irresistible designio, que no paró hasta conseguir de su padre que la relevase de aquella obediencia, que solo podría llevarla a la más atroz de las aventuras.

Roto quedó el compromiso. El nuevo pretendiente no desmerecía en calidades del anterior, y aun le aventajaba en algunas. El desdeñado pareció resignarse y soportaba sin rencor las pullas con que le zaherían por su fracaso. Pero su amor se había trocado en odio, y su orgullo preparaba como venganza la más feroz de las humillaciones. Cuando Beatriz paseaba por las proximidades de una finca de recreo que su padre poseía a pocas leguas de Madrid, tres desalmados la acometieron. Uno era un hombre deforme, maculado por una antigua enfermedad repugnante, que apareció muerto dos días después en la carretera, sin que nadie lograse descubrir al asesino. Aquel monstruo fue el que holló la juventud de la desdichada, mientras los otros —en los que estaba segura de haber reconocido a servidores del pretendiente rehusado— la amordazaban y retenían durante el poco tiempo que tardaron sus sentidos en abandonarla. Aún no sabía la infeliz si durante el largo desmayo fuera aún mayor el ultraje. Su misma magnitud le aconsejó callarse, porque nada en el mundo, ni el más terrible suplicio que se infligiese a su enemigo, serviría para otra cosa que para aumentar el daño espantoso de su vergüenza. Poco después el despechado miserable marchose con un pretexto para tierras extrañas, y la joven, en unión de una vieja criada de su madre, buscó, para meditar en el remedio que aún pudiese tener su desgracia, refugio en una pequeña finca que poseían en un lugar —que no reveló— de la provincia donde Amaral vivía.

—No tengo valor para matarme —terminó— ni tampoco merezco ese castigo. Sé que para mí se ha acabado en el mundo todo lo que antes me ofrecía de felicidad y de contento. Quiero vaciar mi cuerpo de esta impureza que se ha aferrado a él. El horror de ser madre de un ser engendrado en estas condiciones, basta ante cualquier conciencia para justificar lo que vengo a pedirle a usted. Probablemente, la vida que se inicia dentro de mí misma es la de un monstruo también, la de un ser estigmatizado, condenado a sufrir. Nada noble destruirá usted al destruirlo. ¡Auxílieme usted!

Se arrodilló, unidas las implorantes manos, que temblaban de ansia. Amaral sintiose conmovido.

—Su historia me apesadumbrará siempre —dijo con voz triste—, y como a mí, a

cuantos la pudieran conocer. Creo que ha hecho usted mal en no confiarse a la ternura de su padre, porque él acertaría a ampararla en su amargura, y…

Ella abrió los grandes ojos espantados.

—¿Mi padre? —balbució—. Mi padre me matará antes de tolerar el oprobio que esta criatura representa.

—Sería inhumano.

—¿Qué me importa cómo lo califiquen los demás? Yo sé que ocurriría, y este es el obsesionante temor que me persigue. Mi padre, mis hermanos mismos, me raerían como a algo contaminado e inmundo. En sus manos de usted está evitar que la tragedia nos aniquile a todos. Nunca me volverá a ver. No me conoce. No dejaré en su memoria otro recuerdo que el de una pesadilla. Su ciencia puede hacer, sin peligro, que los males que aún están por venir se desvanezcan como el humo.

Amaral denegó melancólicamente.

—¿Por qué no? —insistió la joven, intentando abrazar sus rodillas—. Estoy enferma de cuerpo y de alma, y acudo a usted, que sabe curar. ¿Qué hay en esto de malo? ¿A quién causa usted daño con salvarme?

—Al ser que ha de venir.

—¿Y sacrifica usted a algo tan incierto la terrible realidad presente, indudable, de mi existencia? ¿En nombre de qué principio me obliga a pagar tan cara la aparición de una criatura, hija del crimen, que yo no apetecí ni provoqué, que me avergüenza y repugna, que es como un cáncer en mis entrañas y como un ascua en mi espíritu?

—En nombre de la continuidad de la vida. Yo no debo destruir la que ya germina en usted, ni aunque supiese que animaré a un monstruo.

Beatriz retorció desesperadamente sus manos.

—Pero ¿por qué, Dios mío, por qué?

—Porque soy un médico honrado.

La joven se puso en pie. En la palidez de su cara los ojos parecían flotar en anchos círculos morados. Alabó sarcásticamente:

—Es verdad. No puede una mujer infeliz disponer de la vida que ha de costarle la suya o de la que prendió en ella, contra su voluntad, un miserable. Es sagrada hasta antes que adquiera forma el cuerpecito que ha de animar. Las leyes condenan esa liberación. ¡El respeto a la vida! ¡La obra de Dios! En cambio, las mismas leyes consumen en el incendio de una guerra millares y millones de vidas en flor, o guillotinan, ahorcan y fusilan con pretextos que no son más poderosos. Entonces parece que la vida no es tan sagrada y que no importa averiguar si aquellos seres lanzados en el comienzo de su juventud a la hecatombe inútil tienen en potencia cualidades maravillosas o podían servir fines redentores para los demás. Hace falta respetar celosamente a los hijos en el vientre de sus madres para poderlos matar en los campos de batalla. Usted, que me rechaza en nombre de una moral humanitaria, ha disparado muchas veces su fusil contra otros hombres. El sacerdote, que anatematizaría la sonda que usted pudiese emplear, bendeciría las armas de un

regimiento. Usted cree que su conducta es honrada, porque se lo hace creer así un duradero convencionalismo; pero yo siento en lo profundo de mi conciencia que lo que he venido a pedirle es un derecho de todo mi ser, ¡un derecho!, que golpea contra el egoísmo y la incomprensión de ustedes con la furia y el fracaso de un inocente que ensangrentase sus débiles puños contra las paredes de su prisión.

Los delicados sentimientos de Amaral sufrían ante aquella incomprensible insistencia, y estuvo a punto el hombre de historia intachable, el héroe de la guerra de África, de perder la continencia que se había impuesto, al oír aquel disparatado paralelo entre las vidas que se inician misteriosamente en el líquido amniótico y las que se extinguen, nimbadas de gloria, sobre el lodo o los guijarros del palenque, adonde se acude casi siempre sin que nadie sepa por qué, en una maravillosa indiferencia hacia los motivos que aconsejan acuchillar a otros hombres. Se limitó a informar con seca cortesía:

—En fin, señora: usted se ha equivocado. Todo lo que puedo hacer en su favor lo he hecho ya: oírla con calma.

Propuso ella roncamente, con la desesperación de la causa perdida:

—Le pagaría bien. Tengo mucho dinero. ¿Cuánto quiere?

Amaral dio unos pasos y abrió la puerta.

—Esta es la salida, señora. Buenas tardes.

Estaba, más que serio, solemne, admirable de dignidad. Esa paz interior, esa alegría de nosotros mismos que nos baña deliciosamente después de haber realizado una acción honorable, esa euforia que mana de nuestra conciencia aprobadora, le colmaba, se hacía sentir casi físicamente dentro de él. Nunca tuvo otra ocasión tan destacada de quedar satisfecho de sí mismo. Según me confesó años después, pudo adivinar por aquellos síntomas lo que debían ser los deleites de un justo, y aún me hizo saber que, a pesar de su acendrada modestia, si le hubiesen elegido en aquel instante inspector general de Sanidad del reino habría aceptado el cargo con la mayor naturalidad y sin ninguna extrañeza.

Pronto dio al olvido este episodio, en el que había probado el temple de su rectitud, porque en su trabajosa vida profesional otras preocupaciones le absorbieron.

No fue la menor entre ellas el caso del indiano Teodosio Laínez, tan poco frecuente en los anales de la Medicina, que Amaral pensó durante algún tiempo en escribir una Memoria acerca de él, aunque no lo hizo por el temor de que los envidiosos, interpretando equivocadamente las singulares características del suceso, fingiesen creer que había sido poco airoso el papel que se vio obligado a desempeñar nuestro amigo.

Laínez —me lo dijo Amaral— o era un hepático, o no se puede creer que existan hepáticos en el mundo, y aunque posteriores acontecimientos indujeron al ilustre doctor a sospechar que se trataba tan solo de un neurasténico, siempre apartó de sí esta opinión como si no fuese más que una mala idea.

Aquel hombre esquelético y amarillo había pasado toda su juventud en la isla de

Cuba. Volvió para morirse en su tierra natal. Apenas llegado a la modesta casa de huéspedes, elegida al azar, se hundió en la crujiente cama y pidió que llamasen a un médico. Amaral fue el encargado de prolongar los días de aquella víctima de la lucha por el sustento y del clima tropical. A decir verdad, no encontraba en la ciencia socorro alguno para tan fatigado organismo; pero Rogelio no era vanidoso, y cuando la Muerte sabía más que él, se resignaba.

Seis o siete veces había visitado ya a Laínez cuando el enfermo le rogó misteriosamente que cerrase la puerta de la alcoba. Lo hizo así, y fue a sentarse cerca del indiano. Hubo un silencio. Laínez era un estrábico convergente, y esto prestaba a su fisonomía el aspecto concentrado y absorto de todo hombre que se dedique insistentemente a contemplar su nariz.

—¿Cómo me encuentra usted, doctor?

—Cirrótico —opinó Amaral, envolviendo su parecer en un tecnicismo, para evitar la alarma.

—Muy mal, ¿no es cierto?

—He visto otros peor —aseguró el interrogado pensando en dos defunciones que había certificado aquella mañana.

El moribundo hizo esfuerzos para despegar las pupilas de la nariz y fijarlas en Rogelio.

—Hábleme con franqueza. Soy valiente. He sufrido y trabajado mucho. Estoy solo en el mundo, y no me importa lo que pueda ocurrirme. ¿Cuántos días me quedan de vida?

Amaral insinuó:

—No…, si usted no está mal… Si no fuese el hígado… Pero ese hígado…

—Va a estropearlo todo, ¿verdad?

—Así lo temo —asintió el consultado.

Otro silencio.

—¡Asco de hígado! —suspiró Teodosio—. Nunca esperé de él nada semejante.

—No lo ha tratado usted bien, amigo —respondió Amaral.

—Jamás lo he tenido en cuenta.

—El calor…

—Sí, el calor…

—Bebía usted un poco…

—Hay que beber.

—¿Ginebra?

—Ron. No puedo con la ginebra. ¿Cree usted que viviré un mes?

—Y también cuarenta días —ponderó optimistamente el médico.

Laínez volvió a meditar.

—Quiero decirle una cosa —habló—. Ayer he sufrido un largo desmayo. La criada se dedicó, más que a atenderme, a registrar las maletas. Temo que me roben. Temo también que amarguen mis últimas horas con el abandono y la expoliación. Mis

ahorros están aquí, en esta cartera que oculto bajo la almohada. Son diez mil pesetas. Guárdelas usted. Mientras yo viva pagará el hospedaje y las medicinas. Cuando muera, deseo que me compre usted una sepultura. Me horroriza la fosa común, y esta gente me lanzaría a ella después de quedarse con mi dinero. Lo que sobre, lo aceptará usted como precio de sus cuidados.

Amaral protestó; pero el enfermo asió sus manos y le dirigió esa patética mirada de los estrábicos, que pocas personas pueden soportar sin rendirse.

—¡No se niegue usted! A nadie más caballeroso he de encontrar ni que más útil me sea. Esos billetes ya no son para mí otra cosa que sucios trozos de papel sin significado alguno. No tengo herederos; a nadie perjudica esta prodigalidad que hago sin esfuerzo alguno. Usted me protegerá, me cuidará, endulzará mi muerte y me librará de ese trato horroroso que se impone en las fondas a un enfermo grave, desamparado y desconocido. ¡Acepte usted!

Tantas y tan sinceras fueron sus súplicas, que Amaral guardó en su cartera los diez billetes que contenía la del desahuciado. Y puede decirse que nunca estuvo un enfermo tan bien atendido, tan escrupulosamente observado y mimado como aquel, desde que el ejemplar caballero se sintió ligado a él por su conmovedor compromiso. Amaral lo recomendó con empeño al propietario de la pensión, exhortó a las criadas a comportarse más humanitariamente, compró y llevó las medicinas del caso, saldó semanalmente las cuentas y nunca dejaba de adquirir alguna revista ilustrada cuando iba a visitar al agonizante, para que el infeliz distrajese sus soledades.

Quince días después se le encogió a Laínez el brazo derecho.

«Esto marcha mal», se dijo Rogelio, apesadumbrado.

Aún resistió un mes. Entonces se le formó un bulto en el vientre.

«El principio del fin», pensó el excelente doctor.

Había comprado dos caballos para su coche con una gran parte de los cuartos de Laínez, y esto hizo crecer su gratitud y su cordialidad hacia el enfermo. No era fingido su pesar al descubrir la inminencia del desenlace.

Aún pagó tres cuentas más de la fonda. Una tarde, Teodosio comenzó a sudar y estuvo deshidratándose cuarenta y ocho horas, sumido en sopor, sin darse cuenta de lo que le rodeaba. Al volver en sí, el bulto había desaparecido, el brazo derecho recuperaba la normalidad y el izquierdo estaba engarabitado. Amaral no comprendía nada de aquellas locuras. Día tras día, el enfermo fue mejorando, fue recuperando sus fuerzas, y sanó.

Sanó. Amaral lo comprobó, estupefacto. La primera salida de Teodosio tuvo por meta la casa del doctor. Le abrazó, lloroso. ¡La vida le debía, la vida! ¡No había otro como él en el mundo! Si alguna vez necesitaba de aquella existencia que había sabido mantener, no tenía más que decir «¡Laínez!», y Laínez, como un perro, se tendería a sus pies. Cuando Rogelio quiso hablar del depósito recibido, el resucitado se opuso. Lo dicho, dicho estaba. ¿Qué valían aquellos dineros al lado del bien de alentar aún? Rogelio no había heredado todavía en aquella época: de las diez mil pesetas apenas

conservaba la quinta parte; el juego le había castigado con excesiva dureza en el casino de señores. Aceptó la generosidad del indiano.

—Y ya sabe, Teodosio, en cuanto advierta algún síntoma…

Pero no volvió a padecer ni un resfriado. Amaral lo encontraba frecuentemente, con las pupilas en los lagrimales, hético, siempre un poco ebrio, y le socorría con unas pesetas. Él decía:

—Se las acepto a usted para beber, don Rogelio. A ver quién puede más: yo o mi hígado. Todo el dinero del mundo me parecería poco para recompensar lo que usted hizo. ¡Qué gran médico es usted, don Rogelio! Sin embargo, ¿de qué me sirve la vida? Pensaba abrir una tiendecita con mis ahorros. Ya no los tengo. Mi brazo izquierdo es un colgajo inútil, y no me permite trabajar. ¿Para qué quiero la salud?

Y otro día, sentado en el umbral, con el cuello de una botella asomando por su bolsillo:

—Es terrible esto, don Rogelio. Tengo el hígado más fuerte que nunca. No puedo dormir.

Caminaba tras él por las calles, vitoreando a su salvador, contando a gritos que era su segunda madre, y vertiendo lágrimas de bacardí. Amaral concluyó por aceptarlo como criado en su casa. Aún vivía Laínez, cuando el alma del gran caballero se elevó a la mansión de los justos. Aquellos dos mil duros le costaron a Amaral más de diez mil, según sus cuentas escrupulosas. Fue el mayor fracaso que padeció en su labor de médico.

Al anochecer de un día de diciembre, un labriego fue a requerir a Amaral para asistir con urgencia a un enfermo grave en las afueras de la ciudad. Salieron envueltos en sombras tristes, bajo una lluvia lenta que charolaba el coche y empañaba los vidrios de las ventanillas. En el pescante, el labriego se cobijaba bajo el mismo ancho paraguas del cochero e indicaba el camino con palabras concisas, que salían de su boca áspera como nubecilla de vaho. En la carretera había un gran espejo de agua roto en mil pedazos, y los enormes álamos viejos parecían pasar a uno y otro lado, en marcha fatigada, hacia un refugio que los librase del aterimiento invernal. El coche rodó más de dos leguas por senderos que la noche iba borrando tras él. Al fin se detuvo ante una casona desdibujada en la oscuridad. Se oía el rumor de una corriente de agua próxima, y en alguna parte las tejas goteaban sobre un cubo de cinc. Nadie salió a recibirlos. El guía empujó una ancha puerta rechinante y se insinuó bajo una luz soñolienta un zaguán, del que arrancaba una escalera amplia, desgastada y ennegrecida.

—Pase, señor.

Subieron al primer piso. Por las abiertas puertas del corredor, un salón, en el que relucían vagamente marcos y retratos invisibles, les enviaba su aliento frío y húmedo. Un gato asomó a una rendija sus ojos fúlgidamente verdes. Amaral fue introducido en una alcoba, y su guía desapareció sin que él lo notase.

Entre dos ventanas cerradas, el amplio lecho extendía su blancura. Apenas la mancha negra de una cabellera de mujer sobre la almohada. Cuando Rogelio entró, alzose una figurilla oscura que lloraba y rezaba, de rodillas, junto a la cabecera. Abrió los brazos, asustada o ansiosa. Era una viejecita hecha de arrugas, enlutada y sutil como la sombra de los rincones, temblorosa como la luz de las bujías.

—¿Usted es el doctor? —bisbiseó—. Acérquese. Se han marchado ya…

Su voz era un soplo lleno de terror y recelo. Apretó los huesos de sus manos junto a la trémula barbilla y esperó.

Amaral se inclinó sobre el lecho. Vio un rostro teñido por la amarilla palidez con que se anuncia la muerte. Tocó un pulso filiforme. Abandonó la mano para aproximar un candelabro, y los dedos agitáronse un instante sobre el embozo, con inquietud de patas de arañas.

La luz reveló unas facciones descompuestas, que despertaron un recuerdo en la memoria de Amaral.

—¡Beatriz! —exclamó, con un escalofrío de espanto.

Volvió hacia él suavemente la cara la joven que meses antes le había pedido en su despacho una complicidad imposible. Con un cansancio infinito, que ya no era dolor, cargados de vaguedad, vidriados casi, con esa expresión inefable de la agonía, los ojos grandes y negros se fijaron un momento en él.

—¡Beatriz! ¿Qué tiene usted? ¿Qué ha pasado?

Ella silabeó con voz tenue, helada en una indiferencia inconsciente.

—Dejadme… Váyase usted.

Rogelio rebatió las sábanas. Aparecieron los senos, de aureolas moradas; el vientre hinchado, y después los muslos de la mujer frecuentemente atados el uno contra el otro con correas que se hundían en la carne. Inclinó Amaral aquel cuerpo atormentado y vio asomar, rojinegro, el cráneo del hijo al que se había impedido brotar.

Retrocedió espantado.

—¿Quién ha hecho esto? —balbució.

La vieja rompió a hablar entre sollozos. Gritaba, pero con gritos apagados por la sordina del miedo o del respeto o la muerte.

—¡Fueron ellos, fueron ellos! —decía—. ¡La sangre de su sangre, que ha de caer sobre sus cabezas!… ¡Asesinos, asesinos!… ¡Pobre paloma! ¡Dijeron que no había de asomar al mundo la infamia y que dentro de ella quedaría para siempre y que en ella se había engendrado! ¡Como si mi ángel inocente fuese otra cosa que una mártir!… ¡Mártir!… ¡Pobrecita mártir!… ¡Paloma!

Cayó sobre el lecho llorando, con sus manos sobre el cuerpo ya insensible, rociándolo con palabras de bendición y de amor. La luz de las bujías temblaba fútilmente. Amaral vio un negro hueco en la pared: la puerta se había abierto, sin que él supiese cuándo, y el labriego, arrodillado en el umbral, las manos fervorosas sobre el pecho, rezaba en voz contenida, endulzada de unción, que, a pesar de su tono,

hacía oír sus palabras de piedad y de angustia en toda la estancia.

—… y perdónanos nuestras culpas, así como nosotros…

Le pareció a Amaral que unos grandes ojos severos, cargados de interrogación —los ojos que perseguían a Caín— miraban dentro de él, fijamente, su propia conciencia. «Era mi deber», contestó desde el fondo de aquel espanto que enfriaba todo su cuerpo. «Era mi honrado deber.»

Y se sintió más fuerte.

Pero nunca más —esta es la extraña verdad— quiso ejercer su profesión de médico. Algo comenzó a dudar o algo comenzó a creer, que se lo impidió para siempre.

II

Al padre de Rogelio —don Juan de Amaral— le hubiera sido muy fácil impedir que su hijo prestase servicio de las armas. Pero esto resultaría bochornoso para la tradición familiar. Desde los tiempos más remotos los Amarales se venían dedicando ardorosamente a la noble faena de «causar bajas». Utilizo a propósito esta locución porque la encuentro mucho más adecuada que el verbo «matar», que algunos emplean con indisculpable ligereza cuando se refieren a los actos de un guerrero en el ejercicio de su vocación. Nace ahora y se extiende por el mundo, a la vez que otras ideas equivocadas y nocivas, un ansia de paz justamente calificada de sensiblería por algunos generales amenazados con el retiro. No triunfará. Bien lo sé. Pero si estuviese dispuesto que cambiase de tan absurda manera el destino de los hombres, ¿cuál iba a ser en lo futuro el origen de los linajes? ¿Qué podían narrar los historiadores? ¿Qué cantarían los poetas de largo aliento? El hambre y la desesperación anidarían en los ociosos talleres de los escultores, preferentemente ocupados a lo largo de los siglos en reproducir en piedra o en metal la efigie de los grandes productores de bajas.

De bajas, no de cadáveres. El cadáver es un accidente con el que no cuenta el guerrero, al que el fenómeno de la putrefacción no le interesa poco ni mucho, y aun, en ocasiones, le molesta. Convendría que los historiadores, los moralistas y los ministros de la Guerra explicasen esta peculiaridad a la gente, y si lo hiciesen así quedarían inutilizados los argumentos que esgrimen contra la aparente —nada más que aparente— crueldad de las batallas escritores capaces de desmayarse cuando se pinchan un dedo. No es difícil esquematizar la conducta de un capitán en un paradigma vulgar, pero que puede ser pronto y universalmente comprendido. Supongamos que un hombre que juega al tresillo contra otros dos acaba de ganar una baza matando el basto con la espada. Este hombre cogerá las tres cartas y las depositará ante sí, con el dorso hacia arriba, alegre por haber privado de un elemento valioso a sus contrarios. Pero eso de matar el basto no quiere decir que abrigue ningún rencor contra él; ni después de tenerlo inutilizado lo rompe, ni lo muerde, ni lo quema, ni lo maldice. Tampoco se opone a que se mezcle otra vez con las demás cartas de la baraja para volver a jugar. Pues bien: este y no otro es el espíritu que anima al caballero que mete su espada por el pecho de un soldado enemigo. No aspira a suprimir a un hijo de familia, sino a aumentar en una el número de las bajas. ¡Ah señores, esto es muy diferente! Después de gastar mucho dinero en el equipo, después de escuchar discursos enardecedores y de haber desfilado bajo las ventanas donde las bellas agitan sus olorosos pañuelos y arrojan flores sobre las bayonetas, después de haber cantado hasta enronquecer himnos que embriagan más que los más fuertes licores, un caballero no puede detenerse ante el adversario a quien encuentra al azar en el campo de la lucha para preguntarle preocupadamente:

—¿Acaso le espera su madre? ¿Cuántos débiles hijos tendrá que vestir de luto su

mujer, si yo le mato?

No. Se hiere, se da un viva a la Patria, se sigue hiriendo…

Nada de esto está escrito por el vanidoso afán de lucir mis opiniones personales, aprovechando la relevante posición que en el escenario de la publicidad me otorga mi papel de biógrafo de Rogelio. Pocas páginas más adelante hallará el lector los motivos que me han impulsado a insertar, un poco anticipadamente, porque no soy muy dueño de mis nervios, estas consideraciones de elemental buen sentido. Son como una réplica a la apasionada teoría que un hombre de inteligencia obnubilada por la pasión y el despecho hubo de exponer en cierto día lejano especialmente jubiloso en los anales de la casa Amaral.

Ya he dicho que casi todos los varones de aquella ilustre familia sirvieron a la Humanidad machacando cráneos y abriendo brechas terribles pero provechosas, ya en la cavidad abdominal, ya en la pectoral de sujetos para ellos desconocidos, con quienes se encontraban un momento en el desorden de la pelea. El hermano mayor de Rogelio había seguido esta tradición y era alférez de caballería cuando aún nuestro biografiado desentrañaba graves problemas de ciencia, con el ahínco que he procurado explicar, en la Facultad de Medicina. Don Juan de Amaral, padre de ambos jóvenes, retirado ya de los azares de la milicia, aumentó con asombrosas proezas el brillo del nombre que sus abuelos le legaron. Aún no se habían ajado los oros de su primer uniforme, cuando ya lograra ganar justa fama de valiente. La enconada guerra carlista ofrecía entonces ocasión de probar su coraje a todo el que tuviese bien templados el corazón y la espada, y don Juan experimentó una gran alegría cuando su regimiento recibía orden de marchar para combatir a los rebeldes. Pronto se hicieron admirar, aun entre los más curtidos veteranos, el ardimiento de aquel joven, su inconmovible serenidad, la alegría con que aceptaba las más difíciles comisiones, como si no tuviese noticia de la muerte, a pesar de la frecuencia con que la sembraba a su alrededor.

La más audaz de sus aventuras es muy conocida entre la gente de armas, porque aún se habla de ella alguna vez —hoy todavía— en las veladas del cuarto de banderas de los cuarteles.

Fue en el Maestrazgo, donde operaba el regimiento. Parte de la oficialidad había obtenido licencia para reposar durante algunos días en una villa de las duras penalidades de la campaña. En la noche que antecedió a su regreso, el marqués de Arco Real los despidió con una fiesta en su palacio suntuoso. Don Juan estaba entre sus compañeros. En un feliz olvido de todos los riesgos de la guerra, los valientes muchachos vivieron entonces algunas horas dichosas: bebieron como caballeros, bailaron como militares y galantearon a las damas con el fácil juego de la juventud. Amanecía cuando decidieron marcharse. Los caballos los esperaban, ensillados ya, y emprendieron el retorno al campamento. Las calles estaban desiertas y los cascos herrados sonaban fuertemente contra las piedras en el silencio de la mañana que nacía. La campana de una iglesia saludaba al alba cuando ellos pasaban ante las

paredes, negras de tiempo y de humedad. Y uno de los oficiales opinó que se oyese una misa, ya que la suerte les deparaba tan oportuna ocasión. Buenos cristianos, lo hicieron así todos ellos y continuaron luego su viaje.

Horas después alcanzaron un lugar desde donde se divisaba no solo su propio campamento, sino también las avanzadas del enemigo. Se detuvo entonces don Juan y dijo alegremente a sus camaradas:

—Esta noche hemos cumplido nuestros deberes sociales, y después, los de creyentes; pero ¿no sentís ahora el rubor de haber estado tanto tiempo ociosos como soldados? Cinco días hace que nuestras armas están inmóviles, mientras las de aquellos que han permanecido aquí habrán tenido muchas ocasiones de ser probadas. Siento en la conciencia el peso de una deuda con nuestra causa, y me agradaría poderla pagar antes de presentarme a nuestros jefes.

Tendió su vista y vio a lo lejos, en el confín del campo enemigo, un pequeño grupo de hombres a caballo que prestaban servicio de patrulla o acaso paseaban para gozar de la serenidad de la mañana.

—He aquí —añadió don Juan, afirmándose en la silla— un buen desayuno para mi apetito.

Y sin esperar más, picó a su caballo, que bajó la pendiente, y avanzó en una briosa galopada hacia el grupo, gritando algo que sus asombrados amigos no podían oír, pero que era, sin duda, una excitación al combate. El sable desenvainado relucía a veces y la capa revolaba sobre la grupa del animal, como si llevase alas diabólicas. Los del grupo se detuvieron, sin comprender exactamente lo que intentaba aquel loco; pero no tardaron en apercibirse a la defensa, prevenidos por las voces del joven.

Eran siete, pero hubieran sido más aún y difícilmente podrían contener el empuje, la furia con que don Juan cayó entre ellos, repartiendo tajos y estocadas, hiriendo a un lado y otro, revolviendo su caballo en aquella confusión de hombres y bestias, sobre la cual centelleaban brevemente las armas.

Los compañeros permanecían atónitos en el mismo lugar donde los había abandonado, porque comprendían que era tarde ya para acorrerle y porque la grandeza de aquel episodio, el arrebato de aquella lucha desigual, les ofrecían un espectáculo que sus corazones de héroes gustaban deleitosamente.

No duró mucho la contienda. Huyó un caballo arrastrando un cuerpo sin vida; desmoronáronse desde sus sillas tres soldados más; luchaba otro, en el mareo de la agonía, por mantenerse abrazado al cuello de su cabalgadura, y, al fin, el último abandonó la lucha y escapó para refugiarse en sus filas, desde donde ya acudían presurosamente nuevos combatientes.

Don Juan volvió a su campo. Muchas balas arañaron rabiosamente el aire en torno de él, sin tocarle, y las nubecillas blancas que se alzaban aquí y allá, en la línea enemiga, y las detonaciones que alarmaron súbitamente los campos, no tuvieron otra eficacia que la de salvas que saludasen su hazaña.

El joven no sufrió más que una herida en un brazo. Su corcel murió unos metros

antes de llegar al campamento, donde todos corrían hacia Amaral para felicitarle y también con el temor de que hubiese padecido más grave daño en la refriega. El héroe no estaba contento aún. Hubiese querido apuntarse una baja por cada uno de sus siete días de descanso, y no había dejado tendidos más que seis cuerpos, que ahora recogían los camaradas de los vencidos para transportarlos a sus tiendas.

La noticia cundió por todos los ámbitos de la nación. Cuando don Juan de Amaral llegó a Madrid para reponerse, al lado de los suyos, de la herida —ancha y profunda — que tuvo su brazo sin movimiento más de dos meses, todos conocían su hazaña. La reina quiso felicitar personalmente al bravo caballero, y los más encumbrados personajes de la Corte buscaron su amistad. No había reunión que no le tuviese por gala, ni damisela que no le mirase con interés, ni mesa de banquete donde no le reservasen el puesto de honor. En una de tales fiestas fue donde pudo conocerle una doncella de la noble familia de los Quirós, joven que sobresalía entre todas por su discreción y por su belleza.

El primer día que se vieron, Elisa Quirós enrojeció vivamente y apenas pudo balbucir en forma ininteligible las fórmulas corrientes de la cortesía.

Aquella tarde, don Diego Sandoval, el pretendiente a quien todos suponían más próximos al alcanzar el amor de la bella, no consiguió de sus labios más que respuestas lacónicas y distraídas.

Diego Sandoval contaba a la sazón cerca de treinta años. Cultivaba la química. Aún no había alcanzado la fama que después llevó su nombre y hasta las líneas de su rostro a los diccionarios enciclopédicos, ni había descubierto tampoco la sandovalina, tan útil más tarde en la farmacopea para remediar los males del bazo; pero su talento era ya reconocido y hasta los que no podían perdonarle la audacia de sus teorías, no se negaban a reconocerle cierta difícil originalidad y el don, a veces irritante, de enfocar las cuestiones desde puntos de vista inesperados, que desconcertaban a sus contradictores. Carecía de todos esos sentimientos que constituyen el fondo de un carácter romántico, y este era su más grave defecto. Nadie podía dudar de que amaba a Elisa con infinita ternura, y, cuando la perdió, ninguna mujer alcanzó a sustituirla en su afecto. Sin embargo —¡extraña conducta!—, jamás le dedicó una poesía, ni le pidió para conservarla eternamente alguna de las flores que la muchacha sujetaba con frecuencia sobre su pecho, ni empleó líricas metáforas para elogiar sus ojos, y un día en que a la joven se le cayó un pequeño libro de horas por un precipicio, mientras paseaban por el campo, Sandoval se asomó, contempló el pedregoso y húmedo fondo donde, al fin, se detuvo el volumen, y, cuando Elisa esperaba ver a su galán aventurarse en el peligroso descenso por la escarpadura y se preparaba a lanzar un chillido de miedo, le oyó decir mientras regresaba tranquilamente a su lado:

—No vale la rotura de un hueso. Será mucho más sensato comprar otro libro mejor cuando lleguemos a la ciudad.

La segunda vez que Elisa encontró a don Juan de Amaral conversó con él tanto tiempo, que al pasar cerca de donde Sandoval esperaba, solo pudo decirle:

—Es tan tarde ya, que tengo que marcharme ahora mismo.

Algunas damas añosas y algunos experimentados caballeros no dejaron de advertir que, cuando se relataba en presencia de Elisa la proeza del oficial, la joven escuchaba ávidamente, encendidos los ojos, inclinada hacia el narrador, con tan vivo anhelo, que en los momentos en que el interés culminaba, no podía evitar que su mano fuese a calmar sobre el pecho los latidos del apasionado corazón.

Del tercer encuentro, Amaral salió con un guante de la joven amorosamente guardado. El guante estaba un poquito sucio en las extremidades que correspondían a los dedos. Soplando dentro de él, quedaba modelada delante de los inflados carrillos de don Juan la delicada manita de la muchacha.

Sandoval creyó oportuna una explicación con Elisa.

—Me ha parecido observar en usted —le dijo— alguna preferencia hacia ese oficial.

—No puedo negarla —contestó ella, lealmente.

—¿Le encuentra algo más que divertido?

—Le encuentro más bien interesante.

—¡Ah! ¿Interesante?

—Sí. Es un héroe.

—¡Caramba! —murmuró Sandoval, admirado, como si hasta aquel momento no hubiese llegado a sus oídos ninguna noticia relacionada con el oficial—. Usted siempre dice la verdad, Elisa. ¿Debo entender que le parece más merecedor que yo de su cariño?

La bella vaciló, angustiada.

—¿Qué puedo contestarle? ¡Son ustedes tan distintos!… Usted es un hombre inteligente…; pocas personas estimarán tanto su talento como yo… Creo que una mujer puede sentirse a su lado amparada y feliz… Sí, le estimo mucho, amigo mío, y tendría un gran pesar si me privase alguna vez de sus consejos, de su charla, de su predilección. Amaral es… otra cosa. ¿No ha oído usted hablar de él? ¡Oh, si es imposible! Su nombre está en todos los labios. Es un héroe, un héroe. Me han contado su acción y parece increíble… Él solo contra siete enemigos, corriendo hacia una muerte que parecía inevitable y que podía muy bien eludir, puesto que ningún deber se la ordenaba… A rienda suelta y con el sable en alto, ansioso de anticipar el combate. Eran siete sus adversarios y él solo para luchar, en medio del asombro de dos ejércitos. Saltaba y se revolvía como el agua de una ola que rompe contra un cantil. Venció a los siete. Seis quedaron muertos o malheridos por los golpes de su sable, y el otro huyó porque el espanto pudo más en él que el deber. Es una hazaña de romancero, Sandoval. ¿No le conmueve? Siempre que miro a ese bravo soldado le veo como iluminado por el sol de la gloria. ¿A qué mujer no impresionaría tan magnífico arrebato? Si usted me pregunta si le admiro, yo le contestaré sencillamente: ¿Existe alguien capaz de no admirarle? Hasta sus mismos enemigos pronunciarán, sin duda, su nombre con respeto. No es un hombre, es un semidiós,

Sandoval.

Su voz tenía un cálido acento y se habían humedecido de emoción sus claros ojos. Don Diego Sandoval calló un instante. Luego habló:

—Nada hay que me interese tanto como su felicidad de usted. Si ese caballero tiene, en realidad, tan altos méritos como se le suponen, me apartaré humildemente del camino que puede llevarle al corazón de usted. Pero quisiera yo comprobarlos por mí mismo.

Al siguiente día desapareció de Madrid y nadie volvió a saber de él en algunas semanas. Esto no dejó de ser un alivio para Elisa, enamorada ya del oficial y poseída por la ventura inmensa de saberse amada por él. Cuando regresó don Diego de su misterioso viaje, solicitó de ella una entrevista que no le fue rehusada, porque, en verdad, la excelente joven tuvo siempre en buen aprecio a Sandoval y no se recató de decir públicamente en cualquier ocasión, aun después de casada, que encontraba en él cualidades tan encantadoras que la llevaban a perdonarle el grave defecto de dedicarse a estudiar tenaz y seriamente cuestiones de tan mal gusto como las de la química.

—¿Dónde se ha ocultado usted tanto tiempo? —le preguntó Elisa.

—En el campo rebelde —contestó don Diego con sencillez.

—No querrá usted decir que es desleal con la reina.

—Esa es una cuestión que no me interesa demasiado. He ido a comprobar la alta categoría humana que la gente reconoce en el señor Amaral.

—Entonces estoy segura de que contará con un nuevo admirador. ¿Ha indagado usted detalles de su empresa?

—He hablado con testigos presenciales y con los médicos que atendieron a sus víctimas.

—¿Y qué tiene usted que decirme?

—Que la han engañado.

La joven frunció el ceño. Sandoval hablaba fríamente, sin poner en sus palabras acentos de pasión alguna, con la misma segura tranquilidad que cuando enumeraba las condiciones de cualquiera de los cuerpos que estudiaba en su laboratorio. Añadió, como si no hubiese advertido el enojo de Elisa:

—En el fondo, nada tengo que rectificar; pero le han referido a usted el suceso en una forma que lo desfigura completamente. Después de la relación que voy a permitirme hacerle, espero que lo considerará desde su único razonable punto de vista.

Sacó de su bolsillo unas notas.

—La verdad es que don Juan de Amaral, en la mañana del catorce del marzo, se aproximó a un grupo de jóvenes (el mayor tenía veintiocho años) que no le conocían y de los que él, a su vez, jamás había tenido noticia alguna. Don Juan llevaba en su mano derecha un largo trozo de acero, afilado y terminado en punta, con el que comenzó a golpear a aquellos seres. A uno de ellos, llamado Cristóbal Urquiza,

consiguió introducirle su arma por el vientre. Le causó una herida de delante a atrás que atravesó la pared abdominal, el peritoneo, el estómago, el yeyuno y rozó el páncreas. El señor Urquiza sufrió una peritonitis aguda, su vientre se hinchó como si fuese a estallar y por la ancha herida salían restos de su desayuno. Una sed terrible le martirizó en las horas que pudo vivir todavía. Sufrió tanto, que pedía a los compañeros que lo rematasen, y cuando su padre llegó a ver el cadáver, el dolor había desencajado aquel rostro hasta tal punto, que por un momento pudo tener el anciano la engañosa ilusión de que no era su hijo.

Elisa hizo un gesto de pena.

—Otro de los sacrificados se apellidaba Elgóibar. El señor Amaral impulsó con fuerza el pedazo de acero de que disponía contra este infeliz, y se lo clavó en el lado derecho del tronco, entre la sexta y la séptima costillas. Le perforó la pleura, el pulmón, otra vez la pleura, el diafragma y el hígado. El joven Elgóibar vivió dos días. Una fuerte disnea hacía de su respiración un suplicio, la sangre manchaba su boca en vómitos frecuentes y, al ser llevado ante los médicos, borboteaba en la herida, por donde salía también su aliento, formando pompas rojas impresionantes. Me han referido que llegaba a mover la camisa que le cubría el costado. Se ahogaba y el aire remedaba un fuerte hervor en su pecho. Este hombre pronunció una frase antes del colapso definitivo. Dijo: «Soy muy joven para morir». Debía de estar angustiado por espantosas ideas…

—¡Pobrecillo! —suspiró Elisa.

—Al primogénito de los condes de San Adrián le dio nuestro alférez un recio golpe con el filo del arma en el cráneo. En el lado derecho de la frente. La herida atravesó el lóbulo y el ventrículo lateral y tocó los pilares del trígono. Aquel individuo cayó en el acto al suelo, sin sentido y casi sin vida, a la que puso rápido fin una hemorragia interna. Esta hemorragia produce los siguientes efectos…

—¡Cállese usted! —suplicó la joven.

—Otra víctima —continuó Sandoval—. Manuel González. Herida punzante en el cerebelo. En una de las posiciones a que le forzaba su acometividad, don Juan le pinchó por detrás en el cráneo e hizo penetrar la punta en él. González sufrió la incurvación del cuerpo en arco hacia el sitio lesionado. Se quedó así.

Sandoval se dobló sobre su costado izquierdo, remedando la trágica postura del herido. Elisa se puso en pie.

—¡Basta ya!

—Aún faltan dos. También es interesante saber lo que han padecido.

—Pero eso —protestó con excelente sentido la joven— es un parte médico, y no el relato de un acto heroico.

—Es todo el acto heroico —aseguró Sandoval.

—No; las hazañas de los héroes deben de ser contadas como en la *Iliada*.

—Es que a mí me parece que solo se podrán apreciar con justicia y en, toda su realidad los heroísmos belicosos cuando los narre un médico. Se trata de matar, de

destruir tejidos, de perforar entrañas, de perturbar funciones vitales. Y un poeta no suele entender de eso, y a un historiador no le importa. Yo le cuento ahora el mismo hecho que otros le han contado, pero visto por los ojos de unos médicos que no me han ocultado ninguna verdad. Parece que la proeza ya no es hermosa; sin embargo, así fue. Urquiza echaba los alimentos por el vientre abultado, y Elgóibar, el aliento por la herida. Deliraron, sufrieron, se retorcieron y, dejaron de ser. El señor Amaral regresó, sonriente y ufano, sobre su caballo, como si hubiese realizado un bonito juego. Pues bien: he ahí el bonito juego. Eso que ustedes llaman un héroe se ha convertido simplemente en el autor de algunas acciones desagradables. ¿No es así? Esto es lo que yo quería decirle.

Elisa le contempló un instante con gravedad. Luego rompió a reír.

—Es usted incorregible, Diego. No se conforma hasta que encuentra una manera original de presentar las cosas más corrientes y aceptadas. Su idea de que sean los médicos los que se encarguen de historiar las proezas de un soldado es terriblemente ingeniosa, pero aburrida. Si fuese así, no habría héroes. Todos llegarían a parecernos criminales o, al menos, despertarían en nosotros la antipatía y el desagrado. Su labor nos atormentaría. No; prefiero a los poetas, que no ven nunca las asas intestinales del vencido, sino la gallardía del vencedor, o a los historiadores, que no incluyen entre los efectos de la derrota esos cerebelos pinchados de que me hablaba usted. Y ahora debo comunicarle algo de mayor importancia: Juan ha pedido mi mano. Le adoro. Nos vamos a casar. Es un valiente, es un caballero, estoy segura de que sus sentimientos son delicados y de que sabrá hacerme feliz. Pero no lo sería por completo si con ello perdiese su amistad de usted, que estimo en tanto.

Le tendía sus manos, con la mirada humedecida por una emoción cordial. Don Diego las besó.

—Siempre, pase lo que pase, seré su amigo, Elisa.

Y así fue, porque en el hogar de aquellos dos seres, Sandoval mantuvo siempre el puesto de leal camarada. Lo que en lo íntimo de su corazón pudo pensar o pudo sufrir, nadie lo supo nunca.

* * *

Queda apuntada en estos renglones una lacónica, pero eficiente, noticia acerca de los padres de Rogelio. Ella explica que don Juan, después de consagrar a su primogénito a la brillante carrera de las armas, en que él había destacado de singular manera, no hubiese querido que su hijo segundo dejase de cumplir sus deberes militares, cuando la patria le llamó en circunstancias un poco difíciles.

Entonces se guerreaba en África. Los moros habían atacado a la ciudad de Melilla, y el Gobierno español envió abundantes fuerzas para castigarlos.

Rogelio Amaral ingresó en el Ejército como simple soldado; pero tres meses

después de haber desembarcado en África alcanzó los galones de sargento, y esta era su categoría cuando lo enviaron en servicio de avanzada al puesto del Morabito. El tal puesto no pasaba de ser una especie de corraliza donde se refugiaban veinticinco hombres, a los que la patria había confiado la misión de luchar contra sus propios parásitos y contra los moros que se atreviesen a acercarse a aquel monte áspero, en el cual se hubiese muerto de hambre una cabra poco exigente.

La posición estaba muy alejada del grueso del ejército, y el hastío enervaba a sus ocupantes. Debruzados en el exiguo muro, contemplaban las colinas próximas, en las que verdeaban los palmitos, o languidecían perezosamente todas las horas que el nácar de la alborada tardaba en convertirse en el rojo sombrío de los ocasos. El heliógrafo les transmitía, desde otra eminencia lejana, órdenes rutinarias, y Amaral, manejando el mismo aparato desde la posición, fulminaba hacia sus superiores destellos que aseguraban: «Sin novedad». Algunas noches se encendían hogueras inquietantes en otras cumbres.

Por suerte, el puesto del Morabito dominaba un cruce de caminos, donde, hasta que la guerra llegó a impedirlo, celebraban los indígenas un zoco o mercado, y aunque las construcciones hechas al amparo de aquella circunstancia habían sido incendiadas y derruidas, quedaba todavía en pie una casa, la del judío Ben Kassani, que antes era posada de traficantes y ahora almacenaba vinos de dudosa estirpe y conservas que el codicioso semita, indiferente a los éxitos y a los reveses que el Dios de los Ejércitos quisiera deparar a cualquiera de los beligerantes, vendía a buenos precios a los soldados de España. Y como ninguna amenaza parecía inminente por aquellos lugares, Amaral, acompañado de algunos de sus hombres, no desdeñaba descender hasta la taberna del judío, que blanqueaba a media ladera, y beber algunos vasos, siempre a la salud del rey o como voto por el triunfo de sus armas, porque tan profundamente le había impregnado el espíritu militar, que ni aun podía desprender este sencillo acto de inundar de alcohol amílico su estómago de sus deberes de sargento.

La guerra desarrolla en los que la siguen una aptitud irónica, y este don los llevó a denominar graciosamente El Casino a la guarida de Ben Kassani. A la sombra de sus muros alguna vez sonaban los largos ayes en espiral de una canción flamenca, o se narraban historias, o se jugaba con barajas mugrientas el importe de las botellas trasegadas. En medio de esta tolerante camaradería, nadie pudo culpar a Rogelio de dejar que disminuyese en su tropa el sentido de la sagrada obligación, ni siquiera de consentirle que olvidase, ni aun en los momentos más fútiles, por qué y para qué los había dejado su patria en el árido pico de aquel monte. Cuando alguien cantaba tan mal que los demás, entre maldiciones, buscaban en redor, con ojos turbios, objetos arrojadizos, la voz de Amaral sonaba gravemente:

—¡Es la guerra, muchachos!

Y cuando ganaba la baza definitiva que le libraba de preguntar cuánto se debía al ladrón de Ben Kassani, mataba todo rencor en el ánimo del perdido, instruyéndole:

—Hay que sufrir. La guerra es la guerra.

El cabo Tomás y el cabo Edigio eran, por razón de su categoría, los que con más frecuencia le acompañaban y con los que solía comunicarse con mayor agrado. El excelente caballero había adivinado en los dos hombres, a pesar de la humildad de su puesto y de su origen, una extraña dignidad espiritual, y Rogelio, con esa campechanería que dio fama a la aristocracia española, sabía honrar las buenas dotes del alma allí donde las encontrase, aunque los apellidos de quien las luciera fuesen tan vulgares que no pudiese recordarlos jamás.

El cabo Edigio era voluntario. No parecía probable que le hubiese empujado a alistarse la necesidad de comer, ya que sus padres daban muestras de cierto desahogo económico al enviarle con alguna frecuencia dinero y regalos. Pensando que pudiese haber en la vida de aquel hombre cualquier historia que mereciese ser conocida, una tarde en que sudaba bajo el sol africano, a la exigua sombra de la pared de El Casino, Amaral le instó a que refiriese cómo se había decidido a empuñar el fusil.

Edigio sintió el orgullo de inspirar la atención de persona tan elevada.

—Verdaderamente —comenzó—, todos traemos al mundo un destino, y es inútil que alguien intente torcerlo. Yo nací para el servicio de las armas, y ninguna otra ocupación, por noble y provechosa que fuese, me podría atraer. Pertenezco a una familia de labradores acomodados, que hubieran querido retenerme en las mismas labores que ya fatigaron a mis abuelos. El campo nunca me interesó. Tuve la suerte de que, desde niño, cayesen en mis manos libros de Historia, relatos de las hazañas de los grandes capitanes españoles, novelas cuyo pretexto eran acciones belicosas y en las que mozalbetes que abandonaban su hogar sin más tesoro que la vieja espada del padre colgada del cinto, vertían la sangre propia y la ajena con tan gallardo valor, que acababan cubiertos de honores y de riquezas, bien casados con mujer hermosa y distinguida. Y estas lecturas fueron acuciando mi inclinación. Capitaneé grupos de chiquillos en temibles pedreas, organicé asaltos a los almiares; gustaba de cabalgar en uno de los caballos de la granja con la ilusión de llevar tras de mí un ejército, al que conducía a empresas maravillosas. Soñaba con la áspera vida de los campamentos, con las marchas sigilosas que aproximan en la oscuridad de la noche a las ciudades del descuidado enemigo, con el estrépito de la fusilería, con el imperio de las órdenes que da una trompeta, con la embriaguez religiosa de unos colores tendidos al viento en el asta de una bandera. Me había prendado del nombre de las Compañías Blancas, de Beltrán Duguesclin, y en mi imaginación era yo jefe de escuadrones de Hércules: hombres cuyas blancas capas rebosaban por los lomos de los blancos caballos y que me seguían silenciosos, leales y terribles, hasta el mismo palacio del rey. Y yo le decía al rey: «Caeremos sobre Francia como un vendaval y será nuestra; y después, Alemania, y Europa entera». Los anchos cascos tamborileaban sobre toda la piel del mundo, sobrecogido. Yo iba al frente, el ceño hosco, la mirada fija, también con mi capa blanca y una alta gorra de piel con galones de oro. Y todas las mujeres me miraban al pasar por las tierras sometidas, pero yo no miraba a ninguna.

»Empujado por todas estas ilusiones, un día me marché a la ciudad y senté plaza. Aprendí el manejo del fusil y también a evolucionar a la voz de mando, en unión de otros hombres, con esa perfecta uniformidad de movimientos que solo se exige a los soldados para prepararse a guerrear y a las muchachas inglesas para trabajar en las revistas. La vida de cuartel carecía de acentos épicos. Cuando aún no habían languidecido mis ensueños, un capitán me eligió como asistente. Fui a su casa. Dejé el fusil y me pusieron en los brazos un chiquillo de noventa días. Aunque venía preparado para afrontar todo el sinnúmero de extrañas aventuras que pueden acaecer en ejercicio de profesión tan arriesgada como la de mílite, aquella no dejó de impresionarme. Entre todo lo que había soñado o temido, no figuraba nada que se relacionase con la necesidad de pasear un arrapiezo por los pasillos de una casa. La endiablada criatura era mi parásito. Tenía que arrullarle para que se durmiese, tenía que acercar a sus labios el biberón y acunarle por las noches cuando sus berridos turbaban el descanso de los padres, y salir con él… La primera vez que me vi en la calle con aquellos seis kilos de carne envueltos en lanas, tuve tanto rubor como si yo lo hubiese parido en un descuido de mi honestidad. Pero aquello era, sin duda, la milicia, puesto que nadie se admiraba de que ocurriese, y yo aceptaba el raro deber, repitiéndome, para evitarme desmayos:

»—Todo por la patria.

»Nunca me habían informado mis lecturas de que los héroes se preparasen para sus hazañas acunando mamoncillos, y así fue como comencé a desconfiar de la literatura y a presumir que por debajo de ella corría una realidad muy diferente. Sin embargo, aún persistía mi fe, y cada vez que el crío me enviaba con cauteloso silencio, al través de sus ropas, una tibia corriente que penetraba en las mías, yo insistía en pensar en la patria, al tiempo que lo separaba con premura. Pero ya no era un ofrecimiento dulce en estas ingratas ocasiones: era un bramido ahogado (para que no lo oyese el capitán) lo que lanzaba al decir:

»—¡Por la patria!

»Pasados algunos meses, cuando mi entusiasmo había sensiblemente decaído, modifiqué un poco la fórmula, y rugía, a la vez que alejaba en toda la extensión de mis brazos la fuente de mi disgusto:

»—¡Para la patria!

»La patria me exigió cuidarle en el sarampión, en la varicela, en la tos ferina. Y pasó un año. Cierta noche el mequetrefe impidió mi sueño llorando desde que el sol se puso hasta bien entrada la mañana, con un invencible tesón. Cuando salí con él pensé que ya había resistido bastante. Plazas muy fuertes no han tardado tanto tiempo en rendirse, y muchos guerreros han tenido que entregar alguna vez su espada al enemigo, sin que por eso cayese sobre ellos la imborrable deshonra. Decidí capitular. Ya procuraría desquitarme otra vez en el buen servicio del rey, por estrafalarias cosas que el rey me pidiese. Era un día de viento y de lluvia. La diligencia iba a salir sin viajeros para la ciudad próxima. Restallaba ya el mayoral su largo látigo, cuando

introduje por el abierto cristal de la portezuela el bulto del insoportable enemigo, lo coloqué atravesado sobre un asiento y lo vi partir, velozmente llevado entre un fuerte sonido de cascabeles.

»Que ocurriese lo que tuviera que ocurrir.

»Al volver a la casa me cuadré ante el padre.

»—¡Mi capitán —informé, como quien da el parte de una derrota—, hemos perdido el crío!

»El capitán estaba sentado ante una mesa, con la cabeza hundida entre las manos. Me miró un segundo con ojos cargados de preocupación.

»—No importa —dijo roncamente—. La capitana acaba de tener un parto triple.

»Aquella tarde pedí ser destinado a África. Quiero ver hasta dónde puede llevarme esta extraña profesión, que comenzó haciendo de mí un niñero, y por nada del mundo la abandonaría, porque no confío en que otra alguna sea capaz de deparar mayores sorpresas.»

—Así es —comentó, riéndose, el cabo Tomás, cuando su compañero dio fin al relato—, porque, gracias a ella, aprendí yo a cocinar, en una «república», al cuidado de cinco tenientes, y hoy puedo decir que, como el destino no me depare mejores ocasiones, no habrá nada más justo que escribir en mi hoja de servicios, cuando me den la licencia: «Pocos han preparado mejor que él, en nuestro glorioso ejército, el bacalao a la vizcaína».

—Tal me parece, en efecto —terció Amaral—, lo bonito de la carrera de las armas, donde no hay dos caminos iguales para llegar a la gloria. Arrullando chiquillos o preparando salsas, os encontráis de repente y sin sospecharlo con la ciencia precisa para meter dos palmos de bayoneta en el vientre de un moro. Si no hubieseis paseado a aquellos chiquillos, si no hubieseis mondado aquellas patatas, ¿os ocurriría igual? Es muy arriesgado opinar en estas materias tan íntimamente unidas al delicado deber de la defensa de la patria. Quizá sea una excelente preparación para la guerra el mostrar a los hombres lo que hay de humillante y molesto en la paz. Pero no creo que sin ser al menos coronel le esté permitido a nadie filosofar acerca de estas cuestiones.

Ignoro si otras más fuertes desventuras habrán hecho olvidar a los españoles aquel 13 de julio, en que las hordas bereberes avanzaron con ímpetu increíble, arrollándolo todo, sin respeto a la civilización que representaban nuestras banderas ni a la brillante historia que mancillaban al derrotarnos. Eran, al fin, pobres tribus semisalvajes que lo ignoraban todo. Los diarios de aquella época narraron el representativo caso del comandante Bulnes, que se decidió a gritar dignamente a los moros que le perseguían con mayor ligereza de la que él y los suyos ponían en huir:

—¡Respetad a los nietos de los conquistadores de América!».

Pues bien: le hundieron una gumía en la garganta. En aquella lucha faltaba esa caballerosidad que se aconseja siempre al enemigo en las columnas de los periódicos, y si yo no hubiese decidido de antemano impersonalizar mis opiniones al escribir esta ejemplar biografía, diría ahora que aquella retirada no fue una fuga, sino más bien un

movimiento desdeñoso de nuestro ejército, que cedió a esta justa preocupación: «No vale la pena de seguir luchando contra estos bárbaros».

Sea como fuese, todas nuestras posiciones de avanzada desaparecieron entonces, y las fuerzas se replegaron hasta las cercanías de la costa, donde supieron mantenerse definitivamente mientras esperaban la organización y el envío de auxilios desde la Península para contraatacar.

Todo lo que quedaba al sur de esta línea de resistencia había sido arrasado por el enemigo. Nada se veía sino maderas humeantes, trincheras demolidas, cañones desmontados y cadáveres tendidos en cuantas posiciones puede permitir el decisivo descanso de la muerte. Para nadie hubo cuartel, y fue tal la violencia de la acometida, que no a la fortaleza de los corazones, sino a la agilidad de los pies, debían su vida los pocos que consiguieron salvarla.

Por eso causó verdadero pasmo en el cuartel general saber que un día, desde la cumbre del Morabito, que ya quedaba detrás de las líneas enemigas, distanciada por diez infranqueables kilómetros de las tropas replegadas, sumida en la morisma, como una roca en la marea alta del mar, había comenzado a destellar un heliógrafo.

El estupor fue enorme. ¿Era posible que aún hubiese algo más que cadáveres en aquel nido de hombres, rebasado por la ola de los adversarios crueles? Con militar concisión, el aparato dio un parte. En el Morabito estaba el sargento Amaral con dos cabos. Todos los soldados habían desaparecido. Continuarían resistiendo mientras fuese posible. ¡Viva España!

Hasta los más altos jefes se emocionaron al conocer aquella comunicación. ¡Pobre gente! Quizá una hora después se hubiese extinguido el milagro que era su vida entre el acoso de los feroces asaltantes. ¡Qué esfuerzo ciclópeo el de aquellos soldados para mantener aún el prestigio de la patria en la cima de un peñasco! Náufragos, sin posible auxilio, en un océano de sangre. Al día siguiente nadie volvería ya a saber de ellos.

Pero al día siguiente el heliógrafo volvió a funcionar. Pasaron después veinticuatro horas sin noticias. A la otra mañana los destellos informaron que la víspera había sido muy ruda la pelea. Vivían los tres. Se mantendrían mientras estuviesen en pie. Poco a poco fueron facilitando detalles. El enemigo era tan numeroso, que todo el monte parecía abrigado en chilabas. Mataban un promedio de veinte moros al día cada uno. Buen espíritu. En los escasos momentos de ocio entonaban canciones patrióticas. Todo iba bien.

El Estado Mayor quedó maravillado. Los corresponsales de guerra, enterados de aquel episodio sublime, se apresuraron a comunicarlo a sus periódicos, y en esos periódicos los cronistas se apoderaron del tema para comentarlo con ese ardimiento belicoso y magnífico que acomete a todos los que escriben de asuntos belicosos ante una mesa de redacción, bebiendo el café que enardece y chupando el puro que humea y huele como un aduar incendiado. La atención del país fue requerida para fijarse en el ejemplo de aquellos héroes. Aún corría por venas españolas la capacidad de

sacrificio y el valor de los grandes guerreros de otrora. Allí, en el pico de un monte, estaban tres especímenes de la raza, de la verdadera raza que se pasó los siglos guerreando, con inteligente descuido de cualquiera otra ocupación menos varonil o el comercio. «No os importe morir —gritaban desde todas las redacciones a aquellos tres soldados—. Viviréis en la Historia con una vida más larga y mejor.»

El heliógrafo llameaba:

«Continuamos causando bajas. Todo sigue divertidísimo. Cabo Tomás empieza a padecer del estómago».

Aquel acento un poco burlón, alegre, que en ocasiones matizaba los partes los dotaba paradójicamente de mayor gravedad. Siempre impone advertir en un ser la presencia de espíritu necesaria para bromear bajo la amenaza de la muerte. Se supuso que los víveres escaseaban ya o serían tan malos que amenazaban la salud de los tres combatientes, y que a eso se refería la noticia del malestar del cabo. Era monstruoso asistir, sin poder socorrerlos, a lo que no era más que una larga agonía de tres hombres, hermanos de sangre, en los que, el peor día, una bala certera apagaría toda aquella entereza extraordinaria. La admiración nacional crecía. En el Estado Mayor se trató de aquel caso; pero todos convinieron en que era imposible socorrerlos, y que, en el supuesto de que pudiese llegar al Morabito una expedición que se enviase para rescatarlos, sería a costa de un sacrificio demasiado duro.

—Pagaríamos esas tres vidas con más de trescientas —habló un general—. No creo que sea humanitario ni político intentarlo. Con dolor de mi corazón he de decir: es preciso abandonarlos a su suerte.

El heliógrafo informó:

«Quedan pocas municiones. Esto va a convertirse en un aburridero.»

Entonces el general mandó responder:

«España no puede exigir más de vosotros. Capitulad.»

Centelleó en seguida el heliógrafo:

«¡Nunca!»

Los corresponsales y los cronistas redoblaron su trabajo; el país trepidaba de asombro y de orgullo. Una comisión fue a visitar al padre de Amaral para entregarle un mensaje congratulatorio. A la aldea donde vivía la madre del cabo Edigio fue un orfeón de la ciudad, que cantó ante sus ventanas el «¡Oh Pe-pe…, Pe-pi-ta…!» y una bonita selección de aires regionales. La novia del cabo Tomás fue abundantemente interviuvada y fotografiada. El padre de Rogelio, con voz firme y ojos brillantes, declaró que su hijo no hacía nada meritorio, sino cumplir sencillamente con su deber. La madre de Edigio lloró silenciosamente todo lo que duró el concierto, lo que no dejó de extrañar a muchos, porque las piezas elegidas eran bastante amenas. En cuanto a la novia de Tomás, contó a los reporteros la curiosa anécdota de que su familia había cometido el error de ofenderse desde que ella se dedicara a reproducirse libre y afanosamente con aquel buen patriota, al que debía tres vástagos, que, según todos los indicios que había observado, a pesar de su corta edad, llegarían a ser tan

valientes como su padre.

Mientras tanto, el heliógrafo cursó esta noticia:

«Sin cartuchos. Tiramos fusiles. Saltamos parapetos. Caemos entre moros. Arrancámosles tres cimitarras. Formidables cimitarras. Afiladas, pesadas, con incrustaciones. Tajos, golpes, molinetes. Gran carnicería. Regresamos posición. Moros aúllan.»

Horas después de conocer la Península esta nueva hazaña se constituyeron en todas las capitales comisiones encargadas de recaudar fondos para erigir un monumento a los defensores del Morabito. Los periódicos publicaban diariamente las listas de la suscripción, que iban alargándose y enriqueciéndose con donativos, que alcanzaban desde los dos reales de «Un obrero» a las mil pesetas del excelentísimo señor duque de X. Doscientos escultores comenzaron a proyectar estatuas, en las que el grupo de los tres héroes era concebido con arreglo a tres actitudes distintas. Primera y más numerosa: espalda con espalda, un poco encorvados, apercibidos los fusiles. Segunda: el sargento Amaral con el sable en alto, y sus dos compañeros, uno a cada lado, rodilla en tierra, en el momento de disparar. Tercera: unidos, las frentes altas, en un inspirado gesto de ofrenda, a la sombra de una bandera que se extendía tras ellos, casi envolviéndolos en sus pliegues amparadores. En cada una de las doscientas estatuas había una señora vestida de túnica, con un pecho al aire, que llevaba en la mano una corona de laurel.

Llegó un heliograma extraño:

«Vestidos con capas blancas, hemos hecho nueva salida. Moros consternados. Casi todos están heridos, pero insisten en el asedio. Tercos como chiquillos de cinco meses. El cabo Edigio rompe cabezas como si cascase nueces. Es un héroe de los grandes.»

El general ordenó que se contestase:

—Os autorizo para rendiros.

La respuesta fue increíble, y el Estado Mayor prohibió que se comunicase a los reporteros. Decía así:

—Que se rinda tu abuela.

Y luego, algunos versos de una canción burlona:

> No me mates, no me mates,
> déjame vivir en paz.

—Deliran —comentó el general, retorciéndose pensativamente el bigote—. La fiebre, el insomnio, la tensión de los nervios…

Secretamente estaba enfurecido contra aquellos soldados de romancero que se mantenían días y días en una posición rodeada de numerosos enemigos, causando bajas innúmeras, batiéndose como fieras, soportando privaciones y sufrimientos terribles. Era, sin duda, un episodio edificante, y él lo valoraba en su justa importancia dentro de su corazón de guerrero; pero preveía la necesidad de salir a

socorrerlos y tenía el temor de comprometer demasiadas existencias en aquel empeño, o en dar ocasión a la morisma para infligirle una nueva derrota. Hubiera deseado que aquellos hombres de hierro se rindiesen, y alguna vez, rumiando su preocupación, llegaba a pensar que sería una solución aceptable que muriesen heroicamente, coronando así la gesta admirable. Se acostaba confiado en que el heliógrafo ya no volvería a dar nuevas noticias del Morabito y se veía forzado a morderse los labios para no dejar escapar un irritado «¡Todavía!» cada vez que llegaban a comunicarle un nuevo despacho de Amaral.

El que conoció al siguiente día de aquellas extravagantes comunicaciones era más conciso que los otros. Anunciaba únicamente:

«Nada que beber. Situación difícil. ¡Viva España!»

La prensa atacaba al Gobierno y a los generales por consentir tan largamente que los tres héroes quedasen abandonados después del esfuerzo tan asombroso, que bastaba para devolver acrecentada a nuestras armas la reputación que pudiera haber quedado un poco maltrecha en la derrota reciente. Se decía en las columnas de los periódicos y en los corrillos de los cafés que era preciso dar al soldado la seguridad de que la patria no le desalentaría nunca, y que siempre que cumpliese con sus deberes, detrás de cada guerrero estaría la nación entera con su sangre, con sus fusiles, con sus millones, para ayudarle, para correr en su defensa con inquebrantable decisión fraternal. Fue necesario atender la opinión pública. Después de aquel parte, que venía a anunciar los sufrimientos de la sed bajo el limpio y ardoroso cielo africano, el general les hizo saber:

«Sosteneos. Vamos a buscaros.»

Como se simuló un ataque algunos kilómetros a la izquierda, las tropas de socorro pudieron emprender la marcha hacia el Morabito sin encontrar la resistencia que se había temido, y la expedición fue feliz, porque, como si la suerte quisiera proteger a los tres héroes, las hordas que los sitiaban se retiraron precipitadamente al advertir que llegaban en su auxilio. Recogieron los muertos, recogieron los heridos, lo recogieron todo, hasta no dejar ni una babucha olvidada en aquellas laderas donde se había sostenido tan largo y duro asedio, y escaparon presurosamente hacia el interior. Al regresar hubo un fuerte tiroteo; pero Amaral no tomó parte en él. Cuando oyó los primeros disparos subió a uno de los carros donde iba la impedimenta de la expedición y se echó —probablemente para dormir— entre algunos cajones. Antes dijo a los soldados más próximos:

—¡Uf! Me aburre ya oír tanto tiro.

No puedo describir la entrada de los valientes rescatados en la ciudad de Ceuta, porque Rogelio siempre rehusó modestamente hablar de ello y no he podido procurarme ningún periódico de la época; pero sé que hubo vítores, y palomas, y músicas, y hombres que querían llevarlos a todos los lugares públicos, y mujeres que procuraban arrastrarlos a algunos sitios privados. Los héroes, después de afeitarse y de obtener uniformes nuevos, presentaban un aspecto magnífico. Tez quemada del

sol, narices un poco arreboladas —quizá por el viento que batía la cumbre del Morabito— y una propensión reiterada a pedir en todas partes bicarbonato de sosa, seguramente porque sus estómagos se resentían aún de las malas comidas y de los sobresaltos con que los moros hablan turbado incesantemente su digestión. En España fue un día de fiesta aquel en que se supo que regresaban con vida. Las suscripciones aumentaron, los escultores buscaban retratos de los héroes y perfilaban con amor el pecho desnudo de la matrona. Muchos poetas, desde el cabo de Finisterre al de Gata y desde Gibraltar a Igueldo, se acariciaban la frente para extraer consonantes con los que celebrar las proezas de aquellos soldados. El león español fue muy citado en la prensa todos aquellos días.

Esta gloriosa aventura tuvo un colofón secreto. Puedo asegurar que la única persona viva aún entre cuantos lo conocieron soy yo. Hay en él tan profunda y tan nueva filosofía, que, aunque mis deberes de biógrafo no me lo impusiesen, lo divulgaría para que los hombres se aprovechasen de sus enseñanzas.

Amaral había recibido licencia para descansar en la casa de sus padres y se disponía a embarcar para Algeciras, cuando le llamó el general. Estaba el caudillo en un amplio despacho, al que daban tonos calientes las bellas alfombras de Rabat, cuando, tras haber solicitado permiso, Rogelio empujó la puerta y se cuadró arrogante en el umbral. El caudillo detuvo su nervioso paseo.

—Entre usted.

Amaral dio varios pasos al frente y volvió a inmovilizarse. El general clavaba en él una aguda mirada, que salía bajo sus cejas profusas como la bala de un soldado oculto entre chumberas.

—Acérquese.

Nuevos paseos hacia la enorme mesa cubierta de mapas y de cigarrillos de contrabando.

—Sargento Amaral, soy amigo de su padre de usted.

Rogelio inclinó levemente la cabeza.

—Su padre de usted ha sido un bravo militar, un orgullo del Ejército. Lamentaría mucho que su ancianidad se viese amargada; pero sobre todos mis afectos está mi deber…

Amaral se adhirió a aquella doctrina con otra inclinación respetuosa. El general hizo tintinear nerviosamente algunas llaves en el bolsillo de su pantalón.

—Tengo noticias un poco extrañas de lo que ocurrió en el Morabito, y le he llamado a usted para conocer la verdad. ¿Dónde están los cadáveres del enemigo?

—Se los han llevado, mi general. Conforme íbamos cortando cabezas, las cogían afanosamente y las metían en unos sacos… Se lo llevaron todo.

—¿Y las botellas de Ben Kassani?

Rogelio parpadeó:

—Si vuecencia quiere referirse…

—Oiga usted, Amaral —le interrumpió su jefe—, el capitán Otero, que llegó a la

posición con las fuerzas enviadas para socorrerlos, sospechó por numerosos indicios que había importantes discrepancias entre el relato de ustedes y la realidad. Antes de regresar habló con Ben Kassani. Ben Kassani lloraba sobre un barril vacío. Sus palabras fueron gravemente comprometedoras…

—Ben Kassani —informó con suavidad Rogelio— no es más que un perro judío.

—El capitán Otero —continuó el general— no quiso enjuiciar la situación con la simple ayuda de ese testimonio recusable y ha interrogado al cabo Tomás. Hábilmente apurado, este hombre ha hecho una declaración detallada de lo acontecido. Conteste usted con franqueza. ¿No es verdad que los moros no atacaron el Morabito?

Amaral vaciló:

—Quizá no hayan sido tantos como se ha dicho…

—Ni uno solo.

—¡Oh, hemos visto algunos…!

—A más de cinco kilómetros.

—No; a dos o tres…

—He aquí lo que parece comprobado: cuando las jarcas emprendieron su acción contra nuestras líneas, el Morabito quedó a retaguardia de ellas, que lo desconocían o lo olvidaron, o no le concedieron importancia. Usted y los dos cabos estaban en la taberna de Ben Kassani y sus veinte hombres, desmoralizados, huyeron ante el temor de ser agredidos. Pero los días pasaron y nadie disparó contra ustedes ni una piedra. Ustedes descubrieron dos barriles de jerez en la cueva de Ben Kassani…

—Era vino de Huelva —rectificó Amaral.

—Bien, vino de Huelva. Ustedes se lo bebieron, mano a mano, jugando al mus. Un día de embriaguez se les ocurrió a usted y al cabo Edigio comunicar, valiéndose del heliógrafo, el primer capítulo de esa novela que hoy cree todo el mundo.

—No suponíamos salir con vida… —balbució Amaral.

—Eso no disculpa. Al hablar de bajas, se referían ustedes a los vasos bebidos. Cierta vez que estaban sesteando, el cabo Edigio, lleno de alcohol hasta la borla de su gorro, manejó él mismo el heliógrafo para contar absurdos y decir insolencias.

—Aquello estuvo mal —se apresuró a reconocer Rogelio—. Yo les había prohibido tocar el aparato. Edigio creyó de buen efecto transmitir una canción patriótica…

—Sargento Amaral —bramó el jefe, apoyando sus puños en la mesa—, lo que ustedes han hecho es un escarnio intolerable. El Consejo de guerra les dirá cómo se castigan esas burlas en el Ejército. Queda usted arrestado.

Su mano se extendió hacia un timbre. Pero Amaral hizo un vivo movimiento de súplica:

—Permítame, mi general: tengo algo muy importante que decirle.

Avanzó hasta la mesa con aquel aplomo que brotaba en él en todas las grandes ocasiones, y su voz sonó con seguros acentos dominadores:

—Piense usted un momento lo que va a hacer, mi general, antes que sea irremediable. No niego nada de lo que usted ha afirmado. Se nos marcharon los hombres… ¿Qué íbamos a hacer? Cuando los dos cabos y yo regresamos a la posición, cogidos del brazo, después de haber examinado seriamente algunos asuntos profesionales en la taberna del judío, nos encontramos con que el nido estaba vacío. «Si los imitamos —dije yo—, nos matarán como a conejos.» Y acordamos permanecer en el Morabito. Pero en el Morabito no pasaba nada, y cuando registramos la vivienda de Ben Kassani, para saber si había en ella algún sitio donde tres cristianos pudiesen sustraer sus cuerpos a la furia de la morisma en caso de urgencia, descubrimos una cueva en la que envejecían esos barriles de vino. Era un vino español, quizá robado en alguna incursión por los moros. «¿De dónde has sacado este vino, Kassani?», pregunté yo muchas veces. Y Kassani no acertaba a explicarme. Resolvimos beberlo. Esto me pareció justo, y, por otra parte, nada mejor había que hacer en aquella soledad desamparada. Puede decírsenos: «Hay que morigerarse», y es verdad; pero la guerra es la guerra, y, al fin, en el ardor de estómago que padecíamos por las mañanas encontrábamos una manera de solidarizarnos con los sufrimientos de los camaradas que se batían unos kilómetros más allá. Nuestra paz nos avergonzaba. Doy a usted mi palabra, mi general, de que sentíamos rubor por nuestra quietud y de que el espíritu militar nos iluminaba cegadoramente en aquellos días. Ansiábamos batirnos, pero no había con quién; nuestra misión era defender el Morabito, y nadie lo atacaba. Una tarde, el cabo Tomás, para desfogar un poco su ansia bélica, se arremangó la camisa e invitó a Ben Kassani a luchar con él a puñetazos. Este recurso duraba poco, porque Kassani era flojísimo y escapaba chillando al recibir el primer golpe. ¿Qué podíamos hacer? ¿Cómo incorporarnos a la pelea que ustedes libraban? Si permanecíamos quietos, vaciando los barriles del judío y mirando el vuelo de las cigüeñas, llegaría un momento en que nuestros camaradas nos socorrerían o en que una turba de moros diese fácil cuenta de nosotros; pero ¿en qué habríamos enaltecido el nombre de nuestra patria, el brillo de nuestras armas? Yo (bien lo sabe usted, mi general) llevo en la sangre el amor por las aventuras heroicas; el cabo Edigio es una buen muchacho, ha leído mucho…, conoce la sed de gloria… Un día nos dijimos: «Esto no puede seguir así; hay que idear algo…». Allí estaba el heliógrafo… Cursé el primer parte… ¡El vino, dice usted…! Eso era lo de menos. El vino sostenía acaso nuestro tesón; pero la idea no salió de aquellos barriles. La idea era mucho mejor que el vino.

—¡Al calabozo! —rugió el general, incapaz de contener su irritación por más tiempo.

—Dos minutos aún —solicitó Rogelio—; siempre puede enviarme al calabozo, si le parece que no tengo razón. Atienda mis palabras. ¿Que sucedió por haber inventado esa historia? ¿Hay alguien a quien hayamos causado mal? Salían del espejito unos destellos. Esto no tiene importancia. Diez kilómetros más allá, otro hombre que no tenía mucho que hacer los recogía, los descifraba… Era una

ocupación inocente. ¿Y después? La patria se estremecía de entusiasmo siempre que alguna de estas noticias llegaba hasta ella. Se habló más de nuestro heroísmo que de la derrota, y en él encontraba toda la raza un paliativo para la vergüenza del vencimiento. La posición del Morabito era el caso ejemplar, el modelo consolador; un oasis en la amargura de nuestro terrible fracaso. El Morabito era ya gloriosamente notable. Su nombre estaba llamado a figurar junto a otros nombres históricamente ilustres: Numancia, Gerona, Cascorro… En el Morabito se afirmaba nuestra reputación de indomables soldados. Podía haber diseminado a todo un ejército un viento de trágica pavura; pero quedaba a salvo eso que tanto nos importa, porque reconocemos que en ello está nuestra característica militar, mantenida al través de los siglos, desde Viriato hasta el Empecinado: el guerrillero. Tomás, Edigio y yo éramos tres guerrilleros.

—Tres sinvergüenzas —corrigió hoscamente el general—. Eso no se ha visto nunca.

—Reflexione usted, mi general. Mientras se crea en la defensa heroica del Morabito hay un motivo de orgullo para España, resplandeciendo en la vergüenza de la derrota y en el dolor de tantas vidas segadas, como una estrella en la noche. Pasado el tiempo, el fracaso irá olvidándose quizá, pero el coraje de los defensores del Morabito ganaría proporciones, y por ese empeño que existe en sublimar aquello que ha sobresalido un poco en los grandes desastres, el hecho quedaría incorporado a la Historia y evocado en todos los discursos patrióticos. Si el hecho es admitido, ¿qué ocurrirá? El monte seguirá ahí, tan monte como ha sido siempre, y perdido, es cierto; pero nosotros contaremos con tres héroes; la milicia, con un ejemplo; la Historia, con un consuelo; una ciudad, con una estatua; el escultor que la haga, con un puñado de billetes. Si interviene usted ahora y demuestra que no es verdad, ¿qué sucede? El monte sigue monte y perdido, pero ya no hay héroes, ni ejemplo, ni consuelo, ni estatua, ni billetes. En sus manos está dar o quitar a España un fulgor más de gloria.

El general pareció preocupado.

—Deseo como nadie la gloria de mi patria —dijo—, y ningún anhelo es mayor en mí que procurársela. Pero esta hazaña no es más que un infundio y debo rectificarlo.

Amaral continuó:

—Si se tratase de cualquier otra obra humana, yo opinaría como usted. Si un hombre se jactase de haber inventado una máquina, precisaríamos poseer esa máquina, porque en ella misma estaría la utilidad, y de ella se derivarían el prestigio para el autor y el provecho para nosotros; si un hombre se alabase de haber escrito un libro maravilloso, necesitaríamos leer ese libro… Ambas son acciones trascendentales, cuyas consecuencias duran más que el momento de su realización y que la vida de quienes la cometen. Nuestro heroísmo, no. Real o supuesto, ahí acaba. Para los efectos del bienestar, del regocijo o del progreso humano, en cuanto se crea que realmente hemos hecho lo que se dice, tanto da que lo hayamos hecho o que no. Nada cambia, nada se altera, nada se beneficia o perjudica. ¿Qué importa que

hayamos dado muerte a cuatrocientos moros o que no hayamos visto ni la sombra de uno? ¿Qué iba usted a hacer, qué iba a hacer España con cuatrocientos cadáveres de moros?

—Nada —reconoció el general.

—¿Son útiles a la agricultura?

—No.

—¿Al comercio?

—No.

—¿A la industria?

—No.

—¿A las ciencias o a las artes, a la economía o a la administración? Tampoco. Serían, nada más, cuatrocientas carroñas apestando el aire. Es más limpio y tan eficaz que no hayan muerto más que imaginativamente. ¿Reconoce usted que nada se pierde y que algo se gana con aceptar nuestro relato?

—Si lo consideramos así…, verdaderamente…

—No hay otro punto de vista más sensato.

El general dio un lento paseo por la habitación, con la frente arrugada por el esfuerzo de sus meditaciones. Al fin se detuvo ante Rogelio, y bajo las alas de golondrina de su bigote salieron estas confortadoras palabras:

—Creo que tiene usted razón. Sargento Amaral, le felicito a usted por haber procurado días de gloria para España.

Amaral se cuadró, tieso como un mástil.

—Gracias, mi general.

Tenía en los ojos la humedad de las emociones irresistibles.

El placer legítimamente orgulloso que don Juan de Amaral y doña Elisa Quirós experimentaron por los renovados laureles que su hijo Rogelio hacía brotar en el árbol de la familia se enturbió con un triste suceso.

Dos días después del recibimiento apoteósico con que su ciudad natal acogió al joven héroe, don Juan jugaba una partida de ajedrez con don Diego Sandoval, que, como queda dicho en páginas anteriores, conservó siempre una leal adhesión al hogar formado por la única mujer a la que él también hubiese querido dar su nombre. Era un día de otoño, y entraba una luz gris por el balcón junto al cual se sentaban los dos amigos. Hacía diez minutos que uno de ellos meditaba un ataque con los alfiles, con un esfuerzo mental tan considerable, que, aplicado a cualquier ciencia útil, hubiera apresurado su progreso; y fue entonces cuando, apenas anunciado por una criada, se presentó en el gabinete, avanzó hacia don Juan para impedir que se levantase, el gobernador militar de la plaza.

—¡Querido amigo —exclamó el recién llegado—, queridísimo amigo; no se moleste usted…, no se mueva…! Yo mismo cogeré una silla…

Al decir esto derribó involuntariamente las figuritas de marfil dispuestas sobre el

tablero. En seguida cometió la torpeza de apoderarse de una silla de barrotes dorados, tapizada de seda pintada a mano, frágil y repulida, en la que no había memoria de que nadie se hubiese sentado jamás.

—¡Oh! —dijo—. ¡Perdón! He hecho caer todo esto…

Y comenzó a poner las piezas al albur sobre las casillas. Don Juan le contempló, sorprendido.

—¿Qué le sucede a usted?

—¡Amigo mío! —suspiró, esta vez con triste acento, el gobernador militar, cogiendo entre las suyas una mano del caballero—. ¡Valor! Es preciso que usted reúna todas sus fuerzas…

—¿Qué quiere usted decir? —interrogó don Juan, frunciendo el ceño.

Su visitante balbució un relato espantoso. Luis, el alférez Luis Amaral, el primogénito, había muerto cara al sol de África, sobre el suelo pedregoso donde los alacranes se esconden. Hacía un servicio de patrulla cuando un moro juramentado se descolgó, a todo correr de su caballo, sobre el pequeño grupo que mandaba Amaral, y lo segó a golpes de cimitarra. El cadáver del joven había sido llevado al campamento. ¡Una desgracia, una gran desgracia…! El gobernador había recibido telegráficamente la noticia y no quiso confiar a nadie la penosa comisión de transmitirla. Don Juan, pálido, dejó caer la blanca cabeza sobre el pecho. Cuando habló para pedir detalles, sus labios temblaban. El militar hizo narración minuciosa de lo sucedido. Siguió un silencio. El padre miró después a Sandoval.

—Hay que prevenir a Elisa —dispuso—. Vaya usted; se lo ruego… Yo no sabría…

Sandoval abandonó la estancia. Fue lentamente hasta el salón, donde la madre trabajaba en el pañolito de encajes que quería regalar a la Virgen. Tiernamente, con miedo al desgarrón doloroso que iba a producir en aquella vida, don Diego hizo que sus palabras siguiesen ese difícil y conocido camino de las malas nuevas, que va desde la insinuación de un leve mal a la confirmación de una irreparable desventura. Erguida, con el rostro exangüe y los ojos desencajados, doña Elisa no acertaba a comprender. Era tan grande la desgracia, que parecía incapaz de entrar en aquella alma vanamente ansiosa de descifrar el sentido de lo que escuchaba.

—¿Luis…? ¿Murió Luis…? ¡Mi Luis…! No… Hable usted… ¿Qué le han dicho?

Don Diego repetía, añadiendo algún nuevo detalle:

—La patrulla iba por un llano. Dicen que en lo alto de una colina apareció un jinete moro, haciendo «fantasías» con un largo fusil damasquino. Debía de ser un jefe, porque su caballo iba adornado con riqueza. Bajó velozmente hasta el grupo y disparó antes de llegar a él. Uno de los cuatro soldados que acompañaban a su hijo de usted cayó muerto. Después, el moro combatió a golpes de cimitarra, y antes que de las lejanas filas pudiese salir nadie en socorro de los atacados, yacían todos en el suelo bajo el feroz empuje del bereber. Era un hombre alto, cobrizo, de negra y corta barba, musculoso y terrible. Cuando el último de sus enemigos rodó a los pies de su

caballo, se alejó lentamente, sin volver la cabeza, y ya otra vez en la loma, disparó contra los que corrían en auxilio de los caídos, encabritó su caballo y volvió entre los suyos, que le aclamaban. Luis quedó malherido.

—¿Qué más? ¡Siga usted, por Dios!

—Dicen también que su hijo y sus hombres se defendieron valientemente; pero que el moro saltaba y se revolvía entre ellos como la ola que rompe contra un cantil, y cada golpe era certero. El blanco albornoz revolaba, y él parecía envolverse, con solo su curva cimitarra, en una armadura invulnerable…

—¡Nada de eso me importa, Diego! ¿Por qué habla usted de tan extraña manera? Los médicos…, quiero saber lo que han dicho los médicos… ¿Dónde ha recibido Luis las heridas? ¿Está grave? ¿Sanará?

—Luis murió dos horas después de la lucha.

Doña Elisa cayó en su butaca, con el rostro oculto entre las manos. Lloró largamente. Pero de pronto le acometió ese furor de la leona a la que han arrebatado su cachorro. Se levantó y comenzó a recorrer el salón, agitada, con los ojos turbios, clavados en una lejana visión, como si pudiese ver al través de los muros y de la distancia los ásperos campos de África, con sus chumberas erizadas de espinas y sus montes erizados de espingardas, y a su hijo tendido, con los brazos en cruz, vertiendo la sangre que ella le había dado, las vidriadas pupilas copiando en dos puntos brillantes el duro sol impasible, y el hombre atezado y feroz regresando con una sonrisa entre el bigote y la barba de rizosos alambritos negros, caracoleando, jaque y triunfador, ahíto de sangre, con el desprecio de la lenta y ancha grupa de su caballo hacia los cuerpos que se desangraban tras de él.

—¡Asesino! ¡Asesino! —rugía la infeliz—. ¿Qué mal le había hecho mi hijo? ¿Por qué matarle así, por el criminal afán de dar muerte? ¡A mi hijo, a mi pobre hijo, tan bueno, tan dulce…; mi preferido, mi corazón…!

Lloraba:

—¡Veinte años! ¡Veinte años tenía el pobre…! Comenzaba ahora su vida… Si él pudo darse cuenta de su fin, ¡qué negra pena sería en sus últimos momentos la de su juventud truncada! ¡Con qué ansia querría abrazarse a la vida! ¡Y yo no estaba allí, no pude besarle…, no pude llenar otra vez sus venas con mi sangre…, no pude cerrar sus ojos que tantas veces me han mirado con ternura, y que ya no volveré a ver nunca más, nunca más…! ¡Luis, mi pobre Luis…! ¿Por qué le han matado? ¿Por qué? ¡Monstruos, monstruos! ¡Ese hombre era el peor de los monstruos! ¡Caiga mi maldición sobre él, sobre sus hijos, sobre los hijos de sus hijos!

Se había arrodillado en el centro del salón, con las manos atenazadas y dirigidas al cielo como para recoger de él la fuerza y la cólera de las eficaces maldiciones de Jehová.

Don Diego dejó oír su voz inesperada:

—Sin embargo…, es un héroe.

Él se acordaba de las palabras pronunciadas por aquella desventurada mujer

veinticinco años antes. Sentía el impulso de reprochar: «Llora en tu hijo lo que te movió a amar a su padre». El viejo dolor de su corazón se alzaba ahora vengativo. O quizá era la sencilla y egoísta alegría de haber acertado con una verdad. Pero la madre había olvidado cuanto la novia dijo entonces, y, otra vez en pie, gritaba:

—¡Es un asesino! ¡Un asesino!

Y empujada por el frenesí de su dolor, enloquecida, tropezando en los muebles, huyendo a los brazos de su marido, que había acudido a prestarle en ellos refugio para su tristeza, recorría la casa —llamas y lágrimas en los ojos, rabia y sollozos en la voz, trepidando el corazón, como si fuese a estallar de odio y de pena— gritando una vez y otra vez, obsesionadamente:

—¡Asesino! ¡Asesino!

Sus gritos taladraban el bloque gris que la tarde iba cuajando en la plaza.

III

Buena cuenta me doy de que me aventuro ahora por las más difíciles crestas de la biografía de nuestro ejemplar caballero, y he de decir que me detuve a meditar largamente antes de resolverme a referir episodios de condición tan íntima, que toda precaución resulta escasa cuando hay necesidad de evocarlos. Pero, aun alejado por una sana repugnancia de las modernas teorías que pretenden explicarnos la psiquis del individuo al través de su determinación sexual, no puedo dejar de reconocer que la lascivia de un varón o el desmayo de una hembra han bastado frecuentemente para torcer el curso de muchas vidas y hasta de muchos pueblos. Si los hombres hemos buscado o no un incongruente lugar estrambótico para guardar el honor, es tema que ya no puede discutirse, porque, lógico o absurdo, los siglos le han dado una reciedumbre inconmovible. Lo convencional llega a conseguir leyes tan fuertes como las naturales. Las microscópicas partículas disueltas en una gota de agua tardan mucho tiempo en elevar una estalagmita en el fondo de una cueva; pero después esta columna aparece tan dura y más bella que las rocas que ya había en el mundo cuando el Señor separó los mares de la tierra. Vigila tu propia conducta, para que resplandezca tu nombre; pero preocúpate del ángulo que formen las piernas de tu mujer cuando estés lejos de ella.

Al comenzar mi labor decidí pasar en silencio sobre tan delicados asuntos, ya que nuestro héroe, aunque llegó a casarse con dama de calidad y conoció con tal motivo el sabor de las desventuras conyugales, no alcanzó la dicha de poderse creer padre de los tres robustos hijos que aquella dio al mundo, y como todos sabemos que la familia legítima es el supremo fin y la única razón del ansia amorosa, cuando aquella no existe, lo demás no pasa de ser una fracasada tentativa, de la que no vale la pena de hablar entre personas decentes. Sin embargo, en mi arsenal de notas encontré tan interesantes documentos, tan luminosa fue la razón de Amaral siempre que se aplicó a estas cuestiones, tan identificado estuvo siempre con nuestras tradiciones y nuestras costumbres, representó a la raza con proximidad tan maravillosa, abrazó procederes y trazó carriles de edificación tan proficua para las almas y los cuerpos, que yo no puedo interceptar con la pantalla de mi silencio la fuerte y clara luz guiadora de este faro encendido para conducir a puerto seguro a cuantos braceen, angustiados, entre el oleaje de las pasiones, llevando sobre su cabeza —como los náufragos su hatillo de ropas— el honor en peligro, más caro que la propia vida.

La iniciación de Amaral se realizó, por especial favor del Destino, de una poco frecuente manera.

No fue en la ciudad, donde hacían vigilar su conducta y cribar sus conocimientos por el cedazo profesional y severo de un preceptor alojado en la misma casa. Fue en un pueblecillo extremeño de tres o cuatro mil almas, en cuyas cercanías sus padres poseían encinares y ganado, que les daban, además de una renta copiosa, pretexto agradable para pasar allí una temporada, que solía comenzar en septiembre y acabar a

fines de octubre, terminada ya la matanza porcina.

Jalonaba esta vacación hacia su promedio la fiesta anual del pueblecillo. En un campo del arrabal, atravesado por la carretera, instalábanse tenderetes, donde se vendían polvorientas golosinas; bajo toldos mugrientos, servíase vino en largas mesas; la feria de ganado bullía un poco más allá, entre moscas, excremento y chalanes; una banda de música tocaba desde una plataforma de madera sin cepillar, y, entre corros de tímidos o de simples curiosos, la gente joven bailaba con más tesón que arte, blanqueados los bigotes y las cejas por el polvo que levantaban sus pies. De otros pueblos llegaban campesinos que daban prestigio a la fiesta con su forastería, y todos estaban un poco embriagados de alcohol y de esa felicidad que los hombres convienen con el calendario en esos sitios donde no puede convenirse con la vida.

Entre aquella gente, ya mediada la tarde, Rogelio vio dos mujeres de traza llamativa que se paseaban entre los puestos de golosinas y las mesas donde bebían los hombres. Llevaban los labios pintados de rojo y las mejillas abundantemente empolvadas, el pelo untuoso y rizado, y blusas de colores alegres. Una de las mozas era gruesa, pequeña, de ojos vivos, y una sonrisa constante abría hoyuelos en su rostro de aldeana recia y joven; por el escote fluía la raya de sombra que marcaban los amplios pechos al unirse; la otra era más alta, flaca, de párpados enrojecidos y bronca voz, de ademanes bruscos. Las acompañaba una vieja de andar de pato que ensanchaba sus adiposidades con la protección de un manto de alfombra y coronaba su cabeza con un moño exiguo, en el que iban a reunirse los atirantados cabellos. En su cara, redonda, grande, plana y amarilla como un pandero, parecía revelarse la bondad de una madre de familia que ya ve a sus hijos logrados. Se acercaban a los corros donde se bailaba, pero no eran invitadas por nadie. Entre ellas y los mozos se cambiaban, sin embargo, gestos y sonrisas, y cuando pasaban por la proximidad de alguna de las largas mesas, estallaban las voces en un tiroteo de procacidades. Al anochecer bebían ellas también, rodeadas de hombres, bajo un toldo, en uno de los extremos del campo.

Siempre que estaba en aquel pueblecillo gozaba Rogelio de libertad para ir y venir, fortaleciéndose al aire libre en juegos que nadie vigilaba, y como en todo el contorno no hubiese otra familia de distinción que la suya, se contentaba —como es frecuente entre los muchachos demasiado inexpertos para apreciar las profundas diferencias que pueden separar a un hombre de otro hombre— con la compañía de humildes adolescentes, hijos de menestrales. Entre ellos había dos por los que su preferencia era más constante: Saturio, el primogénito del albéitar, y Jerónimo Portafás, el mayor de los cuatro hijos de Portafás, el carpintero cuyo ruidoso trabajo se podía oír a todas las horas del día desde la casona de Amaral. Con la inconsciencia de los pocos años, los dos rapaces no parecían estar demasiado orgullosos de la amistad de Rogelio, y hasta una vez, disputándose la posesión de unas bellotas dulces, tuvo Saturio el atrevimiento de hacerle sangrar por la nariz. Pero las familias le otorgaban un trato especial. La mujer del albéitar, joven aún, de grandes ojos

verdes, que hacía jugar con movilidad innecesaria, por estar convencida de que eran los más bonitos del pueblo, le invitaba a veces a merendar en su casa, y cuando la esposa de Portafás, menuda, dulce y ajetreada siempre, rompía el silencio en que gustaba estar, para preguntarse, cuando la noche caía, por dónde podría andar a aquellas horas el galopín de su hijo, Portafás, que se ponía la blusa para ir un momento a la taberna antes de cenar, tenía cierto orgullo en su acento al contestarle:

—Estará por ahí con su amigote, el pequeño de los Amaral.

Aquella mujer parecía haber quedado apagada y reducida al mutismo por los fuertes golpes con que atronaba la casa el martillo de su esposo. Había en su cara unos grandes ojos dolorosos, oscuros y cargados de preocupación; pero quizá porque siempre miraban al suelo, nadie hablaba de ellos en la villa, como se hablaba de los de la mujer del albéitar.

El día en que las dos mozas extrañas aparecieron en la feria, Saturio se había perdido desde media tarde, obstinado en presenciar las incidencias de la suerte en una ruleta ambulante, en la cual podían ganarse peines, navajas, pastillas de jabón y paquetes de cigarrillos, a cambio de las apuestas de diez céntimos contra el individuo mal encarado que hacía girar la rueda, con fuerte ruido de la flexible ballena al rozar los clavos de latón. Los tres amigos habían esperado mucho tiempo para ver si alguien conseguía llevarse un grueso reloj de plata que figuraba como suprema tentación en la bien provista bandeja del aparato; pero, al fin, su inquietud los alejó, y solamente Saturio, agujereando con su cabeza la pared que formaban los jugadores, continuó allí, después de un leve forcejeo para retener también a sus camaradas.

Ya cerrada la noche le volvieron a hallar. Los buscaba apresuradamente entre los carros y los puestos, donde linternas de sucios cristales daban apenas la luz suficiente para ver la cara de las monedas y el nivel del vino en los vasos. Quedaba poca gente en el real de la feria. Saturio quería arrastrar a sus compañeros, con una prisa excitada y nerviosa:

—Venid, venid. Vamos al río… Están allí los mozos con *esas*…

Dio una explicación confusa, entendida aún más confusamente por sus amigos… Pero emanaba de aquellas palabras y de aquella excitación algo fuertemente curioso y malsano, que puso un débil vértigo en las almas infantiles.

Marcharon corriendo. Otros chiquillos corrían también, jugando a esconderse entre los carros, y se oían llantos de criaturas cansadas, risas de mujeres y canciones de borrachos. Dejaron pronto atrás el campo de la fiesta. Había una difusa claridad lunar. A medio kilómetro de los últimos tenderetes, los cinco chopos que se alzaban cerca del río estaban estúpidamente tiesos e inmóviles, todos negros contra la luminosidad de la noche. Un puente tendía su arco sobre el cauce lleno de guijarros blanquecinos, entre los que se ensombrecía el hilo del agua del estiaje. Los tres amigos se dirigieron a aquel puente, al amparo de la maleza que festoneaba la larga oquedad. Les palpitaba el corazón, seguros de cometer alguna acción prohibida.

—Allí están —anunció Saturio.

Veían vagamente una fila de trajes oscuros extendiéndose por la veredita que iba hasta la ribera para bajar junto al primero de los arcos del puente.

—¿Qué hacen? —susurró Jerónimo.

No podía precisarse. Se acercaron más. Sobre los guijarros, próxima al fuerte pilar que se hundía entre ellos, la ancha mujer vieja de cara de pandero estaba en pie y hablaba con los que formaban la cabeza de la larga fila. Eran muchos los mozos. Acaso ochenta o ciento. Alguna vez salían de ellos voces impacientes o burlonas, y otras que recomendaban silencio. La mujer vieja bromeaba también y podía oírse de vez en vez su risa cascada. Donde el verdor de la ladera moría en el cauce, las dos mozas, separadas apenas un par de metros, parecían luchar, tumbadas sobre la hierba mustia, con dos campesinos.

—¿Ves algo? —murmuró apremiantemente el pequeño Portafás.

—¡Cállate! —ordenó Saturio.

Pero él repitió, tembloroso:

—Di: ¿ves algo?

Rogelio miraba también, ávidamente, entre las hojas de una mata, pero no conseguía enterarse. Tenía un miedo delicioso y una deliciosa curiosidad que le entorpecía y llevaba a creer que vivía un sueño, con las vagas figuras y la vaga luz de los sueños. Cuando sonaba más fuerte alguna voz hombruna, se encogía, atemorizado, entre la áspera maleza. Había breves silencios en los que se le ocurría al viento hacer algo así como una cuchicheante murmuración entre el ramaje de los chopos.

—Aquí no se ve nada —determinó de pronto Saturio—. Debemos ir por el otro lado del arco.

Y se marcharon sigilosamente antes de correr, dando un amplio rodeo que evitaba la fila de hombres, para asomarse a la derecha del puente. Fueron deslizándose por el cauce y espiaron desde la pared del estribo. Entonces vieron y oyeron mejor. La muchacha gorda estaba próxima a ellos, con sus blancos y anchos muslos blanqueando a la luna, agitada por la furia de un aldeano que gruñía como un hostigado animal. La otra moza gritó de repente:

—¡Quieto, diablo! ¡Acaba pronto!

Una risa apagada, un fuerte palmetazo sobre la espalda del hombre, y otra vez la voz bronca:

—¡Mira que te doy!

La moza gorda, desprendida de su enemigo, dispuso, sin moverse del suelo, con alegre brevedad imperativa:

—¡Otro!

Pero entonces los descubrieron en la próxima sombra del arco, y la vieja los increpó:

—¡Eh, chiquillos! ¡A ver si os vais de ahí, sinvergüenzas!

Y la gorda, extrañamente sobresaltada al divisarlos tan cerca:

—¡Idos a ver a vuestras mamaítas, preciosos!

Un hombre gritó:

—¡Que pasen a la cola también! ¿Hacéis rebaja a los chiquillos, Juanona?

Otros dijeron algo francamente soez, que hizo circular una corriente de alborozo por el cordón de hombres en espera. La Juanona bajó con toda la prisa que le permitían sus años hasta el cauce y arrojó una piedra hacia los importunos, que huyeron con el corazón estremecido. Ya en las cercanías del campo de la feria se volvieron para mirar. No se veían más que las inmóviles siluetas de los chopos, en fila también; pero ellos evocaban los anchos muslos y los pechos que desbordaban la blusa, confusamente blancos bajo la luna. Separáronse los tres adolescentes casi sin hablar. Al día siguiente Amaral fue al campo con miedo de encontrar a las mozas, como si hubiesen de reconocerle. Pero habían marchado ya. La Juanona no estaba más que un día cada año en aquellos lugares para apagar con sus resistentes criaturas el ardor represado de los mozos solteros. Dejaba una efímera tranquilidad y se llevaba unas cuantas pesetas. Cuando ellas se iban ya no quedaban en el pueblo más que faldas de plomo que no podía levantar ninguna mano pecadora. En los demás villorrios ocurría algo igual. Entonces no era, como hoy, la honestidad la más aburrida de todas las virtudes, sino el preciado don que, si bien hacía inútil la limpieza del cuerpo, mantenía las almas rutilantes y puras y más vigorosos los brazos que trabajaban de sol a sol sobre la tierra tacaña.

Amaral se ha preguntado después muchas veces si la pavorosa categoría que las faltas amorosas adquirían en aquellas agrupaciones humanas era culpable de la obsesión erótica que, según sus observaciones, dominaba todos los espíritus, y hubo algún tiempo en que creyó que no podían obedecer a otra causa los tipos extraños que él fue conociendo en sus repetidos viajes a la villa: histéricas, neuróticos, hombres acusados de bestialidad, aquel pastor que solía presentarse desnudo a las mujeres en cierto recodo de la carretera, aquel aldeano pedáneo que recorría las callejas en las noches solitarias para deslizar su mirada en las alcobas al través de las mal ajustadas contraventanas de madera… Por fortuna, reaccionó sabiamente contra esta interpretación equivocada, y siempre fue, como muchas veces he dicho, el defensor más enérgico del prudente y cristalino concepto que de la moral deben tener todos los pueblos cristianos. Para explicarme esta vacilación de mi admirado amigo, supuse que aquella tétrica visión de las rameras apagando voluptuosidades con la prisa de quien hace pasar cubos de agua para extinguir un incendio, podría haber dejado una impresión duradera y terrible en alma tan noble, hasta hacerle pensar que esto fuese más inmundo y bestial que poseer a la dulce hija de familia que nos pregunta desolada: «¿Qué has hecho?», cuando logra recuperarse de su delirio. Pero Amaral me ha confesado que hubo algo más espantoso aún; tan espantoso, que jamás gustó volver a hablar de ello más que la vez que me lo refirió, y en cuantas ocasiones quise indagar detalles que ampliasen mi conocimiento del suceso, me sentí detenido por su ademán de repugnancia. La emoción del terrible episodio en que él mismo fue actor

conmovió muchos sólidos principios en hombre de espíritu tan naturalmente inclinado a las elevadas especulaciones, y si se repuso hasta reaparecer después de aquella crisis más severo, más moralizador, más enemigo de todo lo que representase transgresión de la austeridad, fue porque su alto sentido filosófico le enseñó que aunque, uno por uno, sufriesen todos los hombres angustiosas tragedias originadas por la pugna entre su natural manera de ser y los deberes de la moral establecida, esto nada querría decir, porque, según afirmaba Rogelio luminosamente, la ética no fue hecha especialmente a la medida de los hombres, como se deduce de los graves trastornos que nos produce y de la estrecha incomodidad de sus principios, sino que los hombres debían arreglárselas para acomodarse a la ética, y cuando alguien le objetó preguntándole si él acomodaba su cabeza al sombrero que le presentaban, o al revés, contestó dignamente que, para discurrir con criterio tan simplista cuestiones de tanta gravedad, prefería resolverlas a bastonazos. Y su contradictor pareció convencido.

* * *

Aquel rudo tropezón con la realidad acaeció poco antes de cumplir Rogelio sus dieciocho años, y tuvo por escena el pueblecito al que me referí en el anterior episodio. Habían dado ya las diez de la noche, y Amaral regresaba de pasear por la carretera, aburrido por no tener ante sí otra ocupación que la de acostarse. Jerónimo y Saturio le acompañaban, como siempre. El hijo del albéitar se había empleado ya en el Ayuntamiento. En cuanto a Jerónimo, mal alimentado, mal vestido, comenzaba por aquel entonces a soñar con expatriarse para huir a la miseria que había invadido su casa desde la muerte del carpintero Portafás. Avanzaban por las callejuelas oscuras, tropezando en las guijas, cuando el cielo de otoño abrió sobre el sucio montoncito de casas los grifos de un aguacero. Los tres jóvenes cobijáronse bajo el saliente dintel de una puerta y encendieron el cigarrillo de despedida. Charlaron a media voz, bajo el rumor de la lluvia, en la quietud de la calleja donde todo dormía envuelto en sombra. En la próxima esquina, un farol de petróleo iluminaba las aristas de las casuchas, desniveladas, torcidas y arbitrarias como las de un dibujo futurista.

—Aquí vive la Irene —dijo Jerónimo, palmeando débilmente en la puerta en que se apoyaban.

Irene era una muchacha que gozaba en el villorrio reputación de belleza.

—Estará durmiendo.

Otro dijo:

—Tendrá los brazos morenos alrededor de la almohada.

Y otro:

—Y la ropita blanca, oliendo a ella, sobre una silla, junto a la cama.

Rieron. Veían el bulto de la joven bajo las sábanas. Uno expresó lo que todos

pensaban:

—Mira que si pudiéramos entrar, sin que nos sintiese nadie…

Hablaban lentamente, y sus voces se habían hecho más cautas. Amaral confesó:

—Yo sueño muchas veces con el poder de hacerse invisible. ¿Vosotros no? ¡Cuántas cosas podría emprender un hombre invisible!

Todos habían ya pensado en eso y cada cual fue expresando las hazañas vituperables que entonces no habría riesgo en cometer. Desde luego, a los tres se les había ocurrido sorprender a Irene en el momento en que se apagase la luz de su cuarto. Un tono sensual se acentuaba en la charla de los jóvenes mientras la lluvia tecleaba sordamente sobre los tejados. De pronto, en un extremo del callejón sombrío rechinó levemente una puerta y, mientras se volvía a cerrar, la figura de un hombre, subido el cuello de la chaqueta, avanzó hacia ellos, miró sus bultos un instante y siguió, tosiendo, con pisadas de prisa para huir del chubasco.

—Es el comisionista de abonos.

Le habían visto en el cafetín. Había llegado al pueblo el día anterior. Era sanguíneo, casi rojo de piel, resolvía todos los negocios bebiendo coñac, y por el bolsillo superior de su chaqueta asomaba siempre una fila de puros de treinta céntimos.

—¿Sabéis de dónde viene? —preguntó Saturio, súbitamente excitado, apretando los hombros de sus compañeros—. ¡Ese sale de casa de la Serena! ¡Hay lío! ¡Os digo que salió de allí!

La Serena, una vieja alta y huesuda, siempre entrapajada en mantones, tenía fama de prestar su alcoba a las acobardadas concupiscencias del pueblecito. Allí se entrevistaba con el pedáneo aquella muchacha, que después se marchó a la ciudad cuando sus padres advirtieron que estaba encinta. Pero nunca se pudo probar rigurosamente que la Serena los había amparado. Vivía la mujer sórdidamente, sin tratar de romper el cerco que el desdén y la antipatía de sus convecinos habían puesto a aquella casucha pequeña y oscura, como un cajón de madera podrida, en la que se suponía que buscaban refugio fugaz y misterioso algunas mozas necesitadas de dinero. Nunca un escándalo, ni una voz. Los únicos hombres que en contadas ocasiones fueron sorprendidos en breve diálogo con la celestina eran forasteros: comisionistas, tratantes de ganado, compradores de frutos que recorrían los pueblos con la fusta colgante del cuello. La Serena guardaba bien el secreto de sus clientes; nunca se había podido saber, ni por sus palabras, ni por sus miradas, ni por su gesto, cuál era la moza que, tras precauciones sin cuento, se había decidido a pisar sus umbrales, siempre en el misterio de la noche.

—Ahí dentro está una —aseguró el joven Portafás, con torva alegría.

—Sí, ahí ha quedado alguna moza —corroboró sagazmente Saturio—. Es preciso saber quién es.

Tenían la sangre encendida y espiaban anhelosamente la puerta hermética ante la que brillaban, como una cortina de blancos abalorios, los hilos del agua que

resbalaban de las tejas.

—Ahora estará vistiéndose —opinó Portafás.

La puerta no se abría.

—Venid.

Saturio avanzó decididamente hacia la casucha. Unos pasos detrás, le siguieron sus dos amigos. Llamó con sus nudillos en la puerta húmeda y despintada. Silencio. Les latía el corazón y se esforzaban por contener una risa nerviosa. Volvió a llamar Saturio, con golpes sosegados y discretos. Una voz tenue preguntó al otro lado de las tablas:

—¿Quién es?

Y Saturio:

—Abre, Serena.

—¿Quién es?

—Un amigo. Ya sabes…

—¿Qué quiere usted?

—Mujer…, no voy a decírtelo así, en mitad de la calle… Abre la puerta, que no es para hacerte mal.

Las hojas se separaron en dos mitades horizontalmente cortadas. La Serena se decidió a abrir la superior, reteniéndola con sus manos.

—¿Qué quiere?

Cuando vio a los tres amigos agolpándose cerca de ella, quiso cerrar; pero Saturio lo impidió dulcemente. No se veían los rostros más que como manchas pálidas en la noche. La vieja, difuminada en la más densa oscuridad del portal, era nada más que el filo de una nariz y el manojo huesudo de unas manos. Saturio hizo su voz confidencial y amiga.

—Oye…, sabemos que ahí dentro hay una moza.

—Aquí no hay nadie.

—Hemos visto salir al comisionista de abonos. No creemos que viniese a distraerse contigo.

—Pues no hay nadie.

—Mira, Serena: no tenemos nada que hacer hasta pasado mañana. Si te pones terca, esperaremos aquí todo el tiempo preciso para ver salir a esa muchacha. Pero entonces será peor, y se enterará todo el pueblo.

—¿Quiénes sois?

—Tres buenas personas. No tengas cuidado.

—Os digo que aquí no hay nadie.

—Entonces nos quedaremos. Uno de nosotros irá a buscar más amigos para que nos hagan la tertulia mientras no sueltes a la pájara.

Ella preguntó resueltamente:

—Bueno, ¿y qué queréis?

—¡Hombre, como querer…! ¿Qué quería el comisionista?… No vamos a ser

menos, ¿verdad?… Dile a esa buena moza que deseamos pasar un rato con ella y que, después, en premio…, como si no la hubiésemos visto nunca. A ella tanto le da, y, para las dos, es mucho mejor que todo se arregle así, amistosamente…

—Ya seréis tres galopines.

—Somos tres hombres formales, Serena.

La vieja vaciló. Al fin, dijo:

—Esperad.

Y la puerta volvió a cerrarse. Jerónimo y Rogelio aprovecharon el paréntesis para aligerar el nerviosismo en que la inesperada aventura los tenía. Comenzaron a brincar, y punzaban con el índice extendido el cuerpo de Saturio, que, envanecido por su diplomacia, les recomendaba con gestos apremiantes que no lo echasen todo a perder con sus niñerías. Hasta tosió roncamente para hacer pensar al otro lado de la puerta que allí había, por lo menos, un hombre.

Volvieron a abrir.

—Podéis pasar —gruñó la Serena—; pero ha de ser con una condición… No hay que comprometer a nadie… La moza no quiere que la conozcáis.

—Bien —otorgó Saturio.

—Dadme vuestros fósforos.

Buscaron sus cajas y las entregaron.

—Entrad.

La casa estaba a oscuras. Cuando la anciana cerró tras ellos la puerta, la más densa negrura los envolvió. Quedáronse en el portal y Saturio se alejó, guiado por la vieja. Después fue llevado Amaral hasta una habitación próxima. Tropezó en seguida con un lecho, cuyas sábanas olían a humedad. Gateó sobre él. La mujer que esperaba, invisible en el bloque de sombra, no habló. Tenía la piel sudorosa. No quería besarle, pero Rogelio prendió sus labios, que tenían un fresco sabor. Entre los pechos llevaba una cadenita con muchas medallas, donde se enredaban molestamente las manos. Cuando Rogelio volvió al portal, aún tuvieron que esperar por Jerónimo.

Marcharon juntos, luego que la vieja abrió despacito y aventuró su rostro para inspeccionar la tenebrosa soledad de la calle.

—Alejaos, ¿eh? —les impuso—. Nada de escándalos.

Al doblar la esquina, rieron los tres con alborozo contenido. ¡Bonita jugada aquella! No sentían rubor, porque más bien les parecía haber castigado —con provecho para sí— la mala acción y las reprochables costumbres de aquella moza. Saturio comentó:

—Y no estaba mal.

—No, no estaba mal —se relamieron.

—Menuda y delgada, pero bien hecha.

Se detuvo.

—Debemos esperarla. Podemos saber quién es sin que ella nos vea.

Bajo un profundo cobertizo, el carro de Manuel el corsario descansaba sobre su

lanza apoyada en el suelo. Desde allí se podía ver la esquina de la casa de la Serena y el rincón iluminado por el farol de petróleo. Se escondieron en cuclillas, tras las enormes ruedas de gruesos radios. Cayeron lentamente los minutos sobre el sueño del pueblecillo. Y nadie transcurría. Un perro enfangado olió una de las jambas y se detuvo después, entre curioso y alarmado, mirando hacia el lugar donde se ocultaban. Espantáronlo con un amenazador siseo. Nuevos minutos se desprendieron perezosamente. Las casas y las calles angostas estaban como muertas. Pasó media hora… Más de media hora… En el cubil de la Serena, los goznes volvieron a chirriar, casi imperceptiblemente.

Y entonces apareció en el charco amarillo de la luz de petróleo, arrimada a las paredes, recelosa y fugitiva, la madre de Jerónimo Portafás, camino del miserable hogar, donde ya se habían dormido tres pequeñuelos.

En su bolsa llevaba un duro. Dos pesetas eran en monedas de cobre.

* * *

Como si el Destino se hubiera propuesto que en la vida de Rogelio Amaral todo tuviese un sentido educador, en el que los hombres pudiesen modelar sus pensamientos y sus acciones, no fue su matrimonio una unión concertada por el interés de dos familias o por el afecto que crece al amparo de una larga relación. Cultivaba preferentemente la amistad de una bella y bondadosa muchacha con la que todos creían, y aun él mismo, que llegaría a casarse; pero antes que esto sucediese, lo imprevisto le señaló un nuevo sendero. Amaral fue invitado a pasar un mes de primavera en la finca que un pariente suyo poseía en una vega andaluza, y en ese tiempo pudo conocer a la familia Maldonado.

El señor Maldonado era por aquel entonces un caballero melancólico que, desde seis años atrás, se había recluido en un caserón aldeano para atender a la salud de su esposa, o, por mejor decir, para ocultarla a los ojos de la gente, ya que la infeliz mujer padecía una locura cuyas extravagantes manifestaciones quiso su marido sustraer a la impiedad del vulgo, al cual tenía la pobre señora una invencible propensión a evangelizar, asomándose en camisa a los balcones de su casa.

Maldonado había buscado refugio para sus amarguras en la poesía épica y, a costa de largos ensimismamientos, lograra segregar en su largo retiro una abundante serie de sonetos patrióticos, en los que las alabanzas al león español eran tan exaltadas que casi parecían ondulaciones. Cada uno de sus zarpazos equivalía a catorce versos en la colección del solitario. Después de aquel montón de cuadernos, le interesaba su galería de retratos, en la cual figuraban desde los remotos abuelos luchadores hasta los que, más próximos a nuestras pacíficas edades, habían sobresalido en la magistratura o en la política. Cuando Amaral visitó aquella casa, hubo de oír respetuosamente las sintéticas biografías de aquellos señores y algunos recientes

sonetos, entre los que descollaba uno tan enconado, tan violento, tan insultante contra los condes de Carrión, que Rogelio se admiró de que el ultraje sufrido por las hijas del Cid en tan lejanos tiempos pudiese aún despertar furores tan rabiosos.

El jardín de los Maldonados y el de los parientes de Amaral estaban divididos por un seto, y el joven podía ver muchas veces a Inés, la única hija de sus vecinos, pasearse entre los claveles o ensoñar a la sombra de los arbustos. Comenzaron por saludarse con frialdad cortés, cambiaron más tarde algunas fútiles palabras y, quince días después de conocerse, Rogelio atravesaba el seto para reunirse con ella y conversar, siempre honesta y apaciblemente por los senderos de un bosquecillo; los más sombríos, porque en aquel mes ya comenzaba a ser molesto el sol de Andalucía.

Nadie sabe cómo ocurrió el hecho decisivo que influyó tanto en el rumbo de la vida de nuestro ilustre biografiado. Su caballerosa reserva y el deber de hacer más respetable el nombre de su esposa le vedaron entregarse a esas confidencias en las que algunos encuentran más placer aún que en la acción misma que se relata. Unicamente puede afirmarse, después de analizar con minuciosidad las exclamaciones que se le escapaban a Rogelio en las contadas ocasiones en que se refirió a tal asunto, que aquel patológico desdén por las ropas, que era el síntoma más acusado de la locura que afligía a la madre, se había transmitido, aunque más atenuadamente, a la dulce Inés, no como rasgo de una moral vacilante, sino como simple propensión hereditaria. En este sentido, Rogelio comprobó que, en sus excursiones por la finca, cuando ayudaba a la joven a saltar un foso o a trepar por un caballón, Inés no parecía preocuparse de la torpeza de las manos que hacia ella tendía Rogelio, a pesar de que la desorientación de este en semejantes ejercicios era tan completa y graciosa, que a veces cogía una pierna de su compañera sin que hiciese la menor falta, o la alzaba en sus brazos sin que existiese el más pequeño obstáculo que salvar.

La joven se reía mucho con estas equivocaciones. Recluida en la finca desde su adolescencia, sin más distracción que la lectura de las novelas sentimentales y los tomos de poesías en los que el señor Maldonado renovaba su inspiración, no era más que una muchachita inocente. Cuando estaban tendidos sobre la hierba, se apoyaba en Rogelio sin darse cuenta de que le perturbaba con el aroma de su cuerpo joven; nunca vigilaba sus actitudes ni rehuía los contactos. El brillo que había en sus ojos en alguna ocasión era el resplandor de su inocencia, y si cualquier duda podía quedar acerca de ella en el hombre que considerase con mayor escepticismo la virtud de las mujeres, se habría desvanecido al presenciar el candor con que, una tarde calurosa, Inés llevó al bosquecillo un bien editado ejemplar de los cuentos de Boccaccio, tomado de la biblioteca paterna, para pedir a Amaral, con el candor y la ingenuidad más conmovedores, que le explicase el sentido de toda aquella prosa fruncida en intenciones que ella era incapaz de desentrañar.

Con la misma facilidad del que desprende de una rama la sabrosa fruta madura, Rogelio tomó para sí, en circunstancias que desconozco, la confiada doncellez de la

joven. Inés continuó con su misma despreocupada alegría, porque su inocencia, como queda insinuado, era de las que resistían las más difíciles pruebas. Pero Amaral ya no volvió a estar tranquilo. La chispa de un remordimiento había preso en alguna viga de las que formaban la armazón de su robusta conciencia, y la quemadura de aquella inquietud le traía desasosegado. Cuando veía pasar al luctuoso padre de Inés por las descuidadas carreras del jardín, con las manos a la espalda y la rugosa frente inclinada hacia la tierra, buscando con preocupación de entomólogo algún consonante con que ultrajar a Bellido Dolfos, se preguntaba estremecido cuál sería el dolor y la injuria de aquel caballero, tan ofendido aún por la bellaquería de los yernos del Cid, si conociese el desvarío con que su propia hija había suspirado tres días antes, al amparo de unas crecidas matas de adelfas, copiando el cielo en sus turbias pupilas:

—Aparta antes esa piedra que se me clava en la espalda.

Otro incidente aumentó su turbación. Un día en que paseaba ante la casa de Maldonado, a la hora de la siesta, en espera de Inés, oyó sisear precavidamente y miró a uno y otro lado, creyendo ver aparecer a la joven. El siseo se acentuó:

—¡Chist…, chist!… ¡Eh!… ¡Carabinero! ¡Carabinero!

Abrió los ojos y divisó en un balcón, envuelta en una bata verdosa, cubierta por un gorro de cintas desatadas, la impresionante figura de la mujer de Maldonado. Entre lo que pudiéramos llamar submanías de aquella señora figuraba el maquillaje de sus mejillas, que se obstinaba en no presentar nunca sin colorete; pero como las sustancias que suelen emplearse en acentuar el matiz de la cara no estaban al alcance de la enloquecida dama, las sustituía ella denodadamente con cualquier producto, sin detenerse demasiado en su color, porque estimaba que era mucho más digno y, desde luego, más atrayente pintarse un redondel con negro de humo en cada carrillo que exhibir la piel del rostro con el tono vulgar que buenamente le suministraba la Naturaleza. Utilizaba para ese fin, ya polvos raspados de la cal de las paredes, ya ladrillo machacado; bien el verdor exprimido de algunas hojas, bien una parte de su ración de mermelada de fresas. El día anterior había hecho el feliz hallazgo de un trozo de papel de esos en que los comerciantes suelen clavar los alfileres, y se exhibía ahora con dos círculos de inefable y desigual color morado, obtenidos con el frote de ese papel, convenientemente mojado, muy cerca de la nariz en la mejilla derecha, y demasiado próximo a la oreja en la mejilla izquierda.

—¡Chist!… ¡Carabinero!

Amaral volvió a mirar en su derredor para convencerse que estaba solo, antes de preguntar:

—¿Es a mí?

—Sí, a usted.

Amaral se quitó finamente su sombrero para saludar a la señora Maldonado. Muy pocas veces la había visto; pero en su ignorancia de cuáles debían ser las leyes de la cortesía cuando se encuentra uno en una casa cuya dueña está sin juicio, resolvió tratarla con la misma normal educación que si no estuviese enterado de su locura.

—¿Cómo está usted, señora?

La señora pareció extasiada con aquella pregunta.

—¡Oh, da gusto oírle pronunciar tan bellas palabras! —exclamó, girando la cabeza en un mohín que alborotó las cintas—. Repítalas usted, carabinero.

El joven tosió, desconcertado.

—Me alegro de verla tan bien…

—Vuelva usted a decirme —rogó ella—: «¿Cómo está usted?».

—Pues bien: ¿cómo está usted?

—Bien, ¿y usted? —moduló la dama, lentamente, inclinándose sobre el balcón con los labios juntos y la voz aniñada, como si le dijese el más dulce mimo—. Bien, ¿y usted? ¡Oh! Contésteme ahora: «¡Bien, muchas gracias!», y me hará feliz.

Pero en seguida ordenó, sin aguardar respuesta:

—¡No podemos perder más tiempo en estas ternezas! ¿Es usted el carabinero de tanda? Suba usted sin miedo. Mi marido me permite engañarle los miércoles y los viernes. Ni un día más. Suba usted… La antesala está llena de capitanes generales de la Remonta que quieren acostarse conmigo; pero se fastidian, porque hoy no es su día; hoy es el día de los carabineros de Medina Sidonia… Pase usted por la cocina, que le den un plato de gazpacho…; todo el gazpacho… para usted… ¡Cómaselo todo!… ¡Muera el gazpacho!

Comenzó a dar gritos terribles anatematizando al gazpacho y pidiendo su total exterminio. Luego, sin transición, bruscamente enfurecida, desentendiéndose del pretendido carabinero, se lanzó a predicar una homilía que comenzaba asegurando que los Santos Padres estaban ya perfectamente enterados de lo que sucedía en los cuarteles de artillería ligera y en cierta confitería que ella citó rebatiendo la pretensión de que las yemas que allí intentaban vender fuesen precisamente yemas de San Leandro, cuando ella sabía a ciencia cierta que eran yemas de los dedos de los pies, hechas con cantáridas y con huevos de sapo-flauta. Cuando mostró los primeros síntomas de intentar despojarse de su bata —acción en que se resolvían todos sus delirios—, Amaral, con los ojos bajos, se marchó lentamente hacia el otro lado de la casa, desde donde aún oyó los gritos de la demente.

Aquella —meditaba— era la desdichada mujer a cuya hija había seducido. Ajena a toda realidad, la infortunada madre no podía velar por la conducta de una muchacha abandonada a sí misma, sin consejero, ni guía, sin indicios de lo que pudieran ser los peligros de la existencia. ¿No venía a ser su acción algo así como si abusase de la inconsciencia de un moribundo? Con ligereza inexcusable, él había llegado a arrojar una desgracia más —¡y qué desgracia!— sobre aquel hogar abrumado por tantas calamidades. Una inocencia atropellada…, una mancha sobre la triste familia. Bien; por benigno que quisiese ser con sus propios errores, ¿no debía juzgarse el temerario autor de una canallada?

En la soledad de su cuarto pensó largamente en todo esto, sin poder desenlazarse de los brazos de pulpo con que el remordimiento le atenazaba. Se representó en su

insomnio la galería de retratos en que diversos Maldonados ya desaparecidos continuaban viviendo en efigie para admiración de los ajenos y edificación de los consanguíneos. Allí estaba aquel bravo señor que tuvo la patriótica paciencia de sitiar a Astorga, en los tiempos de Sancho III; allí estaba, con su negra barbita descansando sobre la blanca gola, el caballero que gobernó alguna comarca americana, hombre enérgico e ingenioso que llamaba «indios constipados» a los que llevaban anillos de oro en la nariz, y había reunido gran cantidad de metal precioso a fuerza de «sonarlos», verbo que él aplicaba graciosamente a la acción de arrancarles adornos tan ridículos, con desgarre del cartílago nasal: auxilio en el que llegó a ser tan ducho, que se los quitaba de un solo tirón y con una limpieza que maravillaba a sus capitanes y quizá también a los propios indígenas. Allí estaba, entre otros Maldonados de historia menos conocida o más plácida, aquel tan robusto que estableció el maratón de la familia, corriendo —a pie y en una noche de tempestad— veinticinco kilómetros en tres horas para escapar de los franceses, que se habían empeñado en matarle. Allí estaba el Justiniano de la casa, docto magistrado del tiempo de Isabel II, que había escrito varios volúmenes a propósito de un tema tan torturante como debe de ser el de la enfiteusis. Aquellos varones preclaros lo habían referido todo al mayor lustre de su apellido; sus esfuerzos sucesivos y eslabonados —valor, saber, fortaleza — habían cuajado en eso tan difícil, tan precioso, delicado, terso, frágil y brillante como un cristal, que es el honor de una genealogía. Y todo lo había roto Amaral, con un acto aparentemente sencillo, en la tentadora dulzura de una tarde de mayo.

Allá donde vagasen las almas de los Maldonados ilustres, ¿cuál no sería su consternación y su vergüenza? De nada había valido ya que el fiel servidor de Sancho III hubiese obligado a los moradores de Astorga a alimentarse de ratones; de nada el celo con que desde maravillosos países transatlánticos otro gran señor enriqueció el erario de España curando a la vez filantrópicamente los «constipados de oro»; de nada la bizarra ligereza del patriota perseguido por Napoleón; de nada los tomos de casuística y de interpretación exudados laboriosamente por el magistrado sobre la espinosa aridez de la enfiteusis. Todo se derrumbó al mismo tiempo que Inés se dejaba caer al suelo entre las altas y frondosas adelfas. El apellido Maldonado dejó de ser limpio y envanecedor apellido. En los Campos Elíseos, donde vagaban entre otras sombras venerables, admitidos en los corros del Cid y de Pizarro, y del soldado de Milcíades, y de Alfonso el Sabio, a las cinco y diecisiete minutos de aquel día primaveral, percibieron de pronto todos los Maldonados, sin que pudiesen hacer cosa alguna por impedirlo, que su rancia honra, eje de su existencia, razón de su prestigio, llave con que abrían el respeto de los demás y la consideración de la Historia, se desvanecía como un jirón de niebla acometido por las ráfagas del huracán. Un segundo: el honor se estremece. Otro segundo: disminuye el honor. Tercer segundo: ya no hay honor alguno. ¿Cómo pudo ser? ¿Por qué milagro desapareció, como el vino del odre acuchillado, aquel magnífico acervo de tantas centurias? ¡Oh, no muy difícil ni muy amargamente! Las sombras de los Maldonados, con la cabeza baja, el

rubor en los irreales semblantes, se habrían separado de sus gloriosos compañeros, al sentirse indignos de tan inmaculada compañía. O acaso todo se fuese oscureciendo en torno suyo, hasta desaparecer las serenas perspectivas del paradisíaco lugar, y sentirse definitivamente arrojados de él, reducidos al ámbito confuso donde cuelgan, como murciélagos en un desván, las almas de los hombres vulgares, de apetitos informes, de honras sin contraste, cuya enmarañada ascendencia nadie tiene interés en investigar. Recordó el cuento de aquel árabe que ya gozaba de un lugar en el Paraíso y extendía sus manos colmadas de caricias hacia las huríes de su lote cuando se abismó bruscamente en la sombra y la frialdad de la nada, porque sus enemigos acababan de decapitar su cadáver y ningún musulmán de tal modo mutilado puede entrar en las miríficas mansiones de Alá. Así se interrumpió el venturoso saboreo de la bien ganada reputación de los Maldonados.

Amaral no podía vivir con la preocupación de haber provocado tan tremenda catástrofe. Dependía de su voluntad que todo el mal quedase remediado, y su voluntad era la de un hombre de honor. Habló con Inés:

—He pensado mucho acerca de lo que ocurre entre nosotros.

—Yo también —contestó ella, entornando los ojos dulcemente—. No puedo pensar en otra cosa.

—Hemos hecho algo muy grave.

—¿Sí? —preguntó candorosamente la joven.

—Muy grave —repitió Amaral.

Inés quedose callada, procurando adivinar a qué detalle se refería aquella afirmación de su amante.

—No sé… —balbució.

—Te he comprometido, querida Inés. Esta es la verdad triste.

—¿Cuándo?

Sonrió él un poco al oír aquella exclamación inocente.

—Te he comprometido —insistió—, y no puedo apartar de mí esa idea.

—¿Es que le has dicho a alguien…?

—Todo el mundo lo ignora; pero eso no impide que te hayas comprometido gravemente.

—¡Dios mío! —comenzó ella a asustarse—. ¡Y yo que no me había dado cuenta de nada! ¿Será preciso que no nos veamos más que de noche?

Era tan evidente su inocencia, que Amaral se sintió aún más enternecido.

—Confía en mí. Ya he resuelto lo que debemos hacer.

Ella insinuó un mohín.

—Bueno; confío en ti. Ya sabes que no puedo pensar durante mucho tiempo en cosas serias. Hace diez minutos que estoy esperando que me beses.

La atrajo él hacia sí.

—Tú también lo has pensado, como yo —dijo—; pero tu dulzura es tan grande que no te has decidido a pedirme la reparación natural. Esperabas que te hablase yo

de ello, y tu delicadeza me conmueve. No quiero tardar más en decir que no he de abandonarte. Nos casaremos en cuanto haya arreglado algunos asuntos.

Inés permaneció un segundo asombrada, porque era la verdad que su candor no le había permitido contar con aquella contingencia. Pero en seguida, como ocurre en todos los espíritus delicados de mujer, sea cual sea su temperamento, se sintió fuertemente conmovida. Aquella joven que momentos antes solo sentía que su amante tardaba mucho en abrazarla, se transformó en una mujer afligida por elevadas preocupaciones de índole moral, lo que no puede considerarse sino como un ejemplo en el que los delirantes enemigos del matrimonio habrán de advertir cómo la simple posibilidad de tal vínculo cambia y perfecciona el sentido moral de la mujer, obligándola a pensar en que es una acción abominable ceder graciosamente lo que se puede dar mucho más caro.

Fruto de estas rápidas reflexiones fue el llanto en que Inés prorrumpió apenas hubo oído las palabras de Rogelio.

—¡Claro que se me había ocurrido! —sollozó—. Pero ¡como tú no me decías nada…! ¡Y después de haberme comprometido así…! ¡Tan comprometida como estoy ahora…! ¿Qué va a ser de mí…?

Amaral la acalló mimosamente, con caricias protectoras de aquella debilidad.

—¡Vamos, vamos!… No hay que llorar… Ya está todo arreglado…

Sentía, como cualquier hombre en su caso, el orgullo de su inmenso poder: el de haber derrumbado, con un breve empujón, el buen nombre de veinte generaciones, y el de reconstruirlo después con un simple «¡quiero!», pronunciado ante un cura. Siempre habrá que agradecer a las mujeres que nos permitan, en esto, parecemos a un dios.

Cuando los besos con que Amaral secaba el llanto de la desconsolada joven adquirieron acentuación menos caritativa, Inés le separó suavemente.

—No… Hay que ser buenos —dijo.

Era la primera vez que rehusaba caricias que antes no vacilaba en provocar. Laudable eficacia de la visión de sus deberes de esposa.

Rogelio sintió la legitima impaciencia de hacer pública su noble decisión, y apenas regresó a la casa de su tío, donde se hospedaba, quiso que aquel representante de su familia conociese la rectitud de sus procederes y la elogiase con las sesudas y enternecidas palabras a que tiene derecho —a veces como única compensación— todo hombre de tan delicados escrúpulos.

Desgraciadamente, Ricardo Quirós, primo carnal de la madre de Rogelio, era un solitario corroído por el escepticismo, al que había llegado a no importarle en el mundo más que sus estudios acerca de las ganaderías de reses bravas. Dentro de este amplio tema, su más caracterizada especialización eran las puyas con que está comprobado que es preciso herir a los toros en el primer tercio de la lidia para despertar su curiosidad y su entusiasmo hacia lo que va a ocurrir después. Don Ricardo había llegado a reunir una poco variada, pero muy numerosa colección de

picas que cubrían, con sus astas ennegrecidas, las paredes de su despacho. Era el autor meritorio de un folleto titulado *Teoría de las puyas*, que no había merecido la menor atención en el casino de Jerez de la Frontera, adonde envió algunos ejemplares, ni tampoco en el resto del mundo. Pero el señor Quirós estaba habituado a sufrir las persecuciones de un destino demasiado injusto. Casado a los treinta y cinco años con una muchacha cuyo único horizonte hasta aquel momento habían sido las cuatro paredes de un patio andaluz, llegó a tener la certeza de las infidelidades de su mujer, y se mantuvo en altiva reserva —obedeciendo a un extraño sistema filosófico muy personal, por el que procuraba no amargarse excesivamente la vida— hasta que su esposa dio a luz dos gemelos. Entonces —los que estaban presentes nunca lo habían olvidado— contempló atentamente a los dos infantes, se metió las manos en los bolsillos y pronunció estas palabras, con fría certeza:

—No sé cuál, pero uno de ellos no es mío.

Y no volvió a ocuparse de tal asunto, porque poco después marchó a la finca donde por entonces tenía invitado a su sobrino, y se desentendió de cualquier noticia que pudiese referirse a su mujer o a los mellizos, que resolvieron uno de los aspectos más graves de la cuestión muriéndose a los veinte días, en el mismo instante y de la misma enfermedad, circunstancia que esgrimía la madre como argumento contra la suspicacia de su marido.

Separado en cierta medida del mundo, el señor Quirós había querido consagrarse a la cría de ganado de lidia. Cruzó ejemplares de las razas más afamadas, contrató los servicios de los más expertos mayorales, y vertió sobre sus rebaños toda su experiencia y toda su sabiduría. Sin que nunca se hubiese podido saber por qué, obtuvo la más curiosa subespecie de toros que cabía esperar. Animales corpulentos, negros, de largos cuernos afilados, pero poseídos de un asombroso amor a la Humanidad. En las plazas, saltaban modestamente el callejón como si les repugnase concitar la atención de tanto público; fatigaban a las cuadrillas haciéndolas correr detrás de su rabo alrededor de la barrera; los más lastimosos berridos que es dado oír cuando se castiga con banderillas de fuego la mansedumbre de un cornúpeta, los lanzaron ellos sobre los circos arenosos del norte y del sur, del este y del oeste y del centro de España; aullaban como perros a la luna, confiando en despertar en el corazón de los «aficionados» una piedad que no los amparó jamás. Y acogían siempre la aparición de los cabestros, y se retiraban en su insinuante compañía con el alborozo de quien encuentra, al fin, camaradas comprensivos y afines entre una muchedumbre de antípodas sentimentales. Cierta vez, el toro *Malasangre*, que bebía en el río que atravesaba la dehesa, salvó la vida de un niño que se había caído a las aguas, permitiendo sin demasiada extrañeza que se agarrase a sus largos cuernos. Los periódicos comentaron jovialmente este trance, y en el casino de Jerez se cubrieron de firmas muchos pliegos para pedir que se concediese al *Malasangre* la cruz de Beneficencia y que las reses de Quirós fuesen declaradas, como los perros de San Bernardo, merecedoras del amor y de la gratitud de los hombres. Semejante burla,

que coronaba el largo fracaso, concluyó con la paciencia del ganadero. Vendió sus fieras a los mercados de carne, y cuando aquella ilusión de su vida se hubo desmenuzado completamente en bisteques, plantó caña de azúcar en el lugar donde antes paseaban los perezosos cuadrúpedos la aparatosa e inútil pesadumbre de su cornamenta, no más peligrosa que un perchero, y vegetó, rumiando sus rentas, un poco más hundido en el tremedal del escepticismo, consagrado a vestir su traje campero para cabalgar por su latifundio y añadir casi todos los días algunas nuevas y provechosas observaciones a las páginas impresionantes de la *Teoría de las puyas*, de la que pensaba imprimir una segunda edición.

Este hombre, en cuyo bosquejo me he entretenido quizá excesivamente para que nadie dé más valor del que tenían a las palabras que pronunció ante Amaral, escuchó la comunicación de su sobrino sin interrumpir la operación de engrasar el hierro de una de las picas de su museo, para evitar que se oxidase.

—Si quieres que te diga la verdad —habló después—, todos los casamientos son malos; pero ese que has pensado hacer es el peor de todos.

—No creo que posea usted razones para juzgarlo así seriamente.

Don Ricardo Quirós movió la cabeza.

—Del padre de esa joven no puedo decir nada, aunque tengo motivos para suponer que padece esa tortícolis espiritual que obliga a llevar la atención siempre vuelta hacia el pasado, sin advertir lo que hay delante de los pies. Pero de la madre, cualquiera te contará que está perturbada por el furor erótico, tan loca como la que quiera enorgullecerse de estarlo más. Probablemente esa chiquilla habrá heredado sus taras. O alguna propensión anormal. O te dará hijos locos, porque en su rama materna hay más de un caso.

—Esas son hipótesis —despreció Amaral— que no podrá usted demostrarme ahora mismo.

—No —tuvo que reconocer don Ricardo—; hasta que vea crecidos los hijos que te dé esa mujer, nos será imposible comprobar mis temores. En cambio, no se necesitará tanto tiempo para que la tal Inés, mal criada, sin la menor cultura, que únicamente sabe saltar por el campo y soñar con las aventuras de las novelas que nutren su espíritu, te inunde la vida de aburrimiento. No reparé demasiado en ella y no sé si es hermosa o vulgar, pero sí que no vale un matrimonio. Por otra parte, los Maldonados poseen una fortuna notoriamente modesta. Aunque sé lo que son tales arrebatos, procuraré convencer a tus padres de que te disuadan.

Rogelio exclamó con cierto énfasis:

—Tengo que casarme con Inés. La he comprometido.

Quirós alzó la cabeza.

—¿En qué?

—Ha sido mía —confesó en un susurro Amaral.

—Temo que llames «comprometer a una muchacha» a ceder a su seducción. ¿No habrás sido tú el comprometido? Ahora te aconsejo que andes con mayor precaución

por esa manigua.

—No se trata solamente de ella. Hay detrás toda una familia, cuya honra he destruido por un torpe desmayo de mis deberes.

—¿Destruido?… Tú sabrás… Yo conocí al abuelo de esa jovencita. Era verdaderamente lo que se llama un hombre de bien. No hay muchos. Cuando la quiebra del Banco del Pequeño Ahorro, repugnante estafa en la que quiso mezclarle la codicia de algunos hombres que sorprendieron su buena fe, dedicó casi todo su capital a indemnizar a los que habían puesto su confianza en aquella empresa que amparaba su nombre. Salvó más de una vida con riesgo de la suya, aplacó el hambre de muchos desgraciados, vertió el bálsamo de su bondad sobre infortunados que ya no esperaban nada de nadie. Nunca se pudo decir de él: «Maldonado asintió a una injusticia, desoyó un grito de socorro, pasó con los ojos secos junto a un dolor». ¿Alcanza a tanto tu estupidez o tu orgullo que creas haber mermado el respeto que consiguió aquel hombre, la sólida anchura de su honor, la santidad de su conducta, por haber escarabajeado en el cuerpo de su nieta? Eres un tonto presumido, Rogelio. Abandona ese aire apesadumbrado de hombre que tropezó desgraciadamente con la Giralda y la hizo caer, y vete a engullir tu cena.

Rogelio no se movió.

—Aunque todo fuese como usted asegura, ¿qué va a hacer ahora ese muchacha?

—No lo sé. Lo mismo que antes. Vivir, corretear, leer novelas cursis, seguir amando… Es curiosa esa preocupación de que una mujer ya no sirve para nada en cuanto pierde su doncellez sin permiso de las autoridades. Tu tía abuela Catalina hizo algo parecido, y la arrojaron a un convento como quien tira el casco de una botella que se vació antes que pudiese bebería su propietario, o un fósforo que ya se encendió una vez. No obstante, tu tía abuela Catalina tenía más cerebro y más corazón que todas sus hermanas, y hubiera podido ser más útil al mundo. Personalmente, no concedo a tales incidentes demasiada importancia; pero aunque la tuviesen, el daño que os haríais a vosotros mismos y a la sociedad encadenándoos con un matrimonio que os infernaría la vida (porque no os queréis), y del que es más que probable que naciesen hijos tarados, me parece incomparablemente superior al mal que hasta ahora habéis causado. Si tu intención, como dices, es evitar mayores desgracias, no te cases.

Amaral respondió dignamente, erguido y resuelto:

—Quizá el respeto que merecen sus años y la sumisión a que me obliga el parentesco me llevaran a obedecerle, si no hubiese notado desde el principio de sus palabras que se ha olvidado usted de algo muy importante; de lo que, en toda cuestión, es lo más importante.

—¿De qué?

Amaral definió, próximo ya a la puerta, perfilando sobre su hombro la cabeza para clavar en su tío una mirada más recta y aguda que las picas de las paredes:

—De que yo soy un caballero.

El día en que escribo estos renglones he salido a pasear por lugares solitarios, para evocar cariñosa y melancólicamente las educadoras anécdotas que he de fijar en esta biografía; y he regresado a mi casa más descontento que nunca. Comprendo que la sociedad se disuelve. Ha venido a saludarme Rodríguez, colmado de una alegría nauseabunda, y me ha contado una historia singular. Su hija la menor le abrió la barriga a un ciudadano de baja extracción y le cortó una cuarta de intestino. Parece que también le raspó un hueso del cráneo a no sé qué pelafustán.

—Bueno, Rodríguez —le dije gravemente—: ¿y por qué se entrega tu hija a esos desmanes? Tú eres un hombre serio. ¿Cómo lo consientes?

Se ofendió. ¡Botarate! Quiso hacerme leer un puñado de recortes de periódicos en los que se narran con encomio los méritos de la muchacha, que estudió la carrera de Medicina en San Carlos. Al pobre hombre le ciega un excesivo amor paternal; pero yo no acostumbro guardar consideraciones a esta clase de individuos. Le grité una verdad, y no me importa repetirla:

—Rodríguez —afirmé—, si hace cuarenta años nos hubiesen dicho que nuestras hijas sabrían en su doncellez cómo es un hombre…; menos aún: que existen en ellas los conductos de Falopio, las hubiésemos ahogado en las cunas para sustraerlas a un porvenir tan peligroso. Jamás podríamos aprobar que una señorita honorable revolviese con sus manos el vientre de un carretero, ni el de un grande de España. No quiero volver a oír nada de tu doctora ni de ti, Rodríguez.

Ahora me pregunto si habrán sido mis palabras demasiado duras; pero no hallo la menor inquietud en mi conciencia. Pienso en aquel excelente amigo que se llamó Rogelio de Amaral, espejo de hombres sin tacha, a cuya memoria acudo cuando he de juzgar en sutiles materias de decoro, y sé que él procedería lo mismo que yo. Hace muchos años que se pudre refinadamente en su panteón; pero su sombra tiene un culto en el alma de cuantos conocimos su vida magnífica, en la que en vano se buscaría uno de esos agujeritos que la polilla de la incorrección abre en la trama de las demás existencias. Yo no quiero otro maestro para mi conducta ni otro hermeneuta para los frágiles asuntos de honor. Su celo escrupuloso le llevaba a no tolerar en quienes de alguna manera se relacionasen con él la menor sombra en la reputación, o un proceder indelicado. No olvidaré que se negó a dirigirme la palabra durante quince días por haber cometido yo la ligereza de enseñar a quince amigos, en una partida de caza, el retrato de una señora que era secretamente mi amiga.

—No me irrita que muestre usted el retrato —me dijo—; pero tratándose de una señora casada y respetable, no debió permitir usted que nadie leyese la dedicatoria, donde había una ridícula falta de ortografía.

Siempre fue así. ¡Excelente Amaral! Todos le debíamos enseñanzas provechosas. No solo miraba su propio honor, sino el de los demás, con ojos tan atentos y perspicaces, que a su lado podíais estar seguros de que cualquiera pequeña distracción de vuestra parte os sería inmediatamente advertida.

Recuerdo ahora que una vez…

Una vez, Amaral tenía dos huéspedes en su encantadora finca de Los Molinos. Amaral poseía todas las virtudes caballerescas, y entre ellas la de la hospitalidad. Cuando alguien era acogido bajo su techo pasaba a ser tanto como un hijo para aquel noble varón. Nadie tan escrupuloso en la práctica de esa costumbre tan apreciada por los hombres, y que hacía más codiciable aún su trato. Podrían referirse muchos rasgos de su liberalidad y de la cariñosa protección que dispensaba a sus visitantes. En su casa, el huésped era sagrado. Todos lo sabíamos, y algunos abusaban de ello. Así, Vicente Iribarren, el boticario de la calle Larga, que había conseguido publicar en un semanario unas graciosas quintillas, burlándose de Rogelio al amparo de un nombre supuesto. Cuando mi amigo se enteró de que el feroz ataque provenía del farmacéutico, este se hallaba precisamente en Los Molinos. Al final de una partida de carambolas, le dijo el gran señor:

—Ya sé que son tuyos estos versos, Iribarren. No lo niegues, porque tengo pruebas categóricas.

Iribarren puso disimuladamente su mano sobre una de las pesadas bolas de marfil, y preguntó:

—Según eso, ¿qué piensas hacer?

—Ahora nada, porque estás en mi casa.

—¿Y cuando salga de ella?

—Cuando salgas de ella te haré comer el periódico.

El boticario hizo girar, distraídamente, la bola, sacudió de sus manos la tiza que las manchaba, y se limitó a decir, mientras se retiraba a su cuarto:

—Buenas noches, Rogelio.

No volvieron a hablar más de este asunto. Pasó un día, y otro, y una semana, e Iribarren no se iba. En todo ese tiempo no pudo descubrir ni un gesto de malhumor en Amaral. Las comidas continuaban siendo suculentas; los vinos, inmejorables; la cama, abrigada y mullida. En la caja de plata que había en una mesa del salón de lectura no faltaban jamás puros de diez reales. La conversación de Rogelio era grata y amena, sin que ni una sola vez volviese a aludir a las quintillas. Iribarren procedía asimismo con toda la naturalidad de un amigo invitado, y hasta solía tocar en el armonio aquellas piezas que prefería Amaral. Unicamente se resistía a salir. Transcurrieron tres semanas, y un mes, y Vicente no puso ni la punta de un pie fuera de los linderos de la finca. Se paseaba por el parque, recorría el jardín, y, sobre todo, adquirió la costumbre de tomar el café, después del almuerzo, a la sombra de un magnífico castaño, desde donde podía ver la carretera al través de la verja de hierro.

Una noche anunció el anfitrión:

—Mañana voy a la ciudad. ¿Quieres acompañarme?

Iribarren hizo una mueca de fastidio y se estiró en su butaca.

—¡Uf, la ciudad!… ¡Con lo bien que se está en Los Molinos!… Prefiero quedarme.

—Ya sabes que esta es como tu casa. ¿Deseas algo para aquella gente?

—Dile a mi mujer que me envíe más calcetines.

—Así lo haré.

Rogelio regresó a las dos de la tarde. El boticario sorbía el café y chupaba un puro de seis pulgadas a la sombra del castaño. Saludó alegremente:

—¿Cómo queda aquello?

—Bien. Los calcetines están en el coche. Y ahora hablemos de otros asuntos, Iribarren. Haz el favor de comerte esto.

—¿Qué es…?

—Un ejemplar de *El Eco Dominical*.

Vicente se incorporó, un poco pálido.

—No te comprendo, Amaral —dijo—. Ten cuidado. Soy todavía tu huésped, y espero que no olvides tus deberes de… Estoy en tu casa, en tu finca…

—Te engañas —le interrumpió Rogelio—; el lugar que pisamos ya no es mío. Esta mañana vendí todo el terreno que rodea el castaño donde ahora me encuentro contigo, en tres metros de radio. He aquí el acta notarial.

El boticario la leyó.

—Está en regla —reconoció, suspirando.

Amaral jugaba con un bastón de nudos.

—Entonces, cómete el periódico, Vicente.

El amigo desleal cogió el semanario y lo contempló con disgusto.

—Supongo que me concederás un plazo prudente… Es un número extraordinario…

—Diez minutos. Si al terminar los diez minutos queda de este papel nada más que un trozo como un confeti, no volverás ya a hincar el diente a ninguna otra materia.

Y alzó el bastón.

Iribarren engulló las dos hojas en cuatro minutos, cincuenta y seis segundos.

Fue algún tiempo después de este episodio cuando Amaral invitó a pasar una temporada en su finca a don Gustavo Kaufman y a su esposa.

Don Gustavo Kaufman era extranjero. Hacía siete años que había llegado a la ciudad para dirigir la instalación y el funcionamiento de una fábrica de luz eléctrica. Y como los negocios marchaban bien, el clima era agradable y las truchas parecían más incautas que en los ríos de su país, decidió nacionalizarse. Todos sentíamos hacia él verdadera simpatía, porque fuera de sus funciones de ingeniero, en las que demostraba sabiduría y entereza, era tal como un niño, y nadie podía quejarse de haber recibido de él más que atenciones y aun favores. Se había asimilado nuestras costumbres y las practicaba con una sumisión fácil para su carácter, formado en una raza y en un país donde la disciplina es un deber preferente. Su mujer usaba mantilla, el cocido era un manjar diario en su mesa, ninguna calva permanecía tanto tiempo reverberando al sol, al paso de la bandera, como la calva de Kaufman, y de él eran también los mejores regalos que recibía el santo patrón del pueblo, porque su buena media docenita de velas cada mes no se la quitaba nadie, y flores para el altar

frecuentemente, y un extraordinario en Semana Santa, y por la fiesta…

Don Gustavo había aprendido la historia de España, y estaba mucho más orgulloso del Cid que nosotros mismos, y como una vez hubiese leído en *La Ilustración Española y Americana* unos versos, en los que se dirigían graves injurias al obispo Don Oppas, le envió al autor una caja de quesos.

Amaral sentía una grande estimación por este hombre honorable y culto, y muchas veces nos lo ofrecía como ejemplo de lo que debiera ser un buen ciudadano.

Tengo mis motivos para afirmar que la primera noche que el señor Kaufman pasó en Los Molinos, el entusiasmo de Amaral sufrió un leve enfriamiento. La alcoba de don Gustavo estaba próxima a la suya, y más allá, la de la mujer. Después de la sobremesa, cuando cada cual se hubo recogido en su cuarto, y los perros sueltos en el parque ladraban ya a las sombras y a la luna, y a los otros perros de la aldea, Rogelio hizo su toaleta, se ciñó ante el espejo la bigotera, que le permitía mostrar durante el día bien estiradas las finas hebras de su mostacho, y, luego de leer el folletín del periódico, sopló la luz y adoptó la postura señorial en que solía quedarse siempre dormido. Lentamente fue prestando atención a un ruidillo extraño que apuntaba en el silencio de la casona. Parecía que estuviese alguien aserrando en alguna parte… A aquella hora… Los criados debían de estar acostados ya… Se incorporó un poco… Pero no era que aserrasen. Oía claramente un estertor… En la sombra, bajo la tupida bigotera, sintió como un erizamiento en la raíz de los pelos. Una vida agonizaba no sabía dónde, una garganta contraída gorgoteaba ansiosamente el aire… ¡Y era allí, en su propia alcoba, cerca de él!… Sentose en el lecho. Tuvo la sensación de que sus orejas se habían estirado para oír mejor. ¡Oh, qué angustia la de aquel estertor roto y difícil! ¿Quién era…? ¿En qué lugar…? Y, repentinamente, un rugido pavoroso que le obligó a saltar en la cama; un rugido brusco, lleno, resonante. Pero esta vez Amaral pasó su mano por la frente sudorosa y se volvió a tender. Don Gustavo roncaba.

«¡Qué bárbaro!», pensó Rogelio.

Pero, correcto siempre, apenas se dio cuenta de que Kaufman roncaba bajo su lecho, rectificó así:

«¡Qué exageración! No hace falta poner tanto brío en esa faena.»

Como era un hombre justo, recordó que él mismo solía roncar frenéticamente casi todas las noches. Este era su pequeño defecto que le tenía muy atribulado, y al que solía referirse con melancolía al decir que en sueños su respiración era un poco vigorosa, vago eufemismo que mal encubría el disgusto contra su propia sonoridad. Don Gustavo le proporcionó en los primeros instantes el dulce gozo de advertir que existía en el mundo alguien más estrepitoso que él; pero pronto desapareció este contento ante el raudal de bramidos que atravesaban las paredes y entraban, vibrantes, por las rendijas de la puerta y estremecían las ventanas en sus encajes.

Rogelio ocultó la cabeza bajo las mantas, la envolvió después en su almohada, se taponó los oídos… Inútilmente. El señor Kaufman rugía como cuatro leones rabiosos, y no abandonó este tono en toda la noche. Iban haciéndose cada vez más azules los

vidrios tras las cortinillas de encaje, cuando Amaral, rendido por su propia desesperación, exhaló a su vez un ronquido tenue y vacilante, que no valía nada comparado con los que el ingeniero continuaba elaborando en la habitación inmediata.

A la siguiente noche, Amaral esperó con inevitable inquietud el momento en que su huésped se durmiera. Veinte minutos transcurrieron sin que oyese más que el rumor de una trabajadora polilla.

«Debió de haber quedado deshecho por el esfuerzo de ayer», se dijo.

Y se estiró elegantemente.

Pero pronto comenzó en la habitación vecina un murmullo, sordo como el de un torrente lejano. Y este murmullo se convirtió, antes de un cuarto de hora, en estrepitosos trompetazos. Esta vez el señor Kaufman emitía cada cinco segundos, con una regularidad desesperante, cierta nota que sería imposible representar con los signos músicos conocidos, pero que venía a ser algo así como la sílaba «¡ojj!» patéticamente pronunciada. Parecía que alguien le contaba al oído algo monstruoso y que el buen señor exteriorizaba su escándalo y su asombro en creciente medida:

—¡Ojj! ¡Ojj!

Amaral tampoco pudo dormir hasta la madrugada.

Don Gustavo le preguntó aquella tarde:

—¿Por qué me mira usted así, como si no me hubiese visto antes?

—¡Oh, disculpe usted! Lo hacía distraídamente.

Pero le observaba, pensando:

«¿Cómo es posible que haga tanto ruido un ser tan pequeño?».

Y se acordaba de las ranas, de los grillos y de los ruiseñores.

La tercera noche, el señor Kaufman remedó el estrépito de un automóvil que no acabase de arrancar. La cuarta noche imitó el ludir de las ruedas de un tranvía en el hierro mal engrasado de una curva. La quinta noche, los poderosos ruidos subterráneos que suelen anunciar la erupción de los volcanes. Rogelio, desvelado, ojeroso, arrastraba lánguidamente sus piernas por los pasillos de la casa, y hacía grandes esfuerzos, casi siempre inútiles, por contener los bostezos que le separaban las mandíbulas con energía irresistible. La sexta noche, el señor Kaufman produjo estruendos que harían estallar en aplausos a la gente si fuesen oídos en un cine sonoro al mismo tiempo que la película de una espantosa tempestad en una costa acantilada. Aquel día, a la hora del almuerzo, le preguntó Amaral:

—¿Suele usted soñar, querido amigo?

—Sí…, algunas veces…

—¿Esta noche, acaso?

Don Gustavo sonrió.

—Precisamente, esta noche.

—Tengo curiosidad por saber qué ha soñado usted.

Don Gustavo se acarició la barbilla con aire feliz.

—Pues verá, pues verá…; no es muy interesante… Estaba yo en el comedor de esta casa, y había una calma tan profunda, que una araña que colgaba de su hilo en el vano del balcón, no se movía. Entonces vi una mariposa detenida en el borde de una de esas copas finísimas de Venecia que nos ha enseñado usted. Yo quería cogerla, porque era de muy bellos colores, y me acerqué en la punta de los pies, tan despacito, que no me sintió. Apresé sus alas y tiré de ella. Al desprenderse del borde las largas patitas, el cristal hizo: ¡tin! ¡Un sonido tan dulce y tan suave! Yo pensé: «Se habrá espantado la araña». Pero la araña no lo oyó, tan leve había sido el tintineo. Como usted ve, una tontería. Sin embargo, a mí me ha encantado este sueño tranquilo, colmado de placidez.

Rogelio movía la cabeza, sin cansarse de repetir:

—¡Es increíble, es increíble; no lo comprendo!

En el fondo de su alma se iba acumulando un inconfesado rencor contra su huésped. Le parecía menos inteligente, menos admirable, y muchos ademanes y maneras suyas que antes acogía amorosamente, le irritaban ahora. Meditando para hallar arbitrios que le librasen del nocturno tormento, resolvió ganarle la vez a su verdugo, durmiéndose primero que él, y después de cenar, corrió a su cuarto, se despojó rápidamente de su ropa, se hundió en el lecho y, fatigado por las anteriores vigilias, no tardó diez minutos en perder la conciencia de sí mismo y de cuanto le rodeaba. Y entonces comenzó a roncar con tal entusiasmo como si nadie antes que él hubiese roncado en el mundo, y con la misma avidez que si ya no hubiese de encontrar en la vida ninguna otra ocasión de roncar.

No se supo nunca lo que hizo ni lo que pensó en aquella ocasión el señor Kaufman; pero al día siguiente había treinta colillas en el cenicero de su mesita de noche.

Una mañana llegó a caballo hasta Los Molinos don Dámaso Albornoz, viejo diplomático, que, después de haberse divertido en todas las cortes de Europa, se había retirado a vivir en una hermosa finca que poseía a tres leguas de la de Amaral, y este era uno de los pocos caballeros a quienes aquel hombre distinguido, habituado al trato de las más elegantes damas y los más encopetados personajes del mundo, concedía su amistad. Yo tengo también el orgullo de haber hablado con él dos veces, aunque no más de tres minutos cada una, y siempre tuve que aprender en su codiciada compañía. En el primer encuentro me dijo el nombre de unas magníficas pastillas alemanas, de eficaz resultado contra el mareo del mar; en el segundo, me informó de que comenzaban a usarse las levitas grises y castañas, aunque dentro de determinadas condiciones, de las que por desventura, no me acuerdo muy exactamente. Estoy seguro de que mi cultura se habría reforzado considerablemente si la Fortuna me hubiese deparado encuentros más frecuentes con aquel señor, que había viajado por tantos salones.

Amaral recibió al visitante con agrado sincero, y abrió para él una botella de jerez añejo, como aperitivo, porque el señor Albornoz declaró, apenas saltó de su caballo,

que venía resuelto a almorzar en Los Molinos, y que sería feliz si había truchas.

Había truchas, y él hizo una ardorosa alabanza de aquellos humildes peces, y de los vinos, y del parque, y hasta aseguró, cuando le fue presentado, que se alegraba de conocer al señor Kaufman, al que dirigió en alemán un amable saludo. Lamentablemente, la señora Kaufman sufría un enfriamiento y se había quedado aquel día en la cama. El señor Albornoz destiló unas palabras condolidas a propósito de esta contrariedad, y culpó graciosamente a Rogelio de no cumplir con todo escrúpulo sus deberes de anfitrión, porque, según un famoso escritor francés que él había conocido, los comensales deben ser menos que las Musas, pero más que las Gracias… El señor Albornoz no hacía nunca más que cuatro o cinco citas, siempre las mismas, pero todas ellas delicadas, como escogidas por un espíritu fino.

En el pueblo se dijo que había tratado a Kaufman con cierta altanería. No es cierto. Incluso condescendió a hablar con él de electricidad, aunque al referirse a ella insinuó su deseo de reservarse su opinión personal, y añadió que él prefería las estancias iluminadas por los viejos candelabros de lata y las maravillosas arañas de cristal donde arden docenas de perfumadas bujías…

El señor Kaufman, después de un elogio de la luz eléctrica, quizá demasiado ardoroso e inoportuno, preguntó al anciano caballero:

—Entonces, ¿no le gusta a usted una buena y cómoda lámpara de incandescencia?

Albornoz sonrió sutilmente, y respondió:

—Hay algo que me impide decirle que no rotundamente.

—¿Qué es ese algo?

—Permita usted que antes le pregunte: ¿Sabe en qué se diferencia un diplomático de una mujer mundana?

—No…, no lo sé…

—Óigame, en ese caso. Cuando una mundana dice *no*, quiere decir: *puede ser*. Cuando dice: *puede ser*, quiere decir *sí*. Y si dice *sí*, es una mala mundana.

—¡Está bien! —alabó Amaral.

—Cuando un diplomático dice *sí*, quiere decir: *puede ser*; cuando dice: *puede ser*, quiere decir: *no*, y si dice *no*, es un mal diplomático.

—Ahora recuerdo haber oído esa agudeza alguna vez —afirmó don Gustavo.

—Yo no presumo de haberla inventado —protestó suavemente el señor Albornoz —; pero viene a cuento.

Y para compensar al ingeniero del dolor que pudiera producirle su desdén por la electricidad, encauzó la conversación hacia Alemania y contó episodios de su vida en Berlín: fiestas, comidas, intrigas, galanteos…

—Tres años inolvidables, querido señor Kaufman. ¿Usted es de Berlín?

—De Stuttgart.

—Bella población. Allí estuve yo para asistir a un baile en el palacio del príncipe. Pero, nada como Berlín. De mi permanencia en esa ciudad encantadora no tengo otro recuerdo triste que el de la muerte del infeliz Carlos de Silva. Era segundo secretario.

¡Pobre amigo! ¡Qué excelente camarada! Tenía diez años menos que yo; pero nos queríamos fraternalmente, y a mí me confiaba todos sus secretos. Estaba muy enamorado de una muchacha, hija de un fabricante de cerveza. ¡Hermosa chiquilla! Un poco gorda y quizá demasiado sentimental, pero suculenta como pocas. Se llamaba (no me olvidaré nunca) Gertrudis Dentz. Estaba empeñado en seducirla y llevársela a Colonia. Cuando vino a decírmelo le di un buen consejo, como pudiera dárselo a un hijo si lo llegase a tener: «No hagas tonterías, querido; sedúcela si puedes, pero no vayas a Colonia, porque la abundancia de gótico se hace tan empalagosa que si le añades la dulzura de un amor nuevo, antes de una semana estarás como hundido en mermelada; llévala a Baden-Baden, que es más ameno». Así lo hizo, y no le pesó.

Amaral preguntó secamente:

—¿Quiere usted decir que se casó con ella?

—¡Oh, no fue preciso! Pero Silva era incapaz de cometer la incorrección de quedarse con algo que no le perteneciese con toda legitimidad, y a los dos meses devolvió la muchacha a su familia.

—¿Tomaremos café en el parque? —cortó Rogelio.

Y arrastraron perezosamente las sillas para levantarse. El señor Albornoz pasó a referir algunas anécdotas de su vida en Italia y en Austria; pero tan parecidas las unas a las otras, que no pudiendo, como él, pronunciar los apellidos con arreglo a la prosodia de cada país, es imposible advertir la diferencia que existe entre unas y otras.

A las cuatro se marchó. Rogelio y Kaufman salieron a despedirle hasta la carretera. Le vieron alejarse al lento paso de su caballo. El humo del cigarro surgía sobre sus hombros como las puntas de una bufanda gris; en el sombrero flexible llevaba el remate de una pluma de pavo real. No volvió la cabeza; saludó desde el recodo elevando un brazo. Rogelio y su huésped regresaron a la casona.

—No les vendría mal a los campos un poco de lluvia —opinó el ingeniero.

—Quizá —respondió con aire pensativo su anfitrión.

Cerca del seto de laureles, Amaral se detuvo ante su compañero con una decisión repentina:

—¿No es Gertrudis Dentz el nombre de soltera de su esposa?

El señor Kaufman elevó hasta él la mirada de sus ojos claros.

—Sí —contestó sencillamente.

—¿Hija de un cervecero berlinés?

—Sí —repitió.

Continuaron andando. Amaral volvió a interrogar, ahora con cierta dulzura:

—¿Usted sabía…?

—No, amigo mío; esa historia que contó don Dámaso me era totalmente desconocida.

Rogelio inclinó la cabeza.

—Siento mucho que haya sido en mi casa… Espero que usted reconocerá que no hubo manera de evitarlo… Por otra parte, cortar bruscamente su narración era hacerle sospechar que la protagonista tenía alguna relación con usted…; acaso ponerle en la pista de la verdad… No era preciso…

—No tengo ninguna queja de la corrección de usted, querido Amaral.

—Unicamente…, en el caso de que usted precise del señor Albornoz algunas declaraciones…, una ampliación de detalles…

—No… ¿Para qué?

—Pienso lo mismo. Desdichadamente, el asunto está claro y no hace falta ahondar… Albornoz no miente nunca. Permita usted que le diga, señor Kaufman —agregó Rogelio, extendiendo sus dos manos—, que sigue usted contando con todas mis simpatías.

Don Gustavo le dio un fuerte apretón.

—Gracias, muchas gracias. Lo esperaba. Usted también me es muy simpático.

Hubo un breve silencio.

—¿Puedo dirigirle a usted una pregunta? —vaciló Amaral.

—Cien preguntas, mil preguntas.

—Pues bien: ¿qué piensa hacer?

—¿Quién?

—Usted.

—¿Ahora?

—Sí, ahora.

—Pues…, si usted quiere, podemos jugar cien carambolas. No se me ocurre nada mejor.

—Si su propósito es disimular, no he de violentarlo; pero bien sabe que me refiero a… este asunto de su esposa…

—¡Oh Rogelio! ¿Se refería usted a… este asunto? ¿Y no le parece demasiado desagradable para insistir en él? Olvidémoslo, si es posible.

—¡Cómo! ¡Señor Kaufman!

—Querido amigo…

—¿Habla usted sinceramente?

—Sinceramente.

—¿Es capaz, ante una revelación de ese género, de decir con toda tranquilidad: «olvidémosla»?

—¡Bah! Usted me cree mejor de lo que soy. Mi generosidad es menos meritoria si tiene usted en cuenta que mi mujer ha sido, desde que la conocí hace veinte años, una esposa modelo. Vale más que yo, y, a decir verdad, le debo casi todo lo que he logrado, porque siempre supo estimular lo que hay en mí de bueno, y refrenar mis defectos, y guiarme… ¡Y consolarme tantas veces que me hizo falta consuelo!… Si al conocerla hubiese sabido lo que supe hoy, ignoro cuál sería entonces mi conducta; pero ahora me casaría con ella otra vez sin vacilación alguna. Cuando hizo lo que

hizo no nos conocíamos aún; no tenía deberes de fidelidad con nadie. Se enamoró o creyó enamorarse… Es bastante natural… ¿Tiene todo eso demasiada importancia? Aquel pasado, tan remoto, ya no existe; no queda de él más que un recuerdo anecdótico en la memoria de un diplomático retirado…

—¡Caballero!

—¿Qué ocurre, mi entrañable Amaral?

—Si no pensase que aún tiene usted resabios de una inadmisible educación extranjera, mi amistad con usted habría terminado en este momento. Creo, sin embargo, que habla usted así por ignorancia, y prefiero hacérselo comprender. Usted es actualmente un español. Y un español de significación especialísima, porque usted mismo ha elegido esa nacionalidad.

—Estoy muy satisfecho…

—Y eso le obliga a seguir estrictamente la conducta que en cualquier caso análogo adoptaría otro caballero español.

El señor Kaufman tartamudeó, desconcertado:

—No me niego a ello…; únicamente querría saber… Dígame usted, amigo mío, dígame usted… ¿He faltado yo a alguien? Yo soy, yo quiero ser un buen español… Quizá por ignorancia…

Se endulzó un poco la voz de Rogelio.

—Suponía yo que era eso y no otra cosa, y no esperaba menos de usted. Hablar de estos asuntos es muy delicado; pero, en fin…, si comenzamos por el principio, como creo que es nuestro deber, no podremos negar que sobre su honra ha caído una mancha.

—¿Y…?

—Y, naturalmente, hay que lavarla.

—Muy razonable. Antes, contésteme usted…: si no la lavo, ¿qué sucederá?

—Entonces, no creo que le sea muy agradable la vida entre nosotros. Desde luego, haría usted muy bien en darse de baja en el casino de señores, donde yo le he presentado, y en prepararse a sufrir el desdén más o menos encubierto de la gente. En cuanto a su mujer y a sus hijas, puedo asegurar que tendrían que tachar muchos nombres en la lista de sus amistades.

—Bien —resolvió don Gustavo—; ¿cómo se lava eso?

—Con sangre —le instruyó amablemente Amaral.

—¿Es lo que aquí se estila?

—Sí, señor.

El ingeniero hundió las manos en los bolsillos del pantalón e hizo sonar las llaves.

—¡Qué fastidio, caramba, qué fastidio! ¿Quiere usted decir que tengo que matar a Gertrudis?

—Quiero decir que es usted un marido engañado; y me extraña mucho que no lo reconozca así espontáneamente —respondió con impaciencia Rogelio.

—No se incomode; perdone que moleste su autoridad, mayor que la mía…

Haré… lo que deba hacerse. Soy un español; soy un caballero español. Y un ciudadano que ama la disciplina. Yo le pregunto únicamente: ¿es obligatorio o potestativo exterminar en estos casos a la señora?

—Más bien obligatorio.

—Pues… ni una palabra más. Lo peor es que… no sé cómo…, cómo hacer el lavado ese… ¿Conoce usted algún procedimiento sencillo?

—¿Qué quiere usted que le diga? Sé… lo que todo el mundo; lo que cualquiera puede leer en los periódicos…

—Lo clásico es estrangular a la culpable, ¿no es cierto?

—Creo que sí.

—¡Oh, no podré nunca!… ¡Me crispa pensarlo!

Se frotó las manos como si ya sintiese en ellas el contacto con la garganta torturada. Luego agregó, con un suspiro:

—Sufriré mucho, pero es necesario; hay que respetar las costumbres… De todas maneras, muchas gracias por haberme avisado. Quedo muy reconocido… No querría que nadie tuviese que echarme en cara que no sé portarme como un caballero español.

Rogelio sintió un impulso generoso.

—Querido Kaufman —habló—, no me gustaría que procediese usted a ciegas en una cuestión tan delicada. Voy a facilitarle una bibliografía abundante para iluminar su conciencia.

Le condujo a la biblioteca, le entregó los dramas de Calderón de la Barca, los de don José Echegaray, y le señaló una estantería repleta de volúmenes:

—Ahí están reunidas las novelas que tratan de infidelidad y engaños conyugales. Obtendrá usted sabrosas enseñanzas de esa lectura.

A la hora de la cena apareció el señor Kaufman con los ojos hinchados, como suelen tenerlos las personas que se levantan de leer o de dormir mucho. Comió con gran apetito y no hizo ninguna alusión a sus recientes estudios acerca de tan importante materia. Amaral se decidió a insinuar:

—Confío en que haya hallado algo de interés…

Y don Gustavo afirmó, entornando los ojos y moviendo ponderativamente la cabeza:

—¡Cosa buena, amigo Rogelio; cosa buena!

Pero lo dijo así, con una frase tan vaga, que nadie podría saber si se refería a los remedios para males de honra hallados en los libros, o al gigantesco sollo que estaba devorando en tal momento.

«Al menos —pensó Amaral—, dormiré tranquilamente esta noche, porque este desventurado no podrá ni cerrar los ojos.»

Sin embargo, el ingeniero remedó diez veces cada minuto, durante nueve horas, sin más instrumento que su garganta y su nariz, el estrépito de un tren que entrase en agujas. Perdida la calma, Amaral se aproximó a la puerta que comunicaba ambas

alcobas, y produjo insistentemente ese chasquido de lengua con que se suele espantar a los perros, y que, según algunas personas, es eficaz para reducir al silencio a aquel que ronca. Pero la verdad, es que mi ilustre amigo no tuvo ningún éxito. Y ya se levantaban los puños para golpear las tablas de la puerta, cuando recordó que, al fin, don Gustavo era su huésped, y volviose al lecho, pensando con melancolía:

«¡Es un inconsciente!».

No obstante, como conozco, la grandeza de alma de Rogelio, no creo que influyese la mala noche pasada en el severo tono con que preguntó a Kaufman cuando saboreaba el aperitivo:

—¿Quiere usted volver a la biblioteca?

El señor Kaufman se agitó en su butaca, un poco pálido.

—No —dijo—. ¿Para qué? Ya tengo bastante. Estoy decidido a cumplir con mi deber patriótico. Mataré a Gertrudis para que nadie tenga un mal concepto de mí.

Rogelio estrechó solemnemente sus manos. Preguntó en voz baja:

—¿Cuándo?

—Me es igual. Ahora no tengo nada que hacer. Puedo matarla ahora.

La señora Kaufman apareció en el comedor, saludó amablemente y ocupó un sitio en la mesa.

—Ahí está —susurró don Gustavo—; manos a la obra… ¿Permite usted que me excite antes un poco…? Porque así, en frío…

—Excítese usted —toleró bondadosamente Rogelio.

Kaufman golpeose con violencia los costados y se lanzó en un paseo frenético por el amplio comedor. Pronunciaba frases cortadas, con las que sin duda quería encender su propia cólera:

—¡Soy un caballero!… ¡Soy un caballero!… ¡Engañarme a mí…! ¡Hacerme leer veinte dramas y cien novelas, todas de adulterio…! ¡A mí…!

Comenzó a saltar sobre las sillas.

—¡Y aún quedan más novelas! ¡Hay que hacer una barbaridad! ¡Soy un español ofendido…! ¡Lavemos la honra! ¡Lavémoslo todo!

Derribó un jarrón, que se hizo añicos.

—¡Amigo mío! —suspiró Amaral.

—Voy —ofreció él, como en un aparte.

Corrió hacia su mujer, que le miraba sorprendida, y le rodeó el cuello con sus dedos.

—¿Qué haces, querido? —preguntó ella.

—¿Que qué hago? ¿Cómo qué hago? ¿Te atreves aún…?

De pronto la soltó, le dio un pellizquito en una oreja y se frotó las manos, como si sintiese en ellas frío.

—Bueno. Sentémonos a comer —exclamó, sonriendo.

Pero antes llevó a un rincón a Rogelio para explicar:

—No estoy preparado, ¿sabe usted? No puedo entrar en situación. Después…,

más tarde…

A la hora de la siesta le consultó:

—¿Es absolutamente preciso que la asesine cara a cara, o puedo emplear algún subterfugio?

—Creo poder asegurarle a usted —eludió Amaral— que todos los procedimientos son en estos casos igualmente plausibles. Hay quien idea venganzas sobrias; quién, refinadas; quién, discretas; quién, clamorosas… Depende de los temperamentos. Pudiéramos decir que ese es un detalle secundario.

El señor Kaufman le oyó respetuosamente.

—Mucho le debo, amigo mío. Si por usted no fuese, no se me ocurriría nunca matar a mi mujer, y mi reputación quedaría para siempre manchada. ¡No sé cómo expresarle mi gratitud!

—¡Oh, no vale la pena! Cumplo con mi deber de amigo.

—Gertrudis querría también darle gracias.

—¿Gertrudis?

—Sí; ella sabe cuánto hace usted por nosotros. He ido a su cuarto después de almorzar y le he explicado la situación. Al principio pareció contrariarle un poco, pero yo le dije: «Si fuésemos indios, te harías quemar sobre mi tumba, porque esa es la costumbre; si fuésemos esquimales, tendría que ofrecerte a mis huéspedes en su lecho, porque esa es la costumbre. Somos españoles: hay que practicar las costumbres de España».

—¿Y qué dijo?

—Caviló un momento y resolvió: «Gustavo, quizá hubiese preferido ser una pobre esquimal; pero… ya no hay opción, y pienso como tú piensas; únicamente te ruego que me suprimas sin que pueda advertirlo, porque no respondo de quedarme quieta, y si, al darme cuenta de la agresión, te abriese la cabeza con cualquier cosa, sería poco digno para los dos».

—Su señora tiene un alma grande —reconoció Amaral, seducido por aquel relato.

—Entonces… ¿puedo apelar a la sorpresa?

—¿Por qué no?

—¿No será incorrecto?

—¡Oh, no!

—¡Gracias, gracias, maestro! —exclamó el señor Kaufman, golpeando con efusión los omóplatos de su amigo.

Desde aquel día la tranquilidad sufrió frecuentes alteraciones en la finca de Los Molinos. Una vez, un árbol gigantesco que Kaufman había serrado y preparado para que cayese encima de su esposa, se derrumbó inoportunamente por culpa de un viento de tronada, rompió todos los cristales de un invernadero y el brazo de un trabajador. Otra vez, mientras Rogelio y Gustavo se encontraban en el salón de billar, se oyeron gritos angustiosos, y el ingeniero apretó significativamente el brazo de Amaral. En aquel instante entró Gertrudis con la nariz fruncida y un vago aire de

disgusto.

—¡Qué olor a quemado! —observó.

El señor Kaufman pudo balbucir apenas:

—¿No estabas en tu alcoba?

—La doncella está arreglándola aún.

—¡Dios mío! —gimió él—. ¡He cerrado la puerta después de rociarla con petróleo, y le he plantado fuego!

—¡Caray! —rugía Amaral, precipitándose al pasillo.

Se pudo evitar que ardiese toda la casa; en cuanto a la doncella, se arrojó por el balcón y no perdió más que una pierna.

Otra vez, mientras merendaban, al mismo tiempo que don Gustavo se levantó para buscar la caja de los puros, su mujer sirvió el chocolate. Al regresar, como el ingeniero los viese dando los primeros sorbos, acercose con prisa, sobresaltado.

—¡Quietos! —gritó.

Se miraron.

—¿Has cambiado de sitio las tazas? —preguntó a su mujer.

—No podría decirlo.

—¿La que tienes en la mano es la que estaba ante ti?

—No me he fijado…; no sé…

—¡Quietos! —gritó otra vez—. ¡Ni un sorbo más! A ver cómo arreglamos esto ahora. Has hecho un lío, Gertrudis, porque ya me será imposible saber cuál es la taza destinada a ti, en la que había sublimado.

Aunque poco más tarde se arrepintió de ello, Amaral escupió apresuradamente sobre el mantel.

—¡Al diablo! —blasfemó—. ¡Ya podía usted proceder con más tino! ¡Me parece que he tragado dos cucharadas de chocolate!

—¡Perfectamente! —vociferó a su vez don Gustavo, encarándose con su esposa —. ¿Por qué te has metido a resolver esto? ¡Así es imposible! ¡Pudo haber muerto don Rogelio! ¡Pude haber muerto yo! ¿Qué prisa tenías?

Veinticuatro horas después Kaufman anunció a su anfitrión.

—Voy a arrojar a Gertrudis al río. Tardaré media hora en volver. Fracasé hasta ahora porque me falta el verdadero coraje español. Pero esta vez es la definitiva.

Y el matrimonio marchó hacia la impetuosa corriente de las aguas. Cuando se detuvieron, en el centro del puente, ella preguntó:

—¿Vas a tirarme al río?

—Sí.

—Entonces…, ¿te has olvidado de que sé nadar?

Él bajó la cabeza.

—Es verdad. Lo he olvidado.

—Sin embargo, Gustavo, tú y yo nos hemos bañado juntos muchas veces, allá, en aquellos países, cuando jóvenes…

—Sí.

Continuaron andando.

—Muchas cosas has olvidado ya, Gustavo; los hijos que te di, los cuidados de que te rodeé y tantos años de ternura, en los que nuestros corazones palpitaron por las mismas alegrías y los mismos pesares…

—Es verdad. Lo he olvidado.

—¿No eres feliz conmigo?

—Muy feliz, querida Gertrudis. Una cosa es lo de la mancha y otra que yo no tengo ningún motivo de queja contra ti. Quede entre nosotros esto que te voy a decir: me molesta muchísimo tener que matarte.

—Es fatigoso.

—Es aburridísimo.

Se cogieron del brazo.

—Gustavo.

—¿Qué?

—¿Te acuerdas de cuando veíamos caer la tarde desde los barrios altos de Stuttgart, y de cómo se iban encendiendo todas las luces de la ciudad?

—Sí; también me acuerdo de la cerveza…, de aquella cerveza… En España es peor…

—¿Cuánto tiempo hace ya que faltamos de nuestra Alemania?

—Siete años.

Comenzó ella a decir, con la voz nostálgica y los ojos abstraídos:

—¿Comprendes bien a esta gente? ¿No te parece, en ocasiones, que el fuerte sol enciende en sus cerebros ideas de locos? Todo lo abultan, lo desfiguran, lo ensangrientan…

Él apoyó, pensativamente:

—Alguna vez, en efecto, me ha parecido que están locos.

—¿No crees que la vida es más lógica en nuestra tierra?

—Más lógica.

Callaron. Y ella insinuó, con una aurora de sonrisa en su rostro, un poco rugoso ya, pero al que los ojos claros daban una ingenuidad imperecedera:

—Si no fuese por la mancha, te propondría ahora…

—¿Qué mancha?

—La mancha…

—¡Ah, sí; esa manchita!

A las diez de la noche regresó el criado que había salido a inquirir el paradero del matrimonio. Amaral le esperaba paseándose impacientemente por el comedor. Estaba seguro de recibir noticias trágicas.

—¿Qué sabe? —preguntó.

—Poca cosa. A las seis merendaron los señores Kaufman en el ventorro del

Lagarto. Después se marcharon corriendo por la carretera.

—¿Corriendo?

—Sí, señor. Media legua más allá encontraron una tartana y se hicieron llevar a la estación de Villapizca.

Hubo un silencio. Amaral ordenó con aquel grave acento con que hablaba siempre a los criados:

—Bien; que me sirvan la cena.

Y el gran señor pensó amargamente, mientras hundía la cuchara en la sopa, que ser un perfecto caballero español es tan difícil, que no en todas partes ni en cualquier raza se encuentra el tesón suficiente para alcanzar esa categoría ni afrontar todos los sacrificios que impone. Mentalmente borró el nombre del señor Kaufman en el registro de su estimación personal. Un simple asesinato, y hubiese seguido siendo un hombre decente. ¿No quiso? ¡Allá él! Amaral arrojó aquel cadáver por la amplia puerta de su amistad codiciada.

¡Honorable amigo! Si yo hubiese decaído alguna vez hasta tal punto en su aprecio, no habría en el mundo caverna bastante honda para ocultar mi vergüenza.

* * *

Apenas había llegado Amaral a la madurez cuando su fortuna sufrió un quebranto definitivo. Obligado a pleitear contra gente de mala fe, ganó tan reiteradamente su causa, que se vio muy próximo a la miseria, porque en cada una de las instancias, al afirmar la Justicia que tenía derecho a un dinero, se quedaba con él la propia Justicia, por lo cual pronto estuvo Rogelio tan colmado de razón como de trampas. El juego contribuyó a su ruina. Amaral defendía su afición a las cartas con teorías muy interesantes, a las que los más austeros no encontraban nada que oponer. Sostenía que elevaba el espíritu y fortificaba las virtudes cristianas, porque después de haber pasado una noche entera persiguiendo una sota sin que la sota ganase, había que creer en Dios como único causante posible de aquella alteración de la ley natural de las proporciones. El jugador es, según Rogelio, el único ser al que, en esta época materialista, le está permitido gozar la terrible impresión de los milagros.

Amaral no tenía buena suerte; pero el elegante desdén para el dinero formaba parte de su perfecta educación. Hoy el amor a los cuartos es pegajoso, mezquino, sobresaltado, y se antepone a todo. Dos ruedas del automóvil del señor Amorós pasaron hace un mes sobre el cuerpo de mi amigo Vélmez. Mi amigo Vélmez pidió cinco mil pesetas de indemnización. Yo le he dicho: «En mis tiempos nos batíamos cuando cualquiera nos pisaba, por un descuido, un pie». Si a alguien entonces se le hubiese ocurrido pedir una peseta después de recibir un pisotón, se vería cercado por el unánime desprecio. Mientras que ahora se valorizan descaradamente más graves atropellos.

¡Qué distinta sería, en caso análogo, la conducta del llorado Rogelio de Amaral! Pero Rogelio de Amaral guardaba su honor como en una fina ampolla de cristal, a cubierto de ataques y contaminaciones, como hoy ya solo se guardan los inyectables. Desdeñaba su propio dinero, pero respetaba el de los demás, y nunca dejó de pagar una deuda. Cuando aquel gran señor comprometía su palabra, podíais estar seguros de que ningún obstáculo impediría que la cumpliese; y esto, dado su carácter violento, era un descanso para todo el mundo, ya que si él decía: «Le voy a abrir a usted la cabeza», sabía uno en qué sentido orientar sus preocupaciones, y no había razón alguna para pensar que quizá le rompiese una pierna o un brazo.

Podría ilustrar con abundantes relatos este aspecto de su psicología; pero acaso sea preferible desglosar de la fronda ejemplar de aquella existencia —como se coge del copioso rosal una flor para un búcaro— un hecho representativo del cual se habló largamente en la ciudad. ¿Cuántos harían hoy lo que entonces hizo Rogelio de Amaral? Temo que nadie.

Jugábamos al bacará en el casino de señores. Era una noche invernal y el agua de la lluvia corría en ondas, como uno de esos modernos visillos de tul, por el exterior de las vidrieras; unos leños ardían en la chimenea, allí donde todos los socios iban a arrojar las colillas, y quizá a escupir; pero daban más calor las orejas de los jugadores, puestas a ese rojo magnífico que el hierro alcanza a los quinientos grados y el perdidoso a las quinientas pesetas. Se estaba tan bien en el salón, qué muchos caballeros afrontaban con beatitud la seguridad de encontrar enfadada a su cónyuge al volver al hogar. Rogelio continuaba inasistido por la fortuna. Desde hacía una semana, las cantidades que hubo de abandonar sobre la mesa de juego eran tan crecidas que todos sus amigos —conocedores también de los quebrantos que le habían producido los pleitos— le suponíamos arruinado. Cierta nerviosidad, en él desacostumbrada, con que hacía las puestas alentaba esta deducción. Cuando quedó un lugar vacío a su lado, me senté, dirigí una mirada al montón de billetes que tenía bajo su pitillera —unas diez o doce mil pesetas— y susurré:

—No va mal hoy, según parece.

Arrugó la cara, en un mohín, y dijo:

—Estas y otras diez mil son todo lo que me queda de la finca de Los Molinos.

Estoy seguro de que, sin la amargura que le producía su constante mala suerte, no hubiera hecho aquella confesión. Nadie sabía que la propiedad de Los Molinos —la última, la que restaba de su patrimonio— hubiese sido enajenada ya, y al oír sus palabras comprendí que el trance era desesperado. Pero como en aquel momento me llevó el *croupier* cinco duros que había puesto al paño, no encontré en mi corazón fuerzas bastantes para compadecer al amigo.

Amaral jugaba sombríamente. Aventuraba grandes sumas sin entusiasmo ni convencimiento, apoyada en una mano la ardorosa mejilla, haciendo después de cada fracaso un leve gesto, con el que parecía proclamar: «Ya lo esperaba». Y esto me indujo a augurarle mala noche, porque en mi larga vida de casinista, rondador de

mesas de juego, no he visto a nadie que ganase sin fe. Los jugadores sin fe no entran en el Paraíso de la Fortuna.

Quizá serían las dos de la madrugada cuando Gil Samaniego ocupó la cabecera de la banca. Solía ser aquella la hora de las grandes apuestas, desembarazado ya el casino de oficinistas forzados a madrugar, hijos de familia, esposos tímidos y jugadores de poca resistencia económica. Samaniego nunca se acercaba a la mesa hasta que el salón quedaba en esa grata intimidad y no existían mirones o eran escasos y tenían su impertinencia moderada por el sueño y la fatiga. Debo decir que no conozco muchos hombres tan imperturbables ante la baraja como Gil Samaniego. Ganaba o perdía frecuentemente fuertes cantidades; hablaba poco y sabía encontrar siempre el gesto más correcto y más sobrio, así en los azares prósperos como en los adversos. Fumaba puros incesantemente. Yo me he fijado en aquellos puros y nunca presentaban huellas de haber sido mordidos. Ahora bien: cuando un hombre que pierde o gana miles de pesetas en una jugada os enseña sin morder el puro que lleva en la boca, podéis jurar que dispone de un magnífico sistema nervioso.

Amaral se animó cuando Samaniego tomó la banca, y sus puestas fueron más crecidas; pero la suerte continuó de espaldas a él. A las tres de la mañana, después de enrollar y estirar muchas veces el último billete de mil pesetas, lo lanzó sobre el tapete, abatió con ocho y ganó; jugó a la dobla y le sonrieron cuatro bazas consecutivas. Consiguió recuperar dieciséis mil pesetas.

—Retire algo, Rogelio —aconsejé en voz baja.

—¿Y qué hago yo con esta miseria? —respondió—. Quiero aprovechar mi cuarto de hora.

Perdió. Delante de él no había en tal instante más que su pitillera esmaltada y manchas de ceniza. Un movimiento instintivo llevó la mano izquierda al bolsillo interior de su americana; pero volvió sin haber realizado la inútil busca. Quedose Amaral unos momentos con expresión alelada, y yo comprendí que la idea de la ruina total había pasado por su cerebro como un viento frío. Samaniego seguía dando naipes a derecha e izquierda, y aparentaba no reparar en él. De repente, Amaral puso los puños cerrados sobre la mesa, avanzó el busto, con los ojos brillantes bajo el ceño fruncido por una violenta decisión, y dijo, en un golpe de voz brusca como un disparo:

—¡Juego!

Le miramos silenciosamente. Gil Samaniego esperó con el índice sobre la carta, dispuesto a hacerla resbalar del cajetín de caoba y cristal, que semejaba un pequeño ataúd. Se oyó respirar con fuerzas a Rogelio. Pasó un minuto. Samaniego preguntó calmosamente:

—¿Cuánto?

Amaral vaciló:

—No tengo ahora dinero para apostar. Sin embargo, podría…

No había en la sala en aquel instante más que seis personas: las dos entre las que

se había entablado el diálogo, el *croupier* que ayudaba a Gil, dos socios que aventuraban cantidades cada vez menores y yo. Amaral, rojo como si fuera a inflamarse, hincó su mirada en la mirada del banquero y propuso:

—Puedo jugar mi mujer.

Hoy esto parece casi imposible, pero entonces era bastante frecuente, y es seguro que cualquiera de ustedes habrá oído hablar de muchos casos semejantes. Un caballero se jugaba sus fincas, sus alhajas y su esposa, y a nadie le extrañaba demasiado. No obstante, si ustedes hubiesen conocido a Inés, la mujer de Rogelio, tan menuda, tan blanca, tan linda, con aquella piel tan suave que era el resultado de muchas generaciones ociosas, bien abrigadas y bien mantenidas, justificarían la emoción que todos sentimos. Todos, no. Samaniego permaneció impasible. Disimuló una cavilación sacudiendo la ceniza del puro y respondió:

—Bien. Fije su valor usted mismo.

—Cinco mil duros.

—Perfectamente. Hagan juego.

No se dijo más. Eran otras edades, amigos míos, y se respetaban mucho estas cosas. Después las ideas han evolucionado, degeneró el sentido del honor, y ya no son posibles los bellos gestos. Dos meses hace que un camarada apurado formuló la misma proposición en un casino. No valoraba en más de mil pesetas el préstamo sobre su esposa, y todos le abandonaron, alegando en voz baja que ella misma no osaba pedir más de cien. En mis tiempos nadie se atrevía a regatear con un caballero el precio de su cara mitad. ¿Cinco mil duros? Pues cinco mil duros. Como si hubiese dicho veinte mil. ¡Ah! ¿Por qué no me decidí a casarme entonces?

Amaral siguió jugando sin tino. Él solo esta vez. Nadie aventuraba un céntimo. Llegó a ganar unas cuatro mil pesetas; pero a las tres y cuarto ya no tenía en su poder más que doce mil quinientas. Entonces pidió un *grog*, y durante unos momentos pareció que solo se preocupaba de verter sobre el ron el agua caliente. Lo que hacía, sin embargo, era meditar. Cuando alzó hasta mí su mirada me dio pena el enorme desaliento que en ella había.

—Es inútil luchar —me dijo—. Creo que perdería todos los tesoros del mundo. Renuncio a seguir jugando.

Me incliné hacia él.

—Óigame, Amaral —susurré—: ¡Dios me libre de mezclarme en sus asuntos; pero creo que es mi deber hacerle una advertencia! ¿Qué ocurrirá si cesa de jugar? Usted ha perdido la mitad de su esposa. La mitad de su esposa pertenece ya a Gil Samaniego, ¿no es así?

—Naturalmente —balbució—; dos mil quinientos duros…

—Samaniego puede reclamarla. Está en su derecho. ¿Qué mitad elegirá? Piense esto, Amaral, que es muy grave. Claro que, retirándose ahora, siempre conservaría usted media mujer; pero ¿sería suficiente para la comodidad con que usted ha vivido hasta hoy? ¿No le resultaría, por lo menos, un poco… así…, un poco extraño?

Rogelio se agitó nerviosamente en su silla.

—Tiene usted razón —suspiró, al fin—; es preciso continuar. O todo o nada.

No creo que a las cuatro de la mañana conservase en su poder más que un brazo de Inés, y aun este brazo se fue hundiendo lentamente, como el de un náufrago; la mano, un dedo, una uñita…, nada… La mujer de Amaral había pasado íntegramente a poder del banquero a las cuatro y veinticinco minutos. Mi caballeroso amigo se puso en pie.

—Buenas noches —dijo.

Samaniego se inclinó correctamente.

—Buenas noches —contestó.

Un criado acercose para recoger las fichas y la copiosa baraja del bacará. Los mirones nos fuimos, llevando en el alma esa levísima felicidad de haber presenciado un agudo episodio de la desgracia ajena.

Rogelio marchó a pie hasta su casa. El aire frío tenía aún menudas gotas de agua y asaltaba bruscamente en las bocacalles el cuerpo del caviloso trasnochador, como si cada ráfaga fuese un ladrón que se hubiese emboscado allí para esperar su paso. Abrió Amaral la ancha puerta y subió lentamente. Le he oído decir después que, triunfando sobre la honda preocupación de su total ruina, su cerebro, en aquella triste hora, únicamente se esforzaba en buscar las más corteses palabras con que dar a Inés la noticia de su traspaso. Antes de entrar en la alcoba, el buen caballero, con una delicadeza que siempre le honrará ante mis ojos, decidió respetar el descanso de su mujer y no decirle nada hasta la mañana siguiente.

Esto pensó. Acercose al amplio lecho de columnas, separó las cortinas y vertió su mirada melancólica en la penumbra que se abrigaba entre ellas. Miró, volvió a mirar, frunció las cejas, escrutó en toda la estancia…

En el lecho no había nadie.

Desde su matrimonio —unos cinco años antes de esa noche—, aquello no había ocurrido nunca. Ante su mirada atónita, la cama conservaba tensa, sin una arruga, la cubierta de seda. Sobre su tono oscuro destacaba tan solo el blanco rectángulo de una carta. Roberto la leyó. Un rudo golpe del corazón por cada letra.

«No me busques —decía—, porque únicamente muerta volverás a tenerme. Es imposible que continúe sufriendo tu abandono y tu vida viciosa. Evitaré afrentarte. Huyo a mi país remoto con otro hombre, y nunca volverá a saberse de mí.»

El noble caballero corrió a la habitación de Teodosio, el viejo criado.

—¿Dónde está la señora?

—La señora salió a las doce de la noche. La he acompañado a la carretera de Castilla. Allí subió en un coche que la esperaba.

—En ese coche estaba un hombre, ¿verdad?

—Señor…

Teodosio tenía los ojos llenos de lágrimas. Pertenecía a esa clase de criados, inexistentes hoy, que hacían suyo el honor de la casa y no reclamaban nunca los

salarios. Cuando Amaral repitió su pregunta, contestó:

—Algunas veces he visto pasear frente a la casa a don Jacinto Riaño, el cosechero. Es posible que fuese él quien aguardaba a la señora.

Poco después, Rogelio volaba en otro carruaje por la ruta de Castilla. No había amanecido aún, y la solitaria carretera, perdida en la sombra y desleída en la lluvia, sobrecogería el ánimo de un postillón. Pero Amaral no prestaba atención al tumulto del viento ni al agua que batía en los cristales de las portezuelas, no oía las voces con que el cochero hostigaba a los veloces caballos. Pensaba únicamente en la situación dificilísima que su mala suerte le había creado y calculaba las escasas probabilidades que le quedaban de salir de tantos apuros con un mínimo de prestigio.

A las nueve de la mañana, como hubiesen llegado a una venta, habitual albergue de carreteros, quiso detenerse Amaral para comprobar si los fugitivos seguían verdaderamente aquella dirección. Una moza que servía bajo el porche a varios arrieros confirmó que cuatro horas antes se había parado ante la venta un coche en el que viajaban una dama y un caballero, que ella había pedido una infusión de tila y él una taza de café, que tomaron sin apearse; después de lo cual, el coche había arrancado velozmente.

—Ellos eran —murmuró el caballero.

Y siguió la marcha.

A las once llegaron a un pueblecito donde fue preciso sustituir por otros los cansados caballos. Mientras, Rogelio almorzó ligeramente en un café inmediato y no consideró ocioso inquirir del camarero si los perseguidos habían pasado por allí. El camarero recordó fácilmente haberlos visto.

—Estaba abriendo el café —dijo— cuando ellos llegaron. Era una pareja bien portada. Sentáronse unos minutos en aquella mesa del rincón. La señora bebió una taza de café, y el caballero, una copa de pipermín.

—Una copa de pipermín, ¿eh? —rugió el digno señor.

Y corrió a dar prisa al cochero.

Serían las dos de la tarde cuando el carruaje en que iba el infortunado marido traqueteó sobre las calles de una ciudad. Fue tarea difícil para Rogelio descubrir en ella la pista de los amantes. Dedicose a recorrer las fondas, y llevaba ya cincuenta minutos perdidos en esta inquisición cuando en una de ellas, retirada y silenciosa, propicia para quien, mejor que comodidades, buscase escondrijo, le informaron que un caballero acompañado de su dama, sin más equipaje que un cabás, había solicitado alojamiento tres horas antes.

—¿Están en la casa? —preguntó, anhelante, Rogelio.

—En la casa están —aseguró el fondista—. Ahora acaban de pedir una botella de pipermín y dos copas.

—¡Ah! —murmuró Amaral—, entonces no puedo quejarme demasiado de mi suerte. ¿Qué cuarto es el que ocupan?

—El número seis. Primer piso.

Amaral brincó las escaleras. Ante la puerta señalada con el número seis se rehízo, compuso su rostro alterado por la ira, y llamó.

—¿Quién? —preguntó desde dentro una voz femenina.

Al conocerla, las palabras se ahogaron en la garganta del buen caballero.

—¿Es el pipermín? —indagó una voz masculina.

—¡No! —bramó entonces Rogelio.

—¿Es que no lo hay? —demandó con acento contrariado la misma voz.

—Es que…, ¡abra usted! —ordenó el marido.

Hubo un silencio. Después se oyó cuchichear. Rogelio agregó, uniendo su boca a la rendija de la puerta:

—Si antes de un minuto no han abierto ustedes, hundiré estas tablas de un empujón.

Entonces la voz masculina, un poco demudada, exclamó:

—Nada de escándalos, señor Amaral. Abriré, pero necesitamos más de un minuto para estar presentables.

—¡Ni un segundo más!

—En ese caso, perfectamente.

La puerta se abrió, y Rogelio volvió a cerrarla detrás de él.

Jacinto Riaño se inclinó ligeramente para decir:

—Estoy a su disposición.

Pero Amaral, como si aún no hubiese reparado en su presencia, dirigiose a su mujer, acurrucada en un rincón del cuarto, y ordenó con imperio:

—¡Sígueme!

Inés irguiose al oírle, perdido súbitamente el miedo que antes empalidecía su rostro.

—¡No te seguiré! —dijo—. Ocurra lo que ocurra, jamás volveré contigo. Puedes matarme o entregar mi nombre al escarnio; pero nunca me tendrás a tu lado otra vez, porque en mi corazón no hay para ti más que rencores.

El digno caballero dio un paso hacia ella. Riaño se interpuso.

—Ya ha oído usted —habló— la decisión de Inés. Mi deber es defenderla. No saldrá de aquí, mientras yo esté vivo, como no sea por su propia voluntad. Usted trae, seguramente, su revólver; yo tengo el mío; vámonos a las afueras de la ciudad y resolveremos el asunto.

Amaral contestó con una calma extraña:

—En cualquier otra ocasión no sería usted el que pronunciase esas palabras; pero ahora no las puedo atender. Verdaderamente, no debo considerarme más que como el depositario de mi esposa. Inés ya no es mía. Esta madrugada la he jugado al bacará, y la he perdido.

Aprovechando el estupor de sus oyentes, siguió Rogelio:

—Podría matarlos a ustedes; pero, en cierta manera, cometería una estafa. Mi mujer, con varias costillas rotas o con un balazo en la cabeza, sería seguramente

rechazada por mi acreedor. Supongo que no será preciso recurrir a la violencia para que ustedes sean razonables. Dígame, Riaño: ¿sería usted capaz de llevarse una cucharilla de mi casa?

—¡Oh! —protestó Riaño, justamente ofendido.

—Pues lo que usted hace ahora es muy parecido, aunque algo más grave. ¿Qué ocurrirá si yo no entrego a mi mujer, con arreglo al compromiso que contraje? Dirán quizá que soy un fullero, un jugador de mala fe… Quedaré deshonrado. Ustedes saben que las deudas del juego son deudas de honor.

—Es cierto —murmuró Riaño con el ceño fruncido.

—Usted habrá intentado más de una vez llevarse la mujer de su prójimo; pero jamás habrá dejado de pagar sus deudas de juego.

—¡Jamás! —protestó Riaño—. Son cosas muy distintas.

Inés, caída la bella cabeza sobre el pecho, escuchaba preocupadamente. Al fin, intervino para preguntar:

—¿Contra quién has jugado?

—Contra Gil Samaniego.

—¿Uno alto, moreno, de ojos grandes…?

—Sí.

—¿Que suele pasearse a caballo por la Alameda?

—Sí.

—¿El mismo de quien estaban enamoradas la hija del gobernador militar y la sobrina del canónigo Páez?

—El mismo.

Inés elevó su mirada, llena de santa resignación, hasta su amante.

—Jacinto —suspiró—, tiene razón Rogelio. Se trata de una deuda de honor y no debemos impedir que la pague. Si ahora me llevases contigo, sería como si le hubieses sustraído la cartera, y yo quiero acordarme de ti siempre como de un hombre honrado.

Fue entonces el raptor quien abatió con triste asentimiento la cabeza. Amaral exclamó, nerviosamente:

—No hay tiempo que perder. He de estar de regreso antes del alba.

Salió con su mujer en el mismo instante que el camarero entraba con la botella. Poco después corrían por el camino real. Más de una vez Rogelio consultaba su reloj y se asomaba a la ventanilla para estimular al cochero. Cayó el sol; entró la noche por el cristal del carruaje… Inés dormitaba. Rogelio encendía un cigarrillo tras otro cigarrillo, y miraba el reloj. Cuando los caballos se detuvieron al final del viaje, saltó Amaral a la acera y golpeó fuertemente la puerta de una casa. Cinco minutos más tarde, Samaniego los recibía en su despacho.

—He aquí a mi señora, que he perdido anoche.

Samaniego se inclinó.

—Póngala usted ahí, en esa butaca —dijo.

Inés, ruborizada, le miró rápidamente y sonrió un poquitín, nada más que un poquitín, porque era una verdadera señora.

Después, Gil Samaniego fue a acompañar a su ex deudor hasta la escalera. Y en la escalera le detuvo Amaral y le mostró el reloj.

—Le invito a usted a comprobar que aún no ha terminado el plazo de veinticuatro horas en que deben quedar canceladas las deudas de juego. Son las cuatro y veinte de la mañana… Faltan, por tanto, cinco minutos…

Samaniego le interrumpió con un fuerte apretón de manos. Declaró con la sencillez de un firme convencimiento:

—Es usted un hombre de honor.

* * *

Sí; os digo en verdad que aquellos eran otros tiempos.

IV

Cuando Rogelio de Amaral se hubo arruinado comenzó a bullir en él una afición irreprimible al estudio de los problemas políticos y sociales.

Los caminos por donde se acercaban al poder los grandes conductores de muchedumbres no son menos misteriosos que los demás con que el Destino forma una invisible red en la historia de las naciones. Llamamos casualidad a la conclusión de un silogismo cuyas premisas no puede explicarse nuestra pobre razón. Pero ellas existen, incontenibles y poderosas. Mucha gente se ha arruinado sin que tan vulgar fenómeno influyese en la marcha de un pueblo. En cambio, al quedar reducidas las rentas de Amaral a cincuenta duros mensuales nació un estadista. Hay condiciones que están latentes en el alma hasta que un clima especial las desarrolla. Rogelio dijo un día —a fines de mes— en el casino:

—Esto marcha mal.

Y ocurrió un fenómeno extraordinario que revela no solo la sagacidad del juicio de nuestro biografiado, sino sus grandes dotes persuasivas y el dominio que ejercía sobre los auditorios.

Ocurrió que ninguno de los doce o catorce socios de distintas edades y profesiones que, derrumbados en las butacas, le oyeron pronunciar esta frase, disintió de él. Allí donde todas las teorías eran puestas a discusión; todas las reputaciones, analizadas; todos los apotegmas, cacheados; allí donde las verdades más antiguas y las más recientes eran implacable y gritadoramente revisadas, y el axioma representaba una categoría inadmisible, nadie discrepó de la gravísima afirmación de Rogelio. Por el contrario, corrió un rumor aprobatorio por la tertulia, y hasta el señor Lebrija, que parecía ajeno a toda idea profunda, abismado en la contemplación de las páginas de modas femeninas de un hebdomadario, movió lentamente la cabeza, sin apartar sus ojos de un modelo de *soutien* de encaje.

—Esto marcha mal —había dicho Rogelio.

Hubiera querido añadir mucho más, desenvolver el tema con las ideas —demasiado confusas quizá— que acudían de todos los rincones de su inteligencia para asomarse a aquella ventana que acababa de abrirse sobre la verdad. Le amargaba el sabor de la protesta que invadía su alma. Iba a continuar de esta guisa:

—Está uno aquí, sin dinero…

Pero se limitó a hundir definitivamente de un salivazo la cubierta de un paquete de cigarrillos que había quedado indecisa en el borde de una escupidera.

Las facultades de propaganda de Rogelio de Amaral se acentuaron vivamente después de algunos bondadosos ensayos que quiso hacer para evitar que se derrumbase su fe en los destinos de la patria. Inscribiose en el partido liberal y se ofreció insistentemente para desempeñar la plaza de director de los establecimientos de beneficencia. El partido liberal, cegado por esa incomprensión que tantas veces ha precipitado la ruina de los pueblos, prefirió regalar la prebenda a un yerno de su

presidente. Rogelio retrocedió, espantado, hacia el partido conservador. Quiso la suerte que por aquellos días se le ofreciese ocasión de prestarle un buen servicio, brindándose abnegadamente para llenar la vacante de inspector de mercados. La plana mayor del partido defendió con terca obstinación la especie de que Amaral no buscaba otra cosa que un medio de aumentar sus ingresos, tan mermados por la adversidad. Pero lo cierto es que si se entretuvo en procurarse informes detallados del sueldo, y otros más difíciles y subrepticios a propósito de las liberalidades que los mercaderes solían tener con el inspector, fue, sencillamente, por darse a sí mismo tiempo para pensar si contaría con fuerzas para soportar el duro sacrificio que representaba la aceptación de un cargo tan notoriamente inferior a la categoría social en que su nacimiento y su educación le emplazaban. Su sacrificio resultó, sin embargo, inútil, porque el partido conservador, con esa venalidad característica de las épocas de crisis —muy frecuente también, según afirmaba Rogelio, en los años que antecedieron a la caída del Imperio romano—, decidió con los votos de sus concejales que el nombramiento recayera en un hijo del presidente, que se quería casar en seguida. Con su fina comprensión de la Historia, Amaral adivinó que en el cielo de España una mano había escrito, después de tales imprudencias, las mismas palabras fatídicas que destellaron en las paredes de cierto palacio de Babilonia, en el transcurso de un memorable banquete.

Entonces fue cuando Amaral abrazó el apostolado de la propaganda.

Resulta muy difícil explicar los fines y aun el procedimiento de esta propaganda. Rogelio no escribía artículos, ni pronunciaba discursos; pero se presentaba frecuentemente en la Redacción de *El Monitor*, donde fumaba cigarrillos, se enteraba de las noticias y alentaba la agresividad de los redactores con una frase invariable, referida a todos los que gobernaban el país:

—Hay que pegarles fuerte.

En el casino y en los cafés deslizaba infundios, sembraba rumores, gemía truculencias, pronosticaba catástrofes. Después se dijo que Amaral no había hecho absolutamente nada que fuese útil para el triunfo de la revolución, porque sus lamentaciones y sus profecías —se llegó a expresarlo así— no pasaban de chismorreos de viejas. Esta interpretación siempre la he rechazado como apasionada y viciosa, porque si hubiésemos de atenernos a ella, tendríamos que negar eficacia a Jeremías. En apariencia, Jeremías no hizo más que correr, vaticinando desdichas y anatematizando conductas, alrededor de las murallas de Jerusalén. Sin embargo, nadie sino él puede jactarse de haber hecho caer por tal procedimiento los fuertes muros. Quizá alentado en lo profundo de su patriotismo por tan elevado ejemplo, seguro del valor representativo de todos los episodios bíblicos, Amaral no quiso nunca apelar a otros medios para conseguir el cambio por que suspiraba en la vacilante marcha del país.

Pasado mucho tiempo, cuando ocurrió todo lo que tenía que ocurrir y las aguas de la riada revolucionaria volvieron a su cauce, no faltó tampoco quien tachó de

interesados y enloquecidos los elogios que *El Monitor* dedicó a la vasta cultura y a la asombrosa capacidad política de Rogelio, achacando estos encomios a las prebendas con que nuestro biografiado benefició al director de aquel periódico. Se le culpó de mantener «una serena indiferencia ante todos los conocimientos». No; no fue así. Amaral, como todos los grandes transformadores de pueblos, sobresaltó con sus métodos la comodidad del fariseísmo, y esto explica la dureza con que le han juzgado personas de respetable apariencia. Rogelio estudió mucho. Rogelio se preparó en todos aquellos días para desempeñar la alta función que le tenía reservada el Destino, como si hubiese llegado ya a su subconsciente el aviso de las grandes empresas que le esperaban. Después de leer los periódicos de Madrid gratuitamente, en la Redacción de *El Monitor*, donde se presentaba cuando nadie había llegado aún, invertía todo el tiempo que solían tardar en entrar los redactores, hojeando los gruesos tomos del Diccionario Enciclopédico. Así fue como aumentó el caudal lacustre de su espíritu con la afluencia de pequeños, pero numerosos chorritos de sabiduría. Discernió las más diversas y sorprendentes materias, desde la cristalografía a la numismática. Supo lo que era un proboscidio, podía hablar de la catedral de León con un tecnicismo impresionante, a pesar de no haberla visto nunca, y en una tarde de tedio se aprendió —aunque jamás llegó a usarlas— estas dos chocantes palabras: *engibacaire* y *zamborotudo*, que quedaron para siempre en su memoria, como esos antiguos relojes de porcelana, sin manecillas ya, que se exhiben sobre el mármol de las chimeneas.

—Es curioso —me dijo una vez—. He sido constantemente generoso de mi modesto saber; he comunicado a los menos doctos cuanto yo conocía. Pero en mi larga vida no se me ha presentado ocasión de colocar en cualquiera de mis frases esas dos palabras. Y he hablado con millares, con millones de personas, jóvenes y viejas, analfabetas e instruidas. ¿Qué impresión causarían si las pronunciase? Lo ignoro. Pero no me arrepiento de tenerlas entre mis modestos conocimientos, porque la cultura está en parte formada por cosas así, de apariencia inútil. Y hasta diría que les tengo cariño. Frecuentemente, a solas, repito muchas veces: «engibacaire»…, «zamborotudo»… Creo que tengo, en cierta manera, el placer de los coleccionistas que poseen, bien guardado, algún ejemplar único.

Este fenómeno era, en verdad, tanto más extraño cuanto que Amaral —según sus mismas afirmaciones— vaciaba los bolsillos de su inteligencia en las manos de los indigentes con la despreocupada impaciencia de un pródigo. El Enciclopédico le hizo comprender que la Humanidad desconocía una increíble cantidad de cuestiones, y apenas asimilaba en las páginas de aquellos volúmenes la suficiente cantidad de noticias acerca de cualquier tema interesante, se apresuraba a difundirlo con ansiedad que, si a veces le obligaba a faltar a la congruencia, era siempre instructiva y recreativa para sus amigos.

Puede decirse que era un vulgarizador impaciente. Padecía verdadera incontinencia erudita. Los entomólogos han alabado mucho el desprendimiento con que la hormiga que retorna a sus galerías con el buche lleno de miel, lo vacía en las

bocas de las compañeras que encuentra en el camino. Amaral remedaba esta generosa conducta con sus amigos.

En cuanto había leído, por ejemplo, algunas interesantes referencias en el tomo del Diccionario que aclaraba el sentido de todas las palabras que comienzan con *m*, salía en busca de conocidos o arrastraba a pasear con él a cualquiera de los ociosos que languidecían en el casino. Se apoyaba entonces en un accidente fortuito para expeler su sabiduría. Evolucionaba insensiblemente para acercarse a algún mendigo, le alentaba con una hipócrita mirada de compasión, se dejaba acosar todo el tiempo necesario para que su acompañante lo advirtiese, y luego rechazaba al pedigüeño con impacientes voces.

—¡Uf, qué plaga! —gruñía.

—Es un abuso —comentaba el amigo, por decir algo.

Y esto bastaba.

—Tiene usted razón —apresurábase a decir Amaral, calurosamente—; es un abuso. Es la más exacta calificación. Un abuso contra el cual nada se puede. ¡Y cuidado que se han realizado esfuerzos para reducir, para contener la mendicidad!… Por el momento, recuerdo una ordenanza dictada por los franceses en 1351, que obligaba a todos los mendigos válidos a dedicarse al trabajo o a salir de París en el término de tres días. El quebrantamiento de esta disposición se castigaba la primera vez con la cárcel; la segunda, con la picota; la tercera, con la oprobiosa marca de fuego. Nada se consiguió. En España, Felipe II prohibió pedir en las iglesias y señaló a los mendicantes un campo de acción de seis leguas en torno al lugar de su nacimiento. En los tiempos de Carlos II, era precisa una licencia especial para mendigar en la corte. Pues bien: nada de esto impidió que en el siglo XVII no hubiese en nuestro país figón, despensa o bodega a la que no se adscribiesen parasitariamente dos o tres mendigos. Y no crea usted que es la falta de ocupación mejor la que los empuja a esa vida. Un filántropo francés hizo una experiencia curiosa: comprometió a varios industriales y comerciantes a que facilitasen trabajo durante tres días a los mendigos que él les enviase con una tarjeta. Repartió 727 cartulinas. Solo 18 de aquellos individuos trabajaron los tres días. El dato es revelador.

—¡Oh, qué curioso! —murmuraba el amigo, muy impresionado.

En ocasiones, la vida circundante no facilitaba pretextos para devolver los conocimientos que Amaral había acomodado momentos antes en la bolsa de pelícano de su memoria. Es muy difícil, en el prosaico panorama de las ciudades, encontrar una ocasión de referirse directamente al megaterio. Pero Amaral no por eso privaba a sus contemporáneos de los informes científicos que poseía. De cualquier detalle hacía un carril por donde se dirigía velozmente, con insospechadas concatenaciones de ideas, a sus fines didácticos. Una jaula donde languideciese un pájaro era suficiente punto de partida. Se inmovilizaba ante ella, interrumpiendo su paseo, con aire preocupado y caviloso. Si el amigo no concedía importancia a su actitud y se abismaba en la contemplación de un escaparate o, en espera al borde del arroyo,

incurría en la frivolidad de piropear a las muchachas que pasaban, Rogelio procuraba intrigarle, bien moviendo repetidamente la cabeza, bien prorrumpiendo en una contenida risita. Hasta que el amigo, arrastrado por la curiosidad, acudía también a examinar la jaula.

—¿Qué mira usted?

—No…, nada…; un canario.

—Es un jilguero.

—Bueno, un jilguero; es igual. No pensaba en eso. Me reía reflexionando acerca de las dimensiones que habrían de tener las jaulas si al hombre primitivo se le hubiese ocurrido encerrar en ellas a los animales de su época. Suponga usted que quisiera colgar un megaterio, todo un megaterio…

—Pero ¿el megaterio cantaba?

—No, no podía cantar; no creo que cantase. Era un monstruo de cinco metros y medio de largo, que no tenía más que molares. Erguido sobre las patas traseras, apoyado en su fuerte cola, devoraba las ramas de los árboles jóvenes, en una actitud que nos helaría la sangre en las venas si pudiésemos verlo. En Madrid debe de conservarse aún el esqueleto primero que se descubrió. Fue en la Argentina, cerca de Buenos Aires, a orillas del río Luxán.

Los amigos exclamaban más de una vez:

—Muchas cosas sabe usted, Amaral.

Y él se encogía modestamente de hombros. Pero otro día, jugando al billar, hablaba de la venta del bacalao, cuando el Estado decretó el monopolio de 1824. Y abría brechas, laboriosas en una discusión política para explicar todo lo concerniente a la *ceratitis capitata*, o gusano de los melocotoneros, o, a propósito de la poesía de una señorita de Cáceres, que publicaba *Blanco y Negro*, narraba la biografía de un tal Baggesen, escritor escandinavo del que nadie había oído nunca nada malo ni bueno.

Todo esto le creaba una reputación. Lebrija había exclamado una vez, después de oírle disertar durante un cuarto de hora acerca de un filósofo turco:

—Si yo supiese la mitad de lo que sabe usted, no me contentaría con menos de ser ministro.

Amaral movió melancólicamente la cabeza y no respondió.

El disgusto que torturaba el ánimo escrupuloso de Amaral por la marcha de los asuntos públicos acongojaba también a la mayor parte de los ciudadanos. Acaso puede decirse que, a partir de aquella época, tan poco estudiada, en que la península estaba principalmente poblada por conejos, los españoles no tuvieron motivos bastante poderosos para rebosar alegría. Hacia el final de su vida, después de extractar su amplia experiencia, Rogelio solía afirmar muy seriamente que somos un país de tipo colonial, donde el producto «gobernante» (esto es, el buen gobernante) está tan fuera de nuestra fauna como el oso blanco, y que así como importamos el caucho, y el petróleo, y el almizcle, y las perlas, y el caviar, y las óperas, y tantas y

tantas cosas que no alcanza a crear nuestro clima, así deberíamos buscar en otros países hombres capaces de comprender nuestra conveniencia y de procurárnosla. Comprar un presidente del Consejo como se compra una piña de América; encargar un ministro de Hacienda como se encarga un tití. Y yo creo que esta fue una de las ideas más lúcidas del inolvidable maestro.

Pues bien: el disgusto en que siempre hemos vivido se hacía entonces más denso y más agudo, y amenazaba cuajarse en una de esas revoluciones que con tanta frecuencia cambiaron bizarramente los nombres de las calles en las populosas o humildes ciudades de España.

Los más decididos se arriesgaban en conspiraciones temibles. Se conspiraba en Madrid y en todos los pueblos desde hacía dos o tres años, y si aún no se había avanzado mucho era porque —como sabe cualquiera que haya intervenido en estas cuestiones— ese tiempo resultaba insuficiente para llegar al necesario acuerdo acerca de los cargos que habían de desempeñar los conspiradores cuando sus propósitos triunfasen. La frase pronunciada un día por Rogelio en el casino brotaba ahora espontánea y conminatoria de todos los labios:

—Esto marcha mal. Esto marcha mal —se oía en todas las provincias, en todos los cafés, en todas las tiendas de comestibles, en todos los hogares.

El Monitor, sensible como una veleta al viento de la opinión pública, entoldaba su ministerialismo. Algunos bancos decidieron no pagar a nadie, con la tozudez de un mulo que arroja su carga, y los consejeros, antes de salir para la Costa Azul, explicaron a los periodistas —con el mal humor de un cazador que ya está apuntando a una pieza y oye disparar un barreno— que ellos no tenían la culpa de que unos cuantos revoltosos hubiesen asustado al dinero, el ser más tímido y sensible que se conoce. Asustado el dinero, ¿qué cabía hacer? Usted deposita su dinero en un banco, y cuando tiene necesidad de él, procura acercarse despacito a la ventanilla por donde asoma la cabeza —tal un ratón en su agujero—; baja usted rápidamente el brazo y se lo lleva, pataleando en el aire, como un conejo suspendido por las orejas. Pero si usted entra en el banco apresurado, descompuesto, con el recelo en la mirada y la impaciencia en las manos, el dinero se asusta, se retira, se va quién sabe adónde. Ninguno de aquellos periodistas habían tenido nunca dinero en un banco. Anotaron las explicaciones con un murmullo de comprensión: «¡Claro, claro!…». Y escribieron acerca de la timidez del dinero largos y reveladores artículos, muy parecidos a los que pudieran pergeñarse a propósito de la psicología de las liebres.

Como siempre ocurre en casos análogos, el mesianismo del pueblo se había acrecentado. Nacía una fe difusa y vigorosa en hombres mal conocidos aún. Se creía ver un salvador en cada abogado palabrero, en cada ateneísta pedante, en cada general ambicioso. *El Monitor* señaló a la atención de la gente a un hombre encarcelado por hurto de jamones y en cuya casa se había encontrado una bomba deficientemente cargada. Aquel sujeto se apellidaba Cornellá y aún no tenía título de vecindad en el pueblo. Un reportero de *El Monitor* le interviuvó en la cárcel y recibió

de él sombrías confidencias acerca del porvenir de las naciones. En las paredes de la celda había escrito con un tizón sentencias impresionantes: «Uníos y venceréis», «La cultura es un derecho; la felicidad, un deber», y esta observación irrefutable: «¿En qué artículo del Código se dispone que la sangre del preso ha de ser chupada por las chinches?». Esta idea debía de obsesionar un poco a Cornellá, porque estaba desarrollada en diferentes expresiones. Así, podía leerse también, en letras más grandes: «¡Encarceladme, pero no me parasitéis!». Y otra conclusión: «La justicia social con que soñamos rechazará la colaboración de las chinches».

El periodista era un hombre que padecía el temor de ser acusado de insensibilidad para las ideas de su tiempo, lo que llevaba a admitirlas todas, en la duda de cuáles serían las acertadas. La hosquedad lacónica con que fueron contestadas sus preguntas, el mismo desdén con que Cornellá pareció recibirle y la tendencia de aquel individuo a expresarse con máximas, despertaron la admiración del reportero. *El Monitor* —que iba limando suavemente sus amarras con la situación que periclitaba— afirmó que en la celda número 16 las autoridades habían encerrado a un filósofo. Otros diarios de Madrid a los que fue telegrafiada la noticia reprocharon al Gobierno la detención de un sociólogo tan preclaro como el señor Cornellá.

El Monitor recogió estos comentarios y, apoyándose en su autoridad, exaltó «aquel cerebro que en la lobreguez y el silencio de la prisión preparaba doctrinas que enseñasen una mejor manera de regir el mundo». El corresponsal gráfico de las revistas cortesanas —que nunca podía enviar nada más interesante que «grupos de jóvenes que asistieron a los bailes de Carnaval»— remitió cinco copias de una fotografía de Cornellá, que, una vez publicadas, aumentaron en cinco duros sus míseros ingresos. Cornellá se creó un renombre. Cierto catedrático alemán llegó a escribir una carta pidiendo la colección de sus obras. Lamentablemente, solo se habían publicado dos breves epístolas, que envió a *El Monitor*, quejándose de la mala calidad de la comida que les daban en la cárcel.

El descontento cundía. En la ciudad donde vivía Amaral también se conspiraba, y nuestro héroe tomó parte muy activa y meritoria en el complot. Es un hecho probado que él alquiló su tílburi en cuarenta duros mensuales al coronel García, comprometido en la intentona, y que necesitaba ese medio de trasladarse, sin inspirar sospechas, a la casa de campo donde se reunía la comisión. La creencia, muy extendida, de que Amaral no sospechó nunca que su tílburi estaba mezclado en la revuelta fue desvanecida por el ilustre caballero con una incontrovertible argumentación. Limitose a decir que era tan triste el aspecto de su viejo cochecito —invendible resto de su pasada opulencia—, tanta crin había salido ya por los desgarrones de su almohadón de gutapercha, tanto arriesgaba la vida el que se aventurase sobre aquellas tablas mal sostenidas por dos gigantescas ruedas que ya habían perdido su redondez, que al recibir cuarenta duros por tal servicio comprendió que, dado el buen estado mental del coronel García, algo muy extraño —que no podía ser el pretexto de pasear sus digestiones— debía de haber en semejante asunto. El

coronel no asintió ni denegó estas afirmaciones de Rogelio, porque siempre se resistió, con la mayor modestia, a confesar sus contactos con la Junta revolucionaria, de la que se apartó escépticamente antes que estallase el movimiento, no porque no anhelase vivamente un favorable cambio en la política, sino porque llegó a convencerse de que ninguno de los conspiradores, a excepción del capitán cajero señor Migrán, tenía la más pequeña idea de lo que era una revolución. Se cercioró en la sesión que celebraron para llegar a un acuerdo definitivo. Fue cuando discutieron la fecha del alzamiento, y el presidente señaló el cinco del mes que se aproximaba. El coronel transigió con este detalle; pero el capitán cajero dio muestras desde aquel momento de una extraña agitación y se obstinó en imbuirles la idea de comenzar a tiros con todo el mundo el día primero, desde las más tempranas horas de la mañana, fogosidad imprevisible en aquel caballero que había asistido casi indiferentemente a las discusiones de cualquier otra índole.

—¡El día cinco, no! —insistía—. ¡El día cinco, no! Será demasiado tarde.

—Pero ¿por qué? —indagaban.

—Lo sé yo —mascullaba, envuelto en un sombrío presentimiento—. Hay que acabar con todo el mismo día uno. Por la mañana…, antes que tenga que hacer los pagos. Es muy buena hora. Si no, la revolución no servirá para nada… Lo sé yo.

El presidente le hizo observar que la fecha había sido designada por el Comité Central y que no podían ellos modificarla a su antojo, y entonces el capitán cajero se abismó en un desesperado silencio, tras de insinuar amargamente sus sospechas a propósito de una desgracia que no precisó, y que habría de aniquilarle al promediar el día primero.

El coronel no tenía motivo alguno para apoyar aquel rabioso deseo de su subordinado. Se limitó a recordar, cuando creyó oportuno pedir la palabra, sus advertencias anteriores acerca de la necesidad de disponer de fondos para «el movimiento». ¿Se habían reunido ya? ¿Podían disponer de ellos? Si la fecha estaba tan próxima, era preciso comenzar hábilmente la distribución de las cantidades acordadas…

Todos callaron. El coronel miró al presidente, y el presidente tuvo un ligero ataque de tos.

—Podemos disponer, en efecto —comenzó a decir—, de algunos fondos.

El coronel aprobó con una inclinación de cabeza.

—No de mucho…

El coronel frunció el ceño.

—Habíamos hablado de cien mil pesetas —apuntó.

—Lamentablemente, no hemos podido conseguir más que dos mil duros —anunció el otro, sin decidirse a mirarle.

El coronel pestañeó, como si una bala hubiese pasado cerca de sus sienes.

—Temo —gruñó, acariciándose nerviosamente la barbilla— que no se hayan dado ustedes cuenta exacta de lo que intentan hacer. Una revolución es, al fin, una

guerra. Y ya se ha dicho que para ganar una guerra hacen falta tres cosas: *dinero*, *dinero* y *dinero*.

—Nuestra causa es tan justa que yo confío en que el entusiasmo subsanará la pobreza. El amor a la libertad lo puede todo.

Insensible al énfasis de aquellas palabras, el coronel García los envolvió en una mirada de desprecio.

—Pero ¿qué porquería de revolución quieren ustedes hacer con diez mil pesetas?

Se puso en pie malhumoradamente.

—Yo no voy a un fracaso —anunció.

Y hubo muchos motivos para creer que, en efecto, la fortuna se decidía una vez más a proteger a los tiranos, porque la Policía madrileña descubrió la conspiración —de la que ya se hablaba en todos los cafés de la península—, y, como ocurrió en las principales ciudades, el Comité revolucionario local fue recluido en la cárcel.

La inmediata consecuencia de tal medida fue el abandono del tílburi. Este hecho, aparentemente fútil, tuvo después importantes corolarios. Amaral comentaba en el casino la detención de los miembros del Comité. Dominaba la inquietud en el ambiente; cada cual, por miedo a las represalias, quería borrar el recuerdo de sus anteriores censuras al régimen y se condenaba la intención de los conspiradores. Hay quien afirma que entonces oyó a Amaral calificarlos de «perturbadores del pueblo» y de «enemigos de la paz»; pero él lo ha negado siempre con energía. Lo cierto es que, en aquellos instantes, alguien llegó a avisarle que su tílburi —en el que el secretario de la Junta revolucionaria había intentado huir, en un momento de optimismo— estaba exclusivamente confiado a la cachaza de su caballejo, frente al Juzgado de instrucción. Acudió a recogerlo Amaral. Subió al pescante y dio algunos latigazos cautelosos en los ijares de la depauperada bestia. Rogelio sabía mejor que nadie que un fuerte golpe podía acabar con aquella existencia laboriosa. Excitó, pues, con la anudada punta los flancos del animal, que agitó su piel y produjo un relincho muy parecido a una carcajada. Terriblemente sensibilizado por los sufrimientos que la ruina de su amo había atraído sobre él, el pobre cuadrúpedo tenía fáciles las cosquillas. Hace falta decirlo para explicarse lo que ocurrió. Tenía cosquillas. Primero se retorció y se rio nerviosamente. Luego —y esto fue lo inesperado— arrancó a correr. Amaral no lo esperaba. Intentó contenerlo con las riendas y con palabras tiernamente tranquilizadoras; pero, al doblar la esquina, no pudo impedir que el destartalado armatoste avanzase, con pavoroso estrépito de sus ruedas melladas, sobre el escribano del Juzgado, que se dirigía a su labor. El concienzudo funcionario dio algunos pasos hacia la derecha y algunos hacia la izquierda, sorprendido por la repentina idea de tener que morirse en medio de la calle, sin presentimiento anterior. La certeza de que aquella especie de baile era poco digna de sus funciones, le restaba agilidad. Un violento odio contra el hombre que guiaba el cochecillo se mezcló a su miedo, como una corriente de lava a otra de frío. Por su profesión, había visto y tratado a muchos crueles asesinos, a muchos repugnantes malhechores; pero ninguno

le pareció más aborrecible que aquel que entonces contraía su rostro un poco pálido en la altura del complicado y ruidoso instrumento de muerte.

Le gritó: «¡Tenga usted cuidado: soy de la curia!», extendió sus manos, tropezó con el hocico húmedo del animal, y un segundo después su sombrero hongo rodaba hasta la acera, como si por su parte hubiese gritado el «¡Sálvese quien pueda!», rota la solidaridad con el hombre que forcejeaba bajo los radios de las ruedas, largos como patas de araña.

—¡He de verte pudrir en la cárcel! —gritó el escribano cuando le levantaron con una pierna magullada y el escándalo de un chorrito de sangre en la nariz.

Rogelio no se pudrió en la cárcel; pero contó en ella veinticuatro horas largas como veinticuatro meses. Uno de los miembros del Comité, su amigo Ramírez, preso también, quiso saludarle; pero él se negó, temeroso de complicar su situación si la afabilidad de los presos políticos despertaba sospechas de contubernio.

En cambio, conoció al famoso Cornellá. Estaba en el patio, a la hora del paseo, cuando se le acercó un hombre de anchas espaldas y cejas profusas, que le pidió tabaco. Amaral le ofreció uno de sus cigarrillos ingleses; pero el hombre hundió las manos en los bolsillos y movió desaprobadoramente la cabeza.

—El tabaco rubio —dogmatizó— es un prejuicio burgués. Personalmente puedo decir que me hace toser demasiado.

Y se apartó de él sin volver a mirarle.

Extinguiéronse las molestias que hubo de sufrir Amaral por el involuntario atropello del escribano. Pasaron los días. Cornellá escribió dos sentencias más en las paredes de su celda. El país murmuraba del Gobierno, y el Gobierno negaba la condición de patriotas a todos los que murmuraban de él, según es costumbre en todos los gobiernos. Y una tarde se supo en la ciudad una extraordinaria noticia. Todo se había derrumbado. El simultáneo levantamiento de varias capitales había puesto en fuga a los ministros y a sus partidarios. En el desconcierto de aquellas horas, nadie conocía exactamente el camino a seguir. Las autoridades abandonaban sus puestos, los guardias no sabían contra quién disparar, las tiendas de comestibles —con su cerril desentendimiento de todos los problemas espirituales— se habían apresurado a cerrar sus puertas, los bancos estaban custodiados, los estudiantes recorrían las calles en manifestación, veinte periódicos ministeriales hasta la víspera encabezaban su información con los títulos: «¡España despierta!» y «Un día de júbilo»…

La revolución había triunfado.

Detrás de las vidrieras del casino de los señores un grupo de socios observaba en silencio el extraño aspecto de la calle. Seres apasionados iban y venían alrededor de banderas; estallaban como descargas gritos de condenación o de júbilo. En el rostro de aquellos graves caballeros había sobrecogimiento y estupor. Las manos de Lebrija temblaban un poco. El cínico Somoza, padre de las seis más feas muchachas de la ciudad, se acariciaba nerviosamente el rostro mal afeitado con aquella mano que una vez cada día sujetaba por las solapas a algún consocio mientras él susurraba:

—Hombre, Fulano…, ¿tiene usted ahí dos duros?

De vez en vez se acercaba alguien a comunicar nuevas noticias. En la calle hubo de pronto un vocerío iracundo. Acababa de aparecer un tranvía, tintineante, receloso, pausado, como un hipopótamo que cree interceptado por los cazadores el camino del río, y las turbas precipitáronse a rodearlo. La enorme caja amarilla después de esfuerzos que justificarían un jornal extraordinario, fue tumbada, con estrépito de cristales. Un landó que quiso atravesar la vía tardó menos de un cuarto de hora en ser destrozado. Amaral se ocupaba en meditar acerca de las incognoscibles razones que hacen de toda clase de vehículos las primeras víctimas de cualquier revolución, cuando un caballero se acercó al grupo.

—Ha huido el gobernador —refirió, con el orgullo de quien sabe algo más que los otros—. La alcaldía también está abandonada.

Amaral volvió violentamente la cabeza. Sus ojos se iluminaron con una repentina decisión. Le pareció que el aire de la ciudad, cargado de toda la electricidad de la muchedumbre que volcaba tranvías y apedreaba faroles, tenía otro olor, y que entraba en sus pulmones con un calor extraño. Algo le contagió, con una súbita fiebre de resoluciones atrevidas. Se puso en pie y se dirigió al guardarropa.

Con mayor prisa aún, Somoza pasó ante él. Le vio coger nerviosamente un sombrero que Amaral juraría no haber vislumbrado jamás sobre su cabeza. Rogelio miró la faz de su consocio, contraída en un gesto tenaz, y tuvo un angustioso presentimiento. Encaminose a la puerta y salió. Somoza se apresuraba por la acera, sorteando los grupos y repartiendo codazos entre los papanatas. Amaral sintió una opresión en el estómago y echó a correr. Como si hubiese oído sus pisadas, Somoza corrió también con increíble ligereza.

—¡Miserable! —mordió Amaral.

Corrieron mucho tiempo, enhebrándose por las calles más solitarias, en dirección al Gobierno Civil, Durante tres minutos casi se tocaban sus codos. No se miraban ni se hablaban. Cada uno oía con odio el enronquecido jadeo de su competidor. Somoza ganó, al fin, dos metros. Sus viejos zapatos hacían un blando ruido sobre las baldosas. Amaral le habló, entre amenazador e insinuante:

—¡Retírese, Somoza; déjeme a mí! ¡He nacido para eso!

Somoza rugió:

—¡Tengo seis hijas!

—¡Malditas sean! —gruñó Rogelio, porque el estímulo de aquella evocación aumentó la ligereza del otro.

Tres hectómetros antes del edificio del Gobierno Civil nuestro ilustre biografiado consiguió adelantar a Somoza. Pero aquel individuo, mal alimentado, casi hético, manejaba sus piernas torcidas con la agilidad de un campeón de *cross*, y nuevamente le sacó más de tres cuerpos de ventaja.

—¡Somoza! —gimió Amaral.

Pero comprendió que nada podía esperar de su clemencia y que la partida estaba

perdida ya. Pisaba Somoza el umbral del viejo caserón, meta de sus ambiciones, cuando Rogelio tuvo la idea de buscar la compensación por otro camino. Torció a la derecha y trotó, reanimado por la esperanza, hacia el Ayuntamiento. Se abrió paso entre el gentío que bailaba, cantaba y gritaba en la ancha plaza, bajo las miradas temerosas de algunos vecinos que se habían decidido a asomarse. Empujó a dos guardias municipales que guardaban, indecisos, la entrada. En un rellano tropezó con un portero.

—¿Ha venido alguien ya? —preguntó ansiosamente.

—¿Quién…? —quiso aclarar el interrogado.

Pero Amaral siguió subiendo. Entró en el despacho del alcalde. Nadie. Respiró con fuerza y salió al balcón. Agarrado a la barandilla de hierro, tan fuertemente como si hubiese apresado un destino feliz, dominó, hasta extinguirla, una sonrisa de triunfo, ensanchó el pecho, frunció las cejas, paseó su mirada sobre la muchedumbre y clamó con voz poderosa:

—¡Ciudadanos!

Blanqueó la plaza, porque todos los rostros se volvieron hacia él.

—¡Ciudadanos: Se han acabado ya nuestras pesadumbres; desde este momento vamos a ser felices! ¡Hemos vencido a los tiranos, y no habrá más voluntad que la del pueblo! Como alcalde vuestro, yo la haré respetar. Si ese sujeto que se ha inclinado a coger una piedra se atreve a tirármela, le mandaré prender. Ciudadanos: Comienza una nueva era. ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Libertad!

—¡Viva! —gritaron mil voces.

—Podéis quemar hoy algunos tranvías. Es un día de júbilo. Pero mañana, que todo el mundo esté en sus puestos.

Entró. Sentose en el sillón presidencial y tocó todos los timbres que encontró a su alcance.

Así alcanzó Rogelio de Amaral la alcaldía: por el romántico y evocador derecho del primer ocupante.

No puede ocultarse que pronto tropezó con la ambición de otros vecinos que pretendían tener mejor derecho y más comprobadas condiciones para el cargo. En una sesión memorable, Rogelio los anonadó con el famoso discurso, en el que habló de sus sufrimientos por la Revolución, de las persecuciones padecidas, de los sacrificios experimentados.

—Estas canas —exclamó con la voz llena de serenidad, pero también de penosos recuerdos, señalando las que comenzaban a blanquear en sus sienes— me han salido en la cárcel.

Nadie pudo probarle que no.

—¡Yo he estado en la cárcel! —gritó—. Vosotros, los que alegáis tantos títulos para ocupar este asiento, ¿podéis presentar uno mejor?

El concejal Nevares, después de sus libaciones hebdomadarias, solía pasar varias horas, los sábados por la noche, en los calabozos de la Delegación. Se rebulló en la

silla, como si fuese a pedir la palabra. Pero no habló.

Los procedimientos seguidos por Amaral para inundar a su pueblo de felicidad han sido abundantemente comentados por los hombres de su tiempo, casi siempre con esa acritud que tantas veces tienen que soportar los innovadores. Sea cual fuere el punto de vista de sus exegetas, ninguno le puede negar una extraordinaria capacidad de trabajo y una total consagración de su vida a la ruda labor que se había impuesto. Seguro de superar en entusiasmo a todos sus convecinos, arrastrado por una nerviosidad que no le permitía demoras, ansioso de suprimir intermediarios entre su recta voluntad y las atenciones de la villa, acumuló tan asombroso número de cargos, que cualquier hombre de mediana resistencia no hubiese podido atenderlos sin morir extenuado. Cada nueva ocupación no le proporcionaba sino alegría. Se nombró a sí mismo director del hospital, tesorero de la Caja de Ahorros, jefe de bomberos, arquitecto municipal, contratista de obras e inspector de tahonas, mercados y lecherías. Y cada vez más optimista, más animoso. Si algo lamentaba, eran las seis horas que perdía el día primero de todos los meses en ir de aquí para allá firmando recibos y cobrando sueldos. Los hombres más osados le consideraban con estupor, y este sentimiento culminó cuando fue divulgado su último sacrificio. Una tarde hizo acudir a su despacho al director de la fábrica de gas. Le dijo, sin ofrecerle asiento, con la brusquedad a que el mando y la urgencia le habían acostumbrado:

—Estoy muy descontento de ustedes, señor.

—¿Por qué? —indagó el ingeniero.

—Permítame que le diga sin rodeos ni paliativos que el gas que ustedes fabrican es una porquería.

—¡Cómo! —balbució el director, estupefacto—. ¿Qué tiene usted que decir de nuestro gas?

Rogelio buscó una nota entre sus papeles y la examinó con esa mirada larga, majestuosa y altiva de los présbitas, que exige echar un poco la cabeza hacia atrás.

—Primeramente —dijo—, es deletéreo…

—Sin duda… —comenzó a argüir el acusado. Pero Amaral le atajó enérgicamente.

—¡Es deletéreo! —repitió—. Conozco casos en que ha producido la muerte. Y ustedes han cobrado el fluido a los familiares de las víctimas.

Una pausa.

—Por si esto fuese poco, huele mal.

—Debo explicarle…

—¡Huele mal! Huele fétidamente, intolerablemente.

El director objetó, abriendo los brazos:

—Siempre ha sido asfixiante y siempre ha olido así…

—Bien. Así era *antes*; pero ya no puede seguir siendo *ahora*. Entre el ayer y el hoy ha habido un hecho importantísimo: la Revolución. Y, según parece, se empeña usted en desconocerlo. Tenga cuidado con lo que hace, señor mío. Ahora responda

usted: ¿está dispuesto a corregir esas deficiencias?

—Señor alcalde, le aseguro que…

—Tengo prevista su resistencia. Desde este momento cesa usted en su cargo. Veremos si es posible lo que pretendo. Yo mismo le sustituiré.

El director intentó defenderse, pero sus argumentos no mellaron la entereza de Amaral. La conversación casi era disputa cuando el desposeído creyó ganar la causa con una observación decisiva.

—¡Usted no es ingeniero —gritó—, ni entiende nada en este asunto!

Entonces Amaral se puso en pie:

—No soy ingeniero. Es verdad. Pero he sufrido persecuciones por la Revolución. He estado en la cárcel. ¿Estuvo usted en la cárcel? ¿No?

Clavaba en él sus ojos brillantes. El director de la fábrica, batido en su última trinchera, mezquinamente irritado por la pérdida de un sueldo importante, empuñó con furia su sombrero. Lanzó una envenenada ironía antes de marchar:

—Su colección de sueldos tiene fama de ser la mejor de la provincia. Le felicito por haberla aumentado, aunque sea a mi costa, con un ejemplar magnífico.

Rogelio desdeñó:

—El dinero es lo contingente.

No pretendo ocultar que, al principio, todo el vecindario se escandalizó de aquel nuevo esfuerzo de Amaral, equivocadamente interpretado, porque la verdad es que nunca logró convencer a nadie de que sus altos fines reconstructivos no tenían nada que ver con su hacienda. Pero, pocos días después, un pequeño y escogido grupo de inteligencias, formado por los familiares del propietario de *El Monitor* y dos caballeros más —designados por Amaral para componer la bien retribuida comisión que había de estudiar el asunto del gas inodoro e innocuo— comprendió súbitamente lo que el proyecto tenía de humanitario y de renovador, y compensaron con sus alabanzas las amarguras que el escepticismo general le producía.

Este sistema de las comisiones gozaba de todas las preferencias de Amaral, que lo complicó hasta elevarlo a un grado de perfección antes desconocido. Sostenía que la culpa del malestar de los hombres era de que todos sus problemas y necesidades estaban mal estudiados, y que muy probablemente la Humanidad no conseguiría ser feliz hasta que cada uno de sus miembros estuviese asignado a una comisión que lo estudiase concienzudamente. Sin duda, las comisiones, como tales comisiones, existían en el tiempo antes que Amaral; pero su verdadero desarrollo, su aplicación sistemática —hasta el punto de crear un «régimen comisionista»— no pudo ser saludado por los historiadores hasta que lo ideó nuestro biografiado. La comisión lo era todo. Por una firme creencia en la utilidad de la especialización del trabajo, cuando la comisión que estudiaba el problema del hambre atisbaba que mucha gente no comía por carecer de dinero, brotaba otra comisión que examinaba todas las características de la pobreza, y al descubrir que faltaba empleo para tantos brazos, surgía otra comisión que se encargaba de opinar acerca de esos brazos y esos

empleos. Cada comisión disponía de un coche, alquilaba una casa y se apresuraba a salvar a sus parientes de la miseria, otorgándoles cargos en sus oficinas. El comisionismo llegó a mantener por este método a más de una tercera parte de la población, y si hubiesen dejado que Amaral diese más grandes proporciones a su programa, todo el vecindario llegaría a vivir a costa de este sencillo y útil procedimiento de estudiarse los unos a los otros. Pero los contribuyentes —encerrados en un egoísmo feroz— estorbaron el avance de la teoría, acusando de ruinosa y estéril a toda aquella burocracia. También entonces el triunfo fue para Amaral. La comisión nombrada por él para decidir si había demasiadas comisiones contestó negativamente, y acordó, después de este trabajo, duplicarse el sueldo.

Una de las principales preocupaciones de Rogelio se refirió al más conveniente sistema de dar empleo a los obreros ociosos. Su portentosa intuición de economista le hizo comprender que la máquina no era precisamente una creación de la inteligencia que viene a redimir al hombre del trabajo brutal, sino un ser diabólico que competía triunfalmente con los de carne y hueso, restándoles jornales, porque abusaba de su privilegio de no sudar ni padecer agujetas. Amaral envió al campo ejércitos de individuos encargados de realizar todas las faenas conocidas, fuesen o no oportunas, y proscribió el empleo de la máquina, hasta de las más sencillas. La posesión de una polea se castigaba con cinco duros de multa. Los aparatos de hacer cigarrillos fueron confiscados. Y al presentarse en la alcaldía, mustios y suplicantes, los cinco sujetos que componían una murga cuyos servicios nadie solicitaba ya, Rogelio tuvo una de las decisiones más geniales de su etapa de sociólogo. En un hotelito de la calle Larga vivía el matrimonio Piquer, joven pareja que acostumbraba solazarse haciendo sonar un gramófono. Amaral hizo sellar el artilugio y obligó a los Piquer a contratar la murga. Instalados en el jardincito del hotel, los cinco músicos atronaban el espacio con los bramidos de sus instrumentos durante las horas de la jornada legal. Y con la última nota, entraban a cobrar el dinero honradamente ganado. El señor Piquer llegó a ofrecerles mayor estipendio si renunciaban a tocar; pero eran cinco hombres dignos, que no querían deber ningún favor a nadie, y no perdonaron jamás ni una polca de su invariable programa.

Amaral tenía la certeza de representar la buena doctrina revolucionaria, y, muy especialmente, estaba seguro de su completa identificación con los Derechos del Hombre. No era muy explícito acerca de lo que personalmente entendía por tales derechos; pero pudiera decirse que los sentía latir en sus vísceras, encarnados en él, nutriéndolos con su sangre y sintiéndose, a la vez, saturado por sus hormonas como si fuesen en su interior una glándula más. Así ocurría, naturalmente, que cuantos ataques, cuantas impugnaciones, cuantos comentarios adversos se hacían a la labor de Amaral, no los entendía como referidos a sí propio, sino a los Derechos del Hombre. Nunca decía: «¿Queréis que abandone mi puesto?», sino: «¿Intentáis que desaparezcan los Derechos del Hombre?». Y cuando eran demasiado fuertes o demasiado malos los manjares de algún banquete, pensaba con tristeza:

—Hoy padecerán de pirosis los Derechos del Hombre.

Sus ideas solo sufrieron un momento de vacilación. Fue cuando en una apartada ciudad de la misma provincia se alzaron en armas algunos miles de hombres contra lo que ellos juzgaban como una situación intolerable. El propósito de los sublevados era marchar sobre la capital. En el despacho de Rogelio se reunieron aquel día, cavilosas y pálidas, las más destacadas figuras del comisionismo. El propietario de *El Monitor* vertió desconsoladoras noticias:

—Se ha puesto Álvarez al frente del movimiento. Álvarez es un hombre templado… No está bien esto, no…

—¿Vienen hacia aquí? —preguntó un sociólogo agarrado a la Revolución con las cuatro fuertes ventosas de cuatro sueldos.

—Vienen —respondió melancólicamente otro, que no disfrutaba más que de tres.

Se abrió un silencio. Alguien dijo:

—Afortunadamente, disponemos de todos los coches de las comisiones para alejarnos.

Amaral intervino entonces:

—Es verdad, y eso bastaría para responder a los que afirman que hemos derrochado inútilmente el dinero al adquirir tantos carruajes. Pero ¿por qué huir? Esperemos. No puedo creer que Álvarez tenga ningún resentimiento especial con los Derechos del Hombre. Acaso los interprete de una manera poco ortodoxa; pero sean cuales fueren sus puntos de vista, siempre necesitaría comisiones para desarrollarlos. ¿No es absurdo declararse abiertamente contra él sin conocer sus propósitos? Si triunfa, tenemos tiempo para observar su sistema y colaborar con él o distanciarnos. Por mi parte, nada respeto más que la voluntad del pueblo. Si Álvarez vence, debemos entender que esa voluntad está a su lado, porque contra ella nada cabe hacer. Entonces, nuestra obligación es seguirle, lo que equivaldría a seguir al pueblo. Yo soy alcalde ahora por la voluntad popular. Y creo que si Álvarez la representa, debo seguir siendo alcalde con Álvarez. En buena doctrina democrática, no es posible hacer otra cosa.

Hubo un largo murmullo de aprobación. El talento de Amaral había resuelto una cuestión que a los demás parecía sin efugio, y todos se apresuraron a felicitarle. Se acordó aguardar dignamente los acontecimientos, y no se separaron sin nombrar antes una comisión que fuese a recibir al rebelde a las puertas de la ciudad, en el caso de que la victoria fuese suya. La comisión devengó dietas desde aquel momento.

Pero el discurso que su presidente preparó para saludar a los sublevados no llegó a ser pronunciado nunca. La intentona fracasó, y Álvarez, preso y conducido a Madrid, fue juzgado por un consejo de guerra. Rogelio vio rápida y claramente en aquella derrota la más indudable señal de que no solo Álvarez no representaba la voluntad del pueblo, sino que la contradecía, y animado por un filosófico vigor, se dispuso a intervenir en el castigo del culpable. Desde todos los pueblos de España los amigos de la situación congratulaban al Gobierno y condenaban la rebelión en

artículos de prensa, discursos y mensajes. Por temor a las represalias, los tibios apresurábanse a mostrarse entusiastas; los entusiastas, frenéticos, y los indiferentes procuraban llevar a sus caras un gesto reprobatorio.

Ninguno superó el fervor de Amaral, quien, temeroso de que la piedad de los vencedores ablandase la rigidez legal, decidió pedir enérgicamente para el cautivo la pena de muerte.

Seguramente nadie habrá olvidado la impresionante organización que puso en juego Amaral para servicio de aquel fin patriótico. Centenares de pliegos donde garrapateaban firmas innúmeras, millares de telegramas, cartas de encendidas conminaciones… Todas las sociedades locales recibieron órdenes de sumarse a la petición. El claustro de profesores del Instituto organizó una velada en la que el catedrático de Historia habló de algunas represiones célebres en términos altamente estimuladores. Funcionaron tómbolas benéficas, previsoramente encargadas de recaudar fondos para que pudieran presenciar la ejecución los menesterosos que careciesen de dinero para trasladarse a Madrid, y el dueño de una tienda de flores logró una pasajera popularidad ofreciéndose al Gobierno para ajusticiar al culpable en el caso de que hubiera de morir en la horca. Pero ningún acto fue tan conmovedor como el desfile de todas las niñas de los asilos y las escuelas municipales, vestidas de blanco y con una flor roja en la cabellera, que recorrieron las calles cantando con sus delicadas vocecitas una canción para la que se había utilizado la música de un tango, y que comenzaba así:

> Pegadle cuatro tiros
> sobre un estercolero…

El alcalde pronunció un discurso desde el balcón de su despacho, enalteciendo el patriotismo de aquellas criaturas; dijo algo profundo acerca de la inocencia de los niños y de la terrible impresión que causaban en sus virginales sentimientos crímenes del tipo tan monstruoso como las conspiraciones contra el Gobierno revolucionario, y se mostró completamente seguro de que cuando todas aquellas chiquillas tuviesen hijos serían ciudadanos partidarios del comisionismo y de los Derechos del Hombre.

Álvarez no fue fusilado; pero el ardor, la buena voluntad, el fervor homicida de que había dado muestras Amaral remacharon en las alturas la confianza en sus condiciones de guiador de muchedumbres. El Gobierno le concedió por aquellos días la cruz de Beneficencia.

* * *

Proclamo mi incapacidad para explicar por qué se fue emprobreciendo la provincia y por qué la vida se hizo progresivamente incómoda y triste. Amaral sostuvo siempre —y él entendía más que yo de estos asuntos— que se trataba de una

sencilla alucinación y que nunca se había gozado de un mayor bienestar. Extendía sus brazos para ofrecer a mi examen crítico todo cuanto le rodeaba, y decía:

—Fíjese usted: los muebles son nuevos; las alfombras, espesas; la casa, grande; mi cocinero tiene tanto renombre como un ministro; en mi guardarropa no hay sitio ya ni para una polilla; en la calle me espera un coche asombroso; los bancos me aburren proponiéndome todos los días inversiones para los fondos que guardo en ellos… Antes de la Revolución…, usted sabe cómo vivía yo… Ahora, ¿se puede pedir algo más? Quiero que usted me lo diga, que me lo diga el más exigente. Recorra usted mi casa de arriba abajo, desde los desvanes, donde arrinconé los muebles antiguos, hasta la despensa, donde los ratones comienzan a padecer esa neurastenia que nace de las cavilaciones ante la abundancia. Recorra usted todo el edificio y dígame, por su alma, si encuentra en él algo miserable o penoso. Yo no comprendo por qué se quejan, aunque, si quiere usted que le diga la verdad, sospecho que se trata de ardides contrarrevolucionarios.

—Fornell cerró su fábrica —le dije.

—Pero Fornell es un reaccionario abominable —me contestó.

—Dos obreros se suicidaron anteayer —añadí.

—¡Estaban pagados! —gritó Amaral—. Yo mismo lo hice público en *El Monitor*. El truco es evidente. Si fuese cierto que iban a morirse de hambre, como proclamaban, ¿qué necesidad tenían de arrojarse al paso del tren?

No sé si un verdadero sociólogo hubiese aceptado aquellas teorías. A mí me convencieron. En la ciudad, no obstante, se acentuaba el descontento y se multiplicaban los desórdenes. En las tierras ya no quedaba labor alguna que hacer. Amaral mandó poner todos los adoquines de la calle Ancha en la calle Larga, y viceversa; pero, realizada esta idea, los obreros sin trabajo volvieron a hormiguear en la plaza del Ayuntamiento. Las fábricas detuvieron, una tras otra, sus máquinas. El matrimonio Piquer, aficionado a la música, se marchó a otra provincia, y los cinco hombres que tromboneaban ante su puerta se sumaron a los que acosaban, entre melancólicos y ceñudos, a Rogelio de Amaral. El alcalde hizo comparecer al fabricante de cacerolas de aluminio.

—Es necesario que vuelva usted a abrir —le conminó—. El silencio de su fábrica impresiona desagradablemente. Hay muchos obreros sin ocupación. Si usted persevera en su conducta será denunciado como enemigo de los Derechos del Hombre.

El fabricante encogió sus espaldas con desesperación.

—No tengo dinero ni para pagar al guarda —afirmó—. Haga usted de mí lo que quiera.

Insistió Amaral en sus severas amenazas, juró el otro más de una vez que nada en el mundo le merecía más respeto que los Derechos del Hombre, y, en una transacción amistosa, se obligó a procurar por los más pertinentes recursos que sus talleres ofreciesen al vecindario al menos la ilusión de la antigua actividad. Y desde entonces

el propio señor Fornell, su señora y sus hijos golpeaban furiosamente muchas horas al día en las planchas de hojalata y en bidones vacíos, dejando salir por las ventanas de rotos cristales un estrépito que consolaba al vecindario, habituado a los ruidos de la fabricación. Para los chicos de Fornell fueron aquellos los días más felices de la vida.

La iniciativa de Cornellá —que había sido puesto en libertad con todos los presos — alivió un poco el hambre de los más necesitados. Se le ocurrió una nueva forma de labor: el trabajo a la espera. Según sus indicaciones, cuadrillas de individuos de buena voluntad salían todas las mañanas para tomar posiciones en puntos estratégicos de las carreteras y detenían a los viandantes y a los coches para apoderarse de lo que pudieran llevar. Era una profesión ruda, que exigía dejarse mojar por la lluvia y tostarse por el sol. Al principio produjo bastante para adquirir paraguas, impermeables y picos para abrir zanjas en el camino. Como la vida al aire libre estimulaba el apetito, pronto algún avisado instaló una cantina en el lugar preferido por los entusiastas del sociólogo Cornellá. Pero los caminantes dieron en ir sin dinero ni cosa que lo valiera, y aunque al principio se les amonestó y luego fueron traumáticamente castigados, no se logró que prestasen su cooperación a aquella fórmula, lo que llenó de desaliento a Cornellá e hizo pronunciar a Rogelio una de sus más bellas frases a propósito de la disciplina social y de la necesidad de ayudarse los unos a los otros. Se contaba también con que aquel recurso atrajese al turismo; pero solo aparecieron una vez dos extranjeros que se marcharon con el cajón de la cantina.

El descontento crecía. Amaral decidió entonces pronunciar un discurso ante el pueblo para probar la sabiduría de su gestión y aniquilar a sus enemigos.

Fue un acto impresionante. El mayor teatro de la ciudad se vio atestado de público. Cuando Amaral se situó ante la mesita donde un vaso, una botella, unos lentes y algunas cuartillas sugerían la sospecha de unos juegos de prestidigitación, y extendió un brazo, con la cabeza echada hacia atrás y las cejas elevadas y un poco apiñonada la boca, el tono en que pronunció su primera palabra —«¡Ciudadanos!»— hizo batir palmas a todos los amigos a los que había procurado algún empleo, superior a tres mil pesetas, que eran, lógicamente, los de sensibilidad más refinada.

Rogelio —calmado el entusiasmo de los que le saludaban— comenzó por formular una pregunta sensatísima: ¿Quiénes eran los que estaban allí? *(Una voz: «¡Tus víctimas!». Gritos, siseos, Amaral se desprendió de la interrupción con un encogimiento de hombros.)* ¿Quiénes eran los que estaban allí? ¿Quién era él mismo? Porque resultaba inútil cualquier intento de inteligencia si antes no se aclaraba este punto esencial. Si no sabían quiénes eran ellos, ¿cómo ponerse de acuerdo acerca de lo que les convenía? (Esta pregunta pareció ir especialmente dirigida a un almacenista gordo y calvo que ocupaba una butaca en la tercera fila y cuya ancha y resplandeciente faz hipnotizaba el mirar de Rogelio. El almacenista, según se supo después, iba decidido a patear al alcalde; pero dominado por aquella mirada o agradecido a aquella preferencia, no tuvo inconveniente en asentir.) Urgía saber qué representaba aquella masa de individuos. Aquella masa de individuos, fascinada por

la oratoria, llegó, durante el introito, a sentirse en verdad intrigada por saber qué era, aunque cada uno creía estar bien seguro de su personalidad al pisar el teatro. Pues bien: he aquí lo que era: un trozo del pueblo español; el mismo pueblo español, porque España está en todas y cada una de sus partes íntegra, venerable y completa. Pero aun así, no quedaba el asunto bien aclarado. Porque para saber lo que era la España de ahora se hacía preciso contemplar la España que fue, como un alpinista se detiene en una cumbre para mirar el valle y medir todo lo que logró con su esfuerzo.

Y Amaral extendió su clara visión por el valle de la Historia. Vio allí —donde el alpinista distingue casitas menudas y las manchas de las vacas inmóviles—, vio las figuras de los Reyes Católicos. ¡Oh, con qué lucidez de detalles! El país estremecido en luchas. La autoridad de la real pareja. El gobernador Acuña y el corregidor Chinchilla, los castillos derribados, la nobleza sometida; pero también la expulsión de los judíos, la Inquisición, los autos de fe… Aquella odiosa figura de Diego Rodríguez Lucero, el inquisidor de Córdoba, cien veces más fanático y cruel que el propio Torquemada. ¡Con qué vivos colores describió Amaral al terrible juez! ¡Cuán encendidas e irresistibles fueron las palabras que lanzó, como piedras, contra su execrable memoria! El almacenista, en quien continuaban clavados —por ese fenómeno de imantación tan frecuente en los oradores— los ojos de Rogelio, movía apesadumbradamente la cabeza y no escatimaba otros síntomas todavía más expresivos de que su simpatía estaba muy lejos de acompañar la sombra execrable del señor Rodríguez Lucero. El público callaba.

Un hábil golpe al timón de la elocuencia, y Amaral se entró por las leyes de Toro. Aquí una parte de los oyentes desprendió las amarras de la atención y se quedó con los ojos fijos en el vacío, la actitud perezosa y el gesto un poco idiota que delata a todos los que, mientras oyen algo que no les interesa, se ponen a pensar en sus asuntos. Demasiado generoso de su cultura, Rogelio no pudo evitar un examen del estado de las artes en aquellos remotos tiempos. Yo nunca supe claramente por qué comenzó a hablar, con minucioso empeño, del Colegio de Santa Cruz, de Valladolid. Me pareció, al oírle, que el alpinista había dado un paso en falso y bajaba resbalando por la compacta pendiente de un ventisquero. Amaral me aseguró que aquellos brutos (se refería a su auditorio) habían perdido la única ocasión que se les presentó en su vida de tener noticias exactas de tal edificio. Y creo que es verdad, porque yo mismo a nadie volví a oír nada de semejante asunto. El caso es que cuando mi insigne amigo se empeñaba en explicar por qué el Colegio que comenzó a ser construido en estilo gótico fue continuado con arreglo al gusto del Renacimiento, un energúmeno vociferó desde las localidades altas:

—¿Y a mí qué me importa?

El teatro estalló en una carcajada. Amaral se quedó cohibido. Con un rencor acrecentado por la sugestión que le esclavizara, el almacenista comenzó a patear furiosamente. Intérprete del desprecio colectivo para la arquitectura y para la historia que el sabio político manejaba, fue la voz que clamó:

—¡Hablemos del hambre y de la ruina que nos has traído; de las seis fábricas cerradas, de los seis mil obreros sin trabajo, de la impunidad de los asesinos, de la desorganización del país…!

Rogelio extendió sus manos para calmar el tumulto.

—De todo hablaremos —gritó a su vez—; pero no existe hoy sin ayer, y es imposible que comprendamos el minuto presente si no tenemos en cuenta los anteriores. ¿Creéis de veras que vuestro malestar no tiene nada que ver con los Reyes Católicos? Pues quedaos con vuestra ignorancia, que os impedirá discernir el problema. *(Impresión en la sala. Un caballero, al que Amaral había provisto de cinco empleos, grita: «¡Dejad que se explique! ¡Si los Reyes Católicos tienen la culpa, que se sepa!»)* No, no insistiré. Quiero acudir al terreno que elijáis vosotros. ¿Deseáis que hablemos claramente del hambre y de la ruina en que algunos descontentos afirman estar sumidos? Yo no las veo por ninguna parte. *(Otro caballero que desempeñaba doce cargos: «¡No los hay, no las hay!». Un individuo demacrado: «¡Miente usted; yo no he comido desde hace cuatro días!»)* El desmentido intenta lanzarse sobre su contradictor, y, cuando le sujetan, le desafía con fuertes voces a salir a la calle. Se promueve un alboroto, en el que se oye confusamente asegurar al hombre demacrado que no rehuirá un encuentro a puñetazos con el caballero optimista si alguien se compromete a nutrirle durante una semana, para igualar el combate. Amaral continúa:

—¡Calma, señores! Estoy dispuesto a aceptar que algunos tengan hambre, que algunos estén arruinados. Pero paseemos nuestra mirada por la superficie del Globo. ¿Qué ocurre en las islas de Luis Federico? Una población cada vez más reducida de negros depauperados se alimenta con la raíz de una planta amarga, que muele entre piedras para lograr ciertas tortas que nos moverían a náuseas. En algunas de estas islas son geófagos, es decir, comen tierra. *(Impresión.)* ¿No podemos considerarnos muy felices si nos comparamos con esos desdichados que, al fin, son nuestros semejantes y tienen también derecho al bistec? Vayamos ahora, en un brinco gigantesco, hasta Londres, la más culta y avanzada metrópoli del mundo. Traigo entre las escasas notas que he tomado para este discurso el recorte de un periódico de anteayer. Oíd lo que dice: «*Los dramas del oro*.—Londres 15, 8 h.—El conocido financiero míster Jackson apareció muerto en un sillón de su despacho, de un tiro en la sien. Se cree que se trata de un suicidio. El famoso hombre de negocios estaba completamente arruinado.» Y escuchad aún la lectura de estotro recorte: *«Una familia extinguida*.—Berlín 17, 8 h..— Desesperado por la terrible miseria en que se encontraba, el anciano albañil Fritz Mayer abrió la llave del gas durante el sueño de su familia, y murió con su hija, viuda, tres nietos y ocho bisnietos.» ¿Qué quiere decir esto, señores? Que hasta en los países de más exquisita organización hay ruina y miseria, y que los políticos más inteligentes no pueden evitarlas. Sin embargo, tampoco me refugiaré en estos reveladores ejemplos. Aspiro a derrotar a mis enemigos en sus propias trincheras. Decís que han cerrado seis fábricas. Pero en la ciudad había ocho. Aseguráis que seis mil obreros están sin trabajo. Pero en la ciudad

había siete mil. Y bien: ¿os habéis detenido a pensar que gracias a mis desvelos, a mi actividad, al afán que puse en servir los intereses populares, el mal no es todavía mayor? Apuntad en mi haber, no las seis fábricas cerradas, sino las dos que aún funcionan; no los seis mil hambrientos, sino los mil que aún comen, y así veréis con cuánta injusticia se me acusa.

Ante aquella afirmación atrevida, hubo un instante de desconcierto, de estupor. Un burgués clamó desde una platea:

—No se puede salir por las noches a la calle sin ser robado…

Y Amaral, fulminante:

—¿Os roban durante el día?

—Con menos frecuencia —reconoció el otro.

—Pues eso me debéis.

Nadie osó rebatir esta argumentación. Los amigos de Rogelio, puestos en pie, prorrumpieron en vítores y aplausos. El poder del ilustre conductor de muchedumbres quedó firmemente robustecido durante un mes.

Al cabo de este tiempo, las calamidades de que se quejaban los odiosos adversarios de Amaral fueron tantas, que llegó a temerse un motín. Rogelio accedió a parlamentar con sus enemigos.

—¿Quieren ustedes que abandone mi puesto? Bien. Algún día llorarán ustedes mismos esa ingratitud. Me avengo a estudiar sus pretensiones. Pero es preciso abrir una tregua. El famoso hispanófilo americano don Higinio del Monte me ha anunciado su deseo de visitar esta ciudad, cuna de sus antepasados. Ha terminado su labor en Madrid y vendrá dentro de una semana. Sería indecoroso que le ofreciésemos el espectáculo de una lucha intestina, que encontrase el pueblo de sus abuelos convertido en un palenque de ambiciones diminutas. Respetemos al sabio viajero. Mientras él esté aquí finjamos cordialidad. Cuando se haya marchado, ya veremos de arreglar las cosas al gusto de todos.

Así se convino. Amaral preparó un programa de fiestas que exigía un mes en su desarrollo, y que no se cumplió exactamente por causas ajenas a su voluntad.

El señor Higinio del Monte fue recibido solemnemente en la estación del ferrocarril.

Aquel mismo día hubo una recepción en el Ayuntamiento.

Al hacer las presentaciones, el grupo de enfermeros del hospital fue antepuesto al de los veterinarios municipales. La exquisita vidriosidad de estos dignos funcionarios —común a todos los de su profesión— les movió a presentar una legítima queja. Amaral resolvió el conflicto decretando que la recepción no era válida, por error en el procedimiento, y que se volviese a repetir al día siguiente.

En la tercera jornada desfilaron diez veces ante el hispanófilo todos los niños de las escuelas. El hispanófilo los elogió con frases conmovidas, aseguró que él también había sido un pequeñuelo, aunque apenas se acordaba, y juró que a nada amaba tanto como a la infancia. Al regresar al hotel tenía en su cuarto dos chiquillos incluseros y

una tarjeta donde Amaral había escrito: «Sírvase aceptarlos; es un modesto obsequio que la ciudad le ofrece.»

En la cuarta jornada le llevaron a inaugurar las obras de una conducción de aguas, que ya se habían inaugurado en otras quince anteriores visitas de personajes importantes. En una barraca se instaló un *buffet*. Cuando se abrieron sus puertas, los invitados se precipitaron como un alud. El señor Higinio del Monte estuvo a punto de morir asfixiado. Todos luchaban por la conquista del sándwich. Apreturas, pisotones, codazos, blasfemias contenidas; enloquecido por la emulación, separado de su séquito oficial, el señor del Monte se peleó contra todos por acercarse al mostrador; según dijo después, nunca anheló nada con tanto afán como la posesión de uno de aquellos emparedados, aunque tenía la sospecha de que le haría sufrir del estómago. Fue y vino, según los flujos y reflujos del gentío; pegó y le pegaron, le patearon y pateó. Al fin asió una barrita de pan, partida como una boca, por la que asomaba la fina lengua de una lonjita de jamón. Procuraba ganar la salida, cuando alguien le arrebató su presa. Miró rápidamente. Detrás de él estaba el propio don Rogelio, excitado por la codicia típica de los que meriendan a costa del estado, la provincia o el municipio, en una fiesta cualquiera. Don Rogelio tenía el gesto más inocente que pueda tener un alcalde. Comentó:

—¡Qué atrocidad! ¡Cómo empujan!

Pero el hispanófilo vio entre sus dedos la barrita. Se calló, amargado.

El quinta día le hicieron trepar ochocientos metros por una montaña para que viese una piedra muy notable, en la que, fijándose bien, algunas personas advertían leves surcos, que bien podían ser restos de una inscripción muy antigua.

El sexto día se celebró una función de gala en honor al extranjero. Comenzó a las diez de Ja noche. El programa era cautivante. Varias señoritas tocaron sucesivamente el piano. Primero, el himno del país del señor Del Monte. *(Aplausos. Todo el mundo en pie. El señor Del Monte saluda.)* Luego, el himno nacional. *(Otra vez en pie. El señor Del Monte aplaude.)* Después, ciertas confusas sonatas. Al finalizar, los dos himnos. Un joven violinista atacó el *Momento musical*. La charanga, ociosa desde la huida del matrimonio Piquer, atronó los ámbitos con una colección de aires populares.

Segunda parte. Otro violinista rascó el *Momento musical*. Nuevas señoritas golpearon himnos y sonatas. *(Aplausos. Saludos.)* Y apareció en escena el laureado poeta señor Diz para leer un larguísimo poema, compuesto especialmente para tal ocasión. Se asistía en aquel incontenible flujo de asonantes a todos los acontecimientos relacionados con la América española; pero la mayor parte de las cuartillas estaba consagrada a cantar a Cristóbal Colón. Todos los que pudieron llegar despiertos al final de la lectura batieron sus manos con extraordinaria energía. E inmediatamente el señor Quesada, un caballero melancólico, correspondiente de la Academia de la Historia, saludó desde el escenario y dio comienzo a un discurso, pronunciado con sombrío convencimiento, acerca de las ventajas de que América

hubiese sido descubierta y de lo que probablemente ocurriría en el mundo si todavía estuviese por descubrir.

Eran las dos de la madrugada cuando anunció que había terminado su exordio y que iba a hacer revelaciones interesantes a propósito de los probables orígenes de los araucanos, como necesario apoyo para ulteriores consecuencias. Algunos individuos que salieron a fumar al *foyer* regresaron al salón para comunicar a sus vecinos de butacas que el poeta señor Diz, alentado por el éxito, había ido corriendo a su casa en busca de varios copiosos manuscritos, y estaba allí, decidido a expulsar «a aquel latoso de Quesada» para seguir leyendo versos hasta caer extenuado. Los miembros de un orfeón que tenía que cantar algunas cosas antes que la fiesta terminase, se asomaban impacientemente por los practicables, y de cuando en cuando se oían los disimulados gorgoritos de alguien que desconfiaba de su voz.

Eran las tres. El señor Quesada unió sus manos y bajó la cabeza para reconcentrarse.

—Vamos a entrar ahora —anunció— en el examen de la epopeya colombiana…

Sonó un grito:

—¡Amigazos!

Era don Higinio del Monte. Se había puesto en pie y extendía su mano fuera del palco para anunciar su propósito de decir algunas palabras. Todos los rostros se volvieron hacia él.

—¡Me cisco en Colón!

Hizo un movimiento con la cabeza y con el brazo como dando a entender: «¡Y ahora, buenas noches!», y se marchó sin despedirse de nadie. En el primer tren salió del pueblo.

Aquella precipitación desbarató los planes de Amaral que, por el momento, no encontró barrera que oponer a la impaciencia de sus enemigos. El vecindario aprovechó aquella vacilación para arrojarle de la ciudad por la Puerta del Norte.

—No comprendo nada de lo que ocurre —murmuró el renovador de sistemas, sentándose en un poyo, a orillas del camino—. Esta gente que rehuye mi protección está, necesariamente, enferma.

Meditó un poco. Bruscamente, se levantó y, con paso ligero, contorneó las murallas para volver a la ciudad por la Puerta del Sur. Cuando los que le habían despedido llegaron a la plaza del Ayuntamiento, ya se había instalado Amaral otra vez en la alcaldía. Fue la segunda ocasión en que habló al pueblo desde el balcón de su despacho.

—Ahora sí —dijo— que conozco la fórmula que ha de haceros felices. Sois una grey débil, enferma, sin voluntad. Los procedimientos nuevos, que chocan con vuestras petrificadas costumbres, os asustan, y la timidez de vuestras almas se hace pesimista. ¡Reaccionad, forjaos una energía! Esto es lo que os mando. Os voy a dar la alegría y el tesón de que carecéis. Por fortuna, mi profesión de médico me ha hecho conocer las teorías de Emilio Coué, el famoso higienista francés, que ha realizado

curas milagrosas por el poder de la autosugestión. Sois desgraciados porque padecéis la alucinación de la desventura. Monsieur Coué ha conseguido detener la vejez de muchos hombres con solo recomendarles que repitiesen veinte o treinta veces al día, frente a un espejo: «¡Soy joven, me encuentro sano, ágil y emprendedor!». Si ese método triunfa contra la edad, ¿qué no hará contra las pequeñas preocupaciones políticas? ¡Ciudadanos: Da comienzo la era del cueísmo! A partir de hoy, cada uno de vosotros tendrá lo que quiera, será lo que le agrade ser. Las instrucciones aparecerán publicadas en *El Monitor* y se repartirán a domicilio.

Fue entonces cuando, todos los días, ante el espejo de sus armarios, los vecinos de aquella ciudad ensayaron el sabio recurso. Al saltar del lecho, a la hora de comer y antes de acostarse, cada uno de ellos miraba su imagen con expresión de regocijo, los ojos brillantes, la boca en sonrisas, las manos fervorosas, y repetía:

—¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy! ¡Qué feliz soy!

Así hasta treinta veces.

Un numeroso y bien retribuido cuerpo de inspectores de la ASO (Autosugestión Obligatoria) recorría a esas horas las calles, golpeando con sus bastoncitos las puertas y las ventanas para aconsejar después, en tono severo:

—¡Vigilad el continente! ¡Componed la actitud! ¡No olvidéis la indispensable sonrisa venturosa!

¡Inmenso Amaral! Fue para todos como un padre.